

GABRIEL ROLÓN

Historias de diván

Ocho historias de vida

 Planeta

Rolón, Gabriel
Historias de diván - 9ª ed. - Buenos Aires : Planeta, 2008.
256 p. ; 21x14 cm.

ISBN 978-950-49-1699-4

1. Marketing I. Título
CDD 658.8

Diseño de cubierta: Departamento de Arte
Diseño de interior: Orestes Pantelides

© 2007, Gabriel Rolón

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:
© 2007, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires, Argentina
www.editorialplaneta.com.ar

9ª edición: febrero de 2008

ISBN 978-950-49-1699-4

Impreso en Quebecor World Pilar S.A.,
Calle 8 y 3, Parque Industrial Pilar, Buenos Aires,
en el mes de febrero de 2008.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del editor.

Prólogo

Cada vez que suena el teléfono de mi consultorio, sé que del otro lado de la línea alguien me está pidiendo ayuda. Y es allí en donde encuentro mi lugar como analista. En ese espacio que una persona abre entre la angustia y el dolor, entre la impotencia y el deseo de salir de un lugar de sufrimiento.

Cuando un paciente (*padeciente*) viene a mí, sé que me está invitando a compartir un desafío. El desafío de que lo acompañe en un recorrido tan incierto como peligroso: el que lo lleva hacia lo más profundo y secreto de su alma. ¿Qué hay allí? No lo sé. Cada persona es única. Su historia, sus anhelos, sus temores y sus deseos más profundos la convierten en un ser irrepetible, dueño de una verdad oculta que debo ayudarle a develar.

Por estas páginas transitan emociones fuertes que desequilibran a quienes las sienten. El terror al abandono y la incertidumbre que genera en una mujer llegar a los cuarenta años y tener que armar su vida nuevamente. La confusión de un hombre que se debate entre dos mujeres sin poder optar por el amor o la pasión. El sufrimiento de una mujer mayor ante la pérdida de su esposo y la imposibilidad de superarla, un sentimiento que la condena a un duelo eterno. Una joven homosexual que se ve obligada a callar lo que todos saben y a negar su verdadero ser por temor al rechazo familiar. La fortaleza de una adolescente que le pelea a una enfermedad terminal y que decide apostar a la vida. Celos tan inmanejables que le impiden a un hombre joven, inteligente y culto llevar adelante una relación afectiva sana y que, en realidad, son el producto de una dolorosa historia infantil. Una mujer joven con problemas sexuales que esconde una vivencia trágica sufrida en su pubertad. Y la culpa, ese afecto eternamente presente en todos que, en este caso, le imposibilita a un hombre realizar plenamente su vocación.

Celos, duelo, culpa, amor, pasión, angustia, estados de crisis y actitudes perversas. La vida y la muerte. Pero, por sobre todas las cosas, el deseo de luchar y la valentía de personas que decidieron ir en busca de su verdad para poner fin a tanto padecimiento.

Porque eso es un paciente: alguien que sufre y que a la vez está dispuesto a luchar para dejar de hacerlo. Y en el medio de ese dolor, al tomar conciencia de que solo no puede, llega al consultorio con dudas, temores e imposibilidades. Pero también con confianza. Con la confianza en que pueda ayudarlo a atravesar el momento difícil que está pasando. Para eso me expone su historia, me abre su vida, me muestra aquello que lo avergüenza y espera, con toda justicia, que yo haga algo con eso que me brinda.

Muchas son las alternativas terapéuticas que pueden ofrecerse a quienes desean iniciar un tratamiento psicológico, y siento respeto por todas ellas. El psicoanálisis es sólo una más. Pero la persona que opte por este método debe saber que va a entrar en un mundo que lo llenará de confusión y perplejidad. Un universo que, al principio, puede incluso hasta parecerle absurdo y en el que las cosas supuestamente insignificantes se vuelven relevantes. Un chiste, un sueño, una idea en apariencia extraña, una palabra mal pronunciada, un olvido o un descuido, todas cosas que en nuestra vida cotidiana serían desechadas, adquieren un valor inimaginable en el ámbito analítico. Porque todas representan potenciales puertas que, de abrirse, nos permitirían acercarnos a ese “otro mundo” que ha-

bita en cada paciente, la mayoría de las veces sin que ni siquiera lo sospeche. Cada analizante trae con él un jeroglífico, algo que se oculta y que desde su escondite se resiste a salir a la luz. Mi deber es ayudarlo a descifrarlo, y para llevar adelante esa misión dispongo nada más que de tres armas: el paciente, el analista y la palabra.

Para muchos, la historia de Orfeo y Eurídice es bastante conocida. Según narra el mito, Eurídice encontró la muerte al ser picada por una serpiente y descendió hasta el Hades, el infierno de los griegos. Su esposo, Orfeo, la amaba tanto que decidió ir en su búsqueda. Para esta misión contaba nada más que con su lira y su voz: el enamorado era el mejor músico del mundo, y su talento era tal que las fieras se rendían al oírlo y los ejércitos detenían sus combates para disfrutar de su arte. Sin demoras, Orfeo inició el camino que lo llevaba directamente hasta el infierno. Una vez sorteados varios obstáculos, llegó hasta los mismísimos Hades y Proserpina para solicitarles que le permitieran llevarse de sus dominios a su esposa. Tanta paz y tanto gozo produjo con su música que los reyes decidieron aceptar su pedido y dejaron salir a Eurídice del infierno. Pero todo tenía un precio, y a cambio de la libertad de la mujer, se les impuso una condición: Orfeo debía caminar delante de su esposa y

en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, debía mirar hacia atrás hasta encontrarse afuera. Una vez aceptada la condición, la pareja comenzó el ascenso. Caminaron un trecho bastante largo, y ya se veía la luz del sol, cuando Eurídice, que venía detrás de su amado, resbaló con unas piedras. Orfeo, asustado, se volvió para ver qué había ocurrido. Entonces la figura de su mujer empezó a desvanecerse y él supo que la había perdido para siempre. Triste final el de esta historia. Pero así son los mitos griegos, cargan siempre con un detalle que cumplir. Una particularidad fatal e ineludible.

Esta historia, a modo de metáfora, representa la batalla que, creo, debe librar cada paciente. La de vencer sus miedos, sus creencias y sus prejuicios para adentrarse a su infierno individual, con sus propias reglas, con sus fuegos eternos, sus pantanos y sus tormentos. Impulsado, también en este caso, por el amor. Porque el psicoanálisis es, antes que nada, un acto de amor.

Al analista y al analizante, como a Orfeo, nos mueve un sentimiento grande y profundo. Pero en nuestro caso no se trata, como en el del mito, del amor a una mujer sino del amor a la *verdad*. A esa verdad única y personal que cada paciente trae, que vive en él y que no puede terminar de decirse, pero que aparece disfrazada en algún sueño, en un chis-

te o en un lapsus. Una verdad difícil de alcanzar, y a la que, para llegar, los analistas debemos utilizar todas las herramientas que hemos adquirido en nuestra formación profesional, y también en la travesía recorrida en nuestro propio análisis. Decidirnos, como Virgilio lo hiciera con el Dante, a acompañar a nuestro paciente en tan difícil recorrido.

En este punto, me veo en la obligación de hacer dos aclaraciones. La primera es que éste no es un libro escrito exclusivamente para psicólogos —si bien espero que a éstos les resulte de algún interés—, sino para toda persona sensible al dolor humano y que se interese en la posibilidad de superarlo. La segunda, que las historias aquí contadas son absolutamente reales, aunque los relatos de estos pacientes, como decía Hermann Hesse: “...saben a insensatez y a confusión, a locura y a ensueño, como la vida de todos los hombres que no quieren mentirse más a sí mismos”. Sus protagonistas no son el fruto de un capricho literario, sino que los he visto desgarrarse, reír, llorar, frustrarse y enojarse en mi consultorio semana tras semana. He debido, eso sí, novelar en parte algunas de las situaciones para transmitir mejor, de un modo ordenado y en pocas páginas, aquello que ha sido resultado de meses, cuando no de años, de un intenso trabajo. Pero quiero dejar en claro que todos y cada uno de los acontecimientos, diálogos,

sueños e interpretaciones que aparecen en estas páginas han tenido lugar en el transcurso de los diferentes tratamientos.

Este libro contiene fragmentos de diferentes casos clínicos que me ha tocado dirigir. Porciones de vida de personas que tuvieron la generosidad de confiar en mí y de dejarme acompañarlas en sus momentos más difíciles. En todos los casos, se han cambiado los nombres, las edades y las situaciones personales. Todo ha sido cuidadosamente modificado para resguardar la identidad y la privacidad de los pacientes reales, aunque las temáticas desarrolladas —celos, anorgasmia, homosexualidad, duelos, infidelidad, culpa, abuso, entre otras— son tan comunes y habituales por estos días que velan por sí mismas el reconocimiento de los protagonistas de carne y hueso. He contado, además, con la generosa autorización de los involucrados, a quienes les he dado a leer el capítulo que se ha basado en su historial clínico para que la otorgaran.

Agradezco, además, a todos los que, confiando en mí, pasaron por mi consultorio en estos años, hayan sido sus tratamientos exitosos o fallidos, ya que en ambos casos me han permitido aprender mucho y me han ayudado a crecer tanto en lo humano como en lo profesional.

Les pido permiso a ustedes, entonces, como lectores, para hacer por lo menos el intento de instalar el discurrir de estas “historias de diván” en tiempos difíciles para el psicoanálisis. En una época cruzada por la globalización, por “el todo ya”, por la terapia “breve” y “focalizada” de la prepaga que cubre “no más de tantas sesiones”, y por una cultura que quiere imponerle al dolor los tiempos de la economía de mercado.

Mucho se ha dicho y se le ha cuestionado al psicoanálisis sobre su pertenencia —o no— al corpus de las ciencias tradicionales. No creo que ingresar en ese debate sea algo recomendable para nosotros, los analistas. Porque, en lo personal, me gusta concebir a la labor terapéutica más como un arte. El arte de interpretar, de construir sentidos diferentes, de ayudar a quien sufre para que pueda orientar su angustia en otra dirección.

Y para cerrar, quiero remarcar que éste no es un libro de autoayuda. Porque creo en el dispositivo clínico y sostengo que ningún texto puede suplantarse ese espacio, ese “concubinato” —como decía Lacan— que, de común acuerdo, construimos en confianza, con pasión y mutua entrega, analistas y pacientes.

*Licenciado Gabriel Rolón
Junio de 2007*

El fantasma del abandono

(La historia de Laura)

*Ya no es mágico el mundo.
Te han dejado.*

J. L. BORGES

—Yo sé que voy a poder arreglarme sola. Lo hice durante toda mi vida, así que no veo por qué no lo voy a poder hacer ahora.

—De todos modos, supongo que es una situación dolorosa...

—Sí, sobre todo para Pilar. Ella siempre tuvo una imagen de familia muy fuerte y está muy apegada a su papá. Calculo que es algo normal en una nena de ocho años. Igual, Sergio y yo decidimos que vamos a hacer las cosas con calma y sin apuro. Somos personas inteligentes, así que no hay razón para que esto se convierta en algo traumático. Por eso te repito que mi única preocupación es la nena.

—¿Y qué querés decir con esto de hacer las cosas “con calma y sin apuro”?

—Que nosotros nos llevamos bien, nos queremos, nos respetamos... No hay por qué apresurar

la salida de Sergio de la casa. Ambos estuvimos de acuerdo en que se va a quedar un tiempo más mientras consigue algo digno, con las comodidades que él se merece y con un lugar para que Pilar lo pueda visitar.

—Ajá. ¿Y mientras tanto qué se le dice a la nena?

—No sé. Iremos viendo.

—¿Él dónde va a dormir? —me mira como si le hubiera preguntado un disparate.

—En la cama, ¿dónde va a dormir?

—¿Con vos?

—Obvio.

—Entonces perdoname, pero no entiendo.

—¿Qué no entendés?

—Me decís que se separan pero que por ahora no le van a decir nada a Pilar. Y que él se queda a vivir en la casa y va a dormir en la cama con vos. ¿Me explicás de qué separación me estás hablando?

—Ya te lo dije: de una separación inteligente...

—¿Y de quién fue la idea de este modelo tan “inteligente” de separación?

—Mía.

Me quedo pensando algunos segundos.

—Laura, si ustedes, como me dijiste recién, se llevan bien, se quieren, se respetan y no tienen problemas en compartir ni la casa ni la cama, ¿por qué se separan?

Silencio.

—Porque Sergio lo quiere.

—¿Y vos?, ¿vos también lo querés?

Baja la mirada y no dice nada. La conozco lo suficiente como para saber que la respuesta es un “no”. Pero no me lo va a decir: no puede enfrentar este rechazo. Sin embargo, va a tener que hacerlo. Y aunque esto sea precipitarla en un abismo de dolor, no voy a tener más remedio que empujarla hacia la verdad y acompañarla.

En el momento de enfrentar esta situación, Laura tenía cuarenta y dos años, su hija Pilar ocho, y su esposo, Sergio, cuarenta y tres. Se trata de una mujer que ha pasado momentos difíciles: un padre que se fue del hogar cuando ella era muy chica y que se desentendió para siempre de su familia, y una madre depresiva que no pudo enfrentar la situación y que se abandonó sin reparar en que ponía en riesgo a sus dos hijos, a Laura, de seis años, y a Gustavo, de cuatro.

La suya fue una infancia llena de privaciones, hasta que comprendió —a los trece años— que ése no era el destino que ella quería. Entonces consiguió un trabajo de medio día, se hizo cargo de sus estudios secundarios y también del cuidado de su hermano y de su madre. Nunca tuvo tiempo ni oportunidad para detenerse a lamentar sus pérdidas o angustiarse ante sus dificultades: “Yo tenía

que seguir, porque si no, nos iban a comer los piojos”, dice cada vez que recuerda.

Así fue enfrentando cada uno de los desafíos de su vida. Se recibió de doctora en medicina a los veinticinco años, y su hermano, gracias a su ayuda, de arquitecto. Como ella suele decir: “Salí de la nada y ahora soy una mujer exitosa”.

Laura se casó con Sergio, un médico que conoció durante su residencia en el hospital, y a los treinta y cuatro años tuvo a Pilar, su única hija. Es una mujer inteligente, hermosa, de ánimo fuerte. Las circunstancias de la vida la llevaron a desarrollar un sentido del humor y una ironía que hicieron que nuestras sesiones fueran, aun al tratar los temas más complejos, estimulantes para ambos.

Por eso me sorprendí cuando me enteré de lo de su separación: nunca había comentado ningún tipo de malestar en su pareja. Y creo que también fue una sorpresa para ella.

—¿Vos aceptaste?

—Obvio. Sergio no será un galán terrible, pero tampoco es un violador. Si yo no hubiese querido, no lo habríamos hecho.

—¿Y por qué lo hiciste?

—A ver, decime, porque a lo mejor soy muy “rara” y no me doy cuenta, ¿no? ¿Vos nunca tuviste ganas de coger?

—Sí, pero no lo hago con mis ex. Aunque a lo mejor es porque tampoco tengo por costumbre vivir con mis ex, como lo hacés vos —respondo con tono inocente.

—Te voy a decir que te estás perdiendo una experiencia muy divertida...

Me saca una sonrisa.

—Laura, hablemos en serio.

—Está bien. Pero, ¿cuál es el problema si tengo sexo con Sergio?

—Que puede confundirte.

—A mí no me confunde. Yo tengo las cosas muy claras.

—Permitime dudar.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque ya hace un mes que ustedes se plantearon la separación y hasta ahora no cambió nada. Es muy difícil hacerse a la idea de que las cosas son diferentes cuando en realidad todo sigue igual.

—¿Querés decir que yo debería echarlo?

—No lo sé. Pero por lo menos pueden volver a conversar sobre el tema. ¿Quién te dice? Tal vez Sergio cambió de opinión y vos podés relajarte sabiendo que ya no va a “abandonarte” —me mira con una sonrisa.

—Sos un turro.

No me hace falta ningún gesto para dar por terminada la sesión. Laura hace algunas bromas mien-

tras nos dirigimos hacia la puerta. Pero sé que está movilizada, y también estoy seguro de que va a hablar con él.

—Ya está, le dije que se fuera.

—A ver, contame un poco cómo fue la charla.

—Hace dos noches, cuando nos acostamos, le pregunté si seguía con la idea de separarse. Dio un montón de vueltas pero terminó diciéndome que sí. Y entonces le dije que lo hiciéramos de una vez por todas.

—¿Y cómo te sentís?

—Preocupada. Con esto de que yo siempre me hice cargo de todo el mundo, me angustia que Sergio no sepa ni siquiera buscarse un departamento, ocuparse de...

—Alto, Laura. Sergio es un adulto. Y vos no lo estás echando. Tenés que asumir que es él quien se quiere ir.

—¿Tenías que decirlo así?

—Sí, porque es la verdad, y hay que poner las cosas en su lugar, ¿no te parece? Y para eso deberíamos, antes que nada, aclarar algo.

—¿Qué?

—Vos le preguntaste si seguía con la “idea” de separarse, ¿no?

—Sí.

—Bueno, la pregunta fue errónea, porque no es

que él tenga la “idea” de separarse de vos, sino que tiene el “deseo” de hacerlo. Y ese deseo de no ser más tu pareja es el producto de otra cosa.

—De una falta de deseo hacia mí.

—Sí.

Silencio.

—Eso me lastima.

—Lo imagino.

—No entiendo por qué. ¿Qué hice mal? Lo apoyé en todo, trabajé a su lado, fui compañera, soy una mujer autosuficiente, independiente, que no jode, buena madre... Si ni siquiera me di el permiso de engordar en paz —bromea.

—Laura, es probable que no tengas la respuesta a esa pregunta que te estás haciendo porque estás buscando en vos la explicación de un deseo que es de él. No creo que tenga que ver necesariamente con algo que vos hiciste mal, sino con sus propios procesos internos.

—¿Y qué hago? ¿Voy y le pregunto por qué tomó esta decisión?

—¿Serviría de algo?

Piensa.

—No lo sé. Creo que no. Siempre me burlé de las personas que se hacen explicar lo evidente, y creo que eso es lo que yo estoy haciendo. ¿No me quiere más? Bueno, que se vaya. Toda mi vida la construí sin él a mi lado, y voy a seguir haciéndolo —se pone a la defensiva, negadora, y su comporta-

miento tiende a la soberbia—. Además, no sé cómo se va a arreglar sin mí: en esta familia, la que trabaja en serio para ganar dinero soy yo. Pero en fin, ése ya no es mi problema, ¿no?

—Laura, te noto enojada, pero creo que ese enojo no es real.

—¿Ah, no?

—No. Me parece que estás utilizando un mecanismo de defensa infantil.

—¿Cuál?

—¿Viste que los nenes, cuando les decís que no les vas a dar algo, te miran y te contestan “Y a mí qué me importa, si igual yo no lo quería”? —Se ríe, pero se le llenan los ojos de lágrimas.

—Ya sé, soy patética.

—No, sos humana. Y a las personas estas cosas nos duelen. Saber que nos dejaron de querer y de desear nos lastima y nos angustia. ¿Qué le vas a hacer? En definitiva, aunque te empeñes en disimularlo, sos tan normal como cualquiera. Y vas a tener que aceptarlo.

—¡Qué cagada! —me sonrío.

—¿Y entonces?

—Quedamos en que este fin de semana se va, pero antes tengo que hablar con la nena. Porque no puede despertarse un día y nada por aquí, nada por allá: papá desapareció.

—¿Por qué tenés que hablar vos?

—¿Quién querés que hable? ¿Él?

—No, los dos. Laura, cuando los padres deciden separarse es importante que ambos hablen con el hijo, porque el chico necesita escucharlos a ambos.

—Claro, entonces la siento y le digo: “Pilar, este señor que está aquí, que hasta ahora fue tu padre, ha decidido dejarnos. Por lo tanto te queremos decir que ya no va a vivir más con nosotras”. ¿Así te parece bien?

—Así me parece un horror.

—Pero es la verdad. —No puede pensar claramente.

—No, no es la verdad.

—¿Cómo que no?

—No. En primer lugar, Sergio no decidió *dejarlas* a las dos, sino solamente a vos —me mira en silencio—. Y en segundo lugar, él no fue su padre hasta ahora. Él es su padre y va a seguir siéndolo. ¿O vos tenés miedo de que él haga con Pilar lo que tu papá hizo con vos? —Silencio. Aparecen algunas lágrimas.

—Ése fue un golpe bajo.

—Fue una pregunta. ¿Me podés responder?

—No, no tengo ese miedo. Él no haría eso.

—Bueno, entonces hacete cargo de que tu hija tiene un padre mejor que el que vos tuviste y no mezcles tus pérdidas pasadas con las de Pilar. —Continúa después de unos segundos: —Laura ¿vos querés que la nena salga bien parada de esta situación?

—Por supuesto.

—Entonces pensá qué es lo mejor para ella, porque en definitiva va a ser lo mejor para vos, ¿o no?

—Sí. Porque si yo la veo mal creo que me muero.

—Y... mal la vas a ver. ¿O pretendés que no le duela que su padre se vaya de su casa? No, Laura, no entres en negaciones absurdas. No podés hacer de cuenta que a Pilar no le ocurrió nada. Aceptá que a la nena esto le va a traer aparejado algún dolor y acompañala lo mejor que puedas.

—¿Y cómo se hace?

—Como te dije, háganle ver que es una decisión de los padres de la que ambos se hacen cargo. No se echen mutuas culpas, porque en ese intento por justificarse ante ella la van a obligar a tomar partido, y eso le puede provocar un gran desequilibrio emocional. Porque si se ve obligada a inclinarse en favor de uno de ustedes, se va a sentir culpable por lo que le hace al otro.

—Sergio quería que le contáramos un poco lo que nos pasaba y le pidiéramos su opinión, como para no dejarla afuera de la decisión.

—Es que ella está afuera de la decisión, Laura. Odio este lugar de maestro ciruela, pero no quiero que manejes las cosas de una manera que después te sientas mal. Por eso te pido permiso para aconsejarte, aunque me corra un poco del lugar de analista. No lo hagas. Si ella sintiera que tuvo que ver con esta decisión, en algún momento va a pagar las consecuencias por sentirse responsable. Y eso se-

ría muy injusto, porque ella no tiene nada que ver.
¿No te parece?

—Creo que sí.

—Bueno, andá. Y preparate: no va a ser un momento fácil.

—No te preocupes, esos momentos son mi especialidad.

Interrumpimos la sesión y Laura se fue. Triste, pero un poco menos confundida.

—¿Hablaron con Pilar?

—Sí, ¿sabés qué dijo?

—¿Qué?

—Que la perdonáramos, que a partir de ahora se iba a portar bien. Sergio y yo no podíamos creerlo. La abrazamos y nos pusimos a llorar sin saber qué decirle.

—Y al final, ¿qué le dijeron?

—Nada. —Me mira un instante antes de hablar.

—Perdoname, yo sé que este lugar no te gusta, pero yo lo necesito. Dame un consejo, algo, porque no sé cómo manejar esto.

Laura ha sido una paciente que, a pesar de hablar de temas difíciles, siempre se mantuvo bajo control. Triste, agobiada tal vez, pero controlada. Ésta es la primera oportunidad en la que la veo desbordada. Y no es para menos. Es muy duro para una mamá ver sufrir a su hija.

—Hablá con ella.

—¿Y qué le digo?

—La verdad. Que ella no tuvo nada que ver con la separación.

—Pero claro que no tuvo nada que ver.

—Vos lo sabés, yo también, pero ella no.

—¿Cómo puede ser?

—Los chicos, Laura, saben cuándo se han portado mal o cuándo han tenido algún pensamiento negativo o violento hacia sus padres. Lo registran muy bien. Y suele ocurrir que cuando algo pasa con uno de sus padres o, como en este caso, con ambos, se echen la culpa pensando que es en cumplimiento de alguno de esos deseos “secretos”. Por eso es fundamental exculparlos diciéndoles que esto no tiene que ver con ellos, que son cosas entre papá y mamá, y que ustedes la van a seguir queriendo siempre. Los dos. Además, tratá de que se relaje, explicale que aunque las cosas van a cambiar, la separación no implica la pérdida de los padres. Sergio va a ser tu ex marido, pero no su ex papá. Decíselo bien clarito. Tiene que saberlo.

Y así lo hizo. Pilar, para asombro de Laura, comprendió perfectamente la situación.

Obviamente, la separación fue el tema excluyente de nuestras sesiones con Laura durante este período de análisis. Sergio alquiló un departamen-

to en Belgrano con una habitación para su hija, e inclusive fue con la nena a elegir los muebles y la decoración de ese cuarto. Pilar estaba enloquecida de contenta: saber que tenía un lugar en la casa de su padre había hecho que se relajara mucho. Es más, parecía disfrutar con tener un espacio en cada casa. Ellos manejaron el tema con mucha madurez y, poco a poco, desapareció la preocupación de Laura por Pilar. En cambio, con el correr de los meses, aparecieron algunas sensaciones y temores que fueron objeto de nuestro trabajo.

—¿Por qué no, Laura?

—¿Para qué voy a ir? Me deprime ver cómo todos bailan el carnaval carioca y ponen cara de divertidos mientras sacuden una maraca con forma de choclo. Mejor, aprovechando que la nena está con el papá, me quedo en casa, me alquilo una buena película, me pido una pizza y lo paso genial. Sin nadie que me rompa los huevos. ¿Está mal?

—No lo sé, pero antes, cuando estabas con Sergio, ibas a muchas reuniones como ésta y nunca te escuché quejarte. ¿Me equivoco?

—No, pero era distinto.

—¿Por qué? El carnaval carioca siempre fue igual de pelotudo, ¿o no?

—Sí —se ríe.

—¿Entonces?

—No sé... Bueno, che, ¿tanto quilombo porque no quiero ir a un casamiento?

—No, no es por eso. Pero ¿me equivoco si digo que desde que te separaste no volviste a ir a un evento social?

—Me aburren.

—¿Te aburren o tenés miedo de que te tengan lástima?

—¿Te volviste loco? ¿Lástima a mí? —Se enfureció con mi pregunta. —Por si no lo sabés soy una profesional que se destaca por sobre los demás. Me rompí el alma estudiando para que esto fuera así. Trabajo en el hospital para ayudar a los que no pueden pagar los honorarios que cobro en mi consultorio particular. Y mi agenda está tan copada de pacientes que si vos, mi psicólogo, me pidieras un turno, tendría que decirte que no puedo atenderte, cosa que en este preciso momento haría con gran placer. Vivo muy bien de la profesión que amo, tengo una hija hermosa...

—Y no vas a las fiestas porque no tenés con quién sentarte. —Me miró fijo. Sentí que tenía deseos de matarme. —Claro —dije en un tono exagerado—, vos imaginás que la gente debe pensar: “¿Con quién sentamos a Laurita? Ya está. ¿Qué te parece si la mandamos junto al tío Humberto, que tampoco tiene con quién venir, a la mesa de los desechables?”

—Ah, no. Esto es demasiado, yo me voy. —Amaga ponerse de pie.

—Laura, sentate ahí un momento.

—¿Qué más quieres decirme?

—Nada más quiero que veas que te estás aislando de todos. Yo sé que hay una especie de exigencia socio-cultural según la cual hay que organizar la vida de a dos. Por lo tanto, muchas veces, el hecho de estar solos nos deja fuera de reuniones y de salidas. Es así. Siempre que te inviten a un lugar te van a preguntar con quién vas a ir. Y bueno, tendrás que decir que vas sola. Ésa es tu realidad ahora. Estás sola. Me parece bárbaro que un sábado te quedés mirando una película y comiendo pizza, pero ya van muchos fines de semana que lo hacés. Para ser más preciso, todos desde que te separaste. ¿Y sabés qué? No sé si es lo que querés o si no te animás a reconocer ante vos misma y ante los demás que te volvieron a abandonar. —Silencio. —Ahora sí, andá. Y preguntate a quién está dirigido todo tu enojo, porque yo no te hice nada.

A la semana siguiente Laura vino al análisis y empezó a hablar de su historia con los hombres.

—La última sesión, antes de echarme, me preguntaste hacia quién iba dirigido mi enojo. ¿Te acordás?

—Sí.

—Estuve pensando en eso y creo que tengo una respuesta.

—Contame.

—Mi rabia está dirigida a todos los hombres de mi vida.

—A ver, cómo es eso.

—Por empezar a mi padre. Yo tenía seis años cuando él se fue. ¿Sabés cuántas veces vino a verme en veinte años? Ninguna. Se cagó en mí, en mi hermano y en mi vieja. Podría habernos pasado cualquier cosa y no se molestó siquiera en hacer un llamado. Volví a verlo recién a los treinta años. ¿Sabés por qué?

—No.

—Porque yo lo busqué. Estaba por casarme con Sergio y quería que mi padre estuviera presente. Entonces lo rastreeé hasta encontrarlo. Lo llamé y quedamos en vernos... No sabés lo nerviosa que estaba. Ni me acordaba cómo era. De todos modos, cuando lo vi me quise morir.

—¿Por qué?

—Porque estaba hecho mierda. Un viejo, pelado, chiquito y destruido. Lo primero que pensé fue: “¿Cómo es posible que por esta cosita yo haya sufrido tanto?” Pero verlo así me dio tanta lástima que en lugar de putearlo, ¿sabés qué hice? Me hice cargo de él. ¡Me hice cargo! ¿Me entendés? De él, que en su puta vida se preocupó por si yo comía o no comía. Pero, en ese momento, ni siquiera pude sentir bronca.

—Eso no es cierto. No pudiste expresarla, pero aquí está. Mirala.

—¿Pero vale la pena?

—No lo sé, pero es así. Y no podemos negar la verdad. Es más, me parece que vos no vas a poder tener una relación auténtica con tu papá hasta que no descargues toda tu rabia.

—¿Con él? No puedo, ya te dije que me da pena.

—Bueno, hazlo acá, como ahora. Pero date el derecho a sacar de vos todo ese enojo contenido. Dale, sabés que yo te escucho.

—Y... ¿qué otra te queda?

Hablamos durante un rato de su infancia y de sus padecimientos. Realmente su niñez había sido terrible.

—Laura, ¿sabés qué es la “resiliencia”?

—No tengo ni la más pálida idea.

—Es un concepto que viene de la física. Se refiere a la capacidad de resistencia elástica de algunos materiales para soportar un choque y volver a recuperar la forma inicial o aun lograr una forma mejor. En criollo: es la cualidad de mejorar que tienen algunos elementos al ser sometidos a condiciones extremas. La psicología ha adoptado este término para describir la capacidad que algunas personas tienen de enfrentar experiencias adversas, sobreponerse, y aun ser fortalecidas o transformadas para bien. Jamás encontré un mejor ejemplo de resiliencia que el tuyo. Y te felicito —me mira agradecida. Necesitaba y merecía un reconocimiento. —Pero vos hablaste de “los hombres de tu vida”. ¿A quién más te referías?

—Hay algo que nunca te conté. Cuando tenía dieciséis años yo estaba de novia con Martín, un amigo de mis primos de San Justo. Bueno, la cuestión es que después de un año y medio de noviazgo quedé embarazada. —En este punto del relato se angustia mucho. —Yo apenas podía conmigo, con mi hermano y con mi vieja. Estaba asustada, desorientada, y no sabía qué hacer. Así que lo llamé y me encontré con él para decirle lo que estaba pasando.

—¿Y?

—Me dijo que era muy pendejo para enfrentar semejante problema. Que hiciera lo que quisiera, pero que él no iba a hacerse cargo de nada. Además, me dijo que... —se quiebra— que ni siquiera sabía si era de él. Que se daba cuenta de que yo tenía una familia que dependía de mí y que, si movida por la necesidad, había hecho algo no iba a juzgarme, pero que era mi problema y que por favor no lo metiera en el medio... El muy turro me trató de puta. No sé cómo me contuve, pero me levanté y me fui. No volví a hablarle nunca más.

—¿Y qué pasó con el embarazo? —me mira.

—¿Qué iba a pasar? —Toma aire. —Aborté. Con todo el dolor del alma, sintiéndome una basura, una mierda. Pero no me animé, no me animé —llora.

Imagino el infierno por el que debe haber pasado aquella adolescente. La veo llorando su impotencia de los dieciséis años, compartiendo por fin

con alguien aquella experiencia traumática. La de-
jo llorar un rato. Ese llanto ha esperado casi trein-
ta años para salir a la luz. Y ahora estalla en mi
consultorio. Conmigo como testigo silencioso.

—Laura —digo después de unos minutos—, por
hoy es demasiado, ¿no te parece?

—No, esperá. Porque falta el último eslabón de
la cadena.

—Sergio.

—Sí. Me di cuenta de que estoy muy caliente
con él. —Dejo pasar el posible doble significado de
la palabra, no es el momento. —Yo luché mucho
para tener una familia, para construir algo estable.
Y ahora él me dice que no quiere estar más conmi-
go. Después de tantos años, tantos sueños, tanto es-
fuerzo, me sacó de su vida y me dejó sin nada.

—Laura, estás confundiendo la parte con el to-
do. Vos perdiste algo muy importante en tu vida, es
cierto. Pero no perdiste todo. No es cierto que te
quedaste sin nada. Te quedan un montón de cosas
todavía, ¿no es verdad?

—Puede ser. Pero aun así me cuesta admitir que
se haya ido.

—Te entiendo. Se ha convertido en uno más en
la lista de los que te abandonaron.

—Sí. El único hombre que no me abandona sos
vos, y porque te pago.

Nos reímos. Esa sesión fue muy importante y
puso en el tapete algunas cuestiones con las que

trabajamos durante mucho tiempo. Su relación con Sergio siguió siendo afectiva y civilizada, pero se corrió de ese ficticio lugar de “aquí no ha pasado nada”. A él le costó aceptar este cambio, pero algún precio debía pagar por su decisión.

Un año después de su separación llegó el momento de trabajar sobre los temores de esta nueva etapa de su vida que, por cierto, no eran pocos.

—Es una salida con un hombre, Laura, nada más. No estás obligada a nada. ¿Qué es lo que te pone tan nerviosa?

—No lo sé. Creo que tengo miedo.

—¿Miedo a qué?

—A todo. A no saber cómo seducir y que salga mal, a que salga bien y tener que avanzar. Porque el tipo me va a querer llevar a la cama, te lo firmo ya.

—¿Y eso estaría mal?

—No sé, ¿vos qué pensás?

—Que es una opción para la cual deberías estar preparada. No tenés que acostarte con alguien si no lo deseás, no hace falta que yo te lo diga. Pero hay algo que tenés que pensar.

—Te escucho.

—Laura, uno suele tener una idea del amor que se ha forjado en la adolescencia, y el amor entre adultos es diferente.

—No entiendo.

—Mirá, cuando uno es adolescente primero se enamora del vecino nuevo, de un compañero de colegio o de quien sea. Alcanza y sobra con verlo pasar por la vereda. Jamás hemos cruzado una palabra, pero ya lo amamos. Después, si tenemos suerte, lo conocemos y nos ponemos de novios y, luego de un tiempo más breve o más prolongado, tenemos relaciones. En cambio, cuando uno, ya adulto, sale con alguien...

—Ya entendí. Primero cogés, después si tenés suerte empezás una relación y muchísimo más adelante, si creés en los milagros, te enamoras ¿no?

—Y sí, más o menos así...

Se ríe mucho. Siempre se ríe mucho. Creo que ese sentido del humor, esa fuerza que saca aún de sus flaquezas, es lo que le permitió no rendirse nunca.

Laura salió con dos o tres hombres hasta que uno, Marcelo, pareció interesarle. Se vieron algunas veces y la historia empezó a avanzar.

Un día llega cabizbaja a la sesión.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Ya está, se terminó todo.

—¿De qué hablás?

—De Marcelo.

—Pero todo parecía venir tan bien. ¿Qué pasó?

—Lo que tenía que ocurrir.

—Te acostaste con él y no te gustó.

—Peor. Ni siquiera pude hacerlo.

—¿Me contás?

—Vos sabés que a pesar de la imagen de mujer fatal que nuestro, en el fondo soy una cagona.

—Ajá.

—Pero algo en él me hizo confiar. Me fui relajando. Nuestras salidas eran divertidas y nuestras conversaciones inteligentes. Además, me besaba y me generaba un montón de cosas. Así que en el último encuentro me decidí y acepté ir a su casa.

—¿Tenías ganas de hacerlo?

—Muchas.

—Bien —hace una pausa y continúa—. Tiene un departamento hermoso en avenida Del Libertador, con un ventanal bien grande desde el que se ve el río. Nunca me presionó ni se me tiró encima. Todo el tiempo se comportó como un caballero. Tomamos algo mientras charlábamos. Empezamos a besarnos.

—¿Cómo te sentías?

—En las nubes. Era una situación maravillosa.

—¿Y entonces?

—Pará... vos estás más ansioso que él.

—Dale, sin bromas.

—Bueno, nos paramos para ir al cuarto. De fondo me llegaba una melodía en piano. Todo era tan hermoso. Pero cuando empezó a desabotonarme la camisa... se rompió la magia.

—¿Qué pasó?

—Me angustié. Se me cerró la garganta y me vi-

nieron unas ganas de llorar incontrolables. No pude contenerme y lloré como una boluda.

—Contame qué sentiste.

—Tuve miedo. Un miedo enorme a desnudarme ante un hombre nuevo, de dejarlo que me toque, que me bese y que me mire.

—¿Qué creés que fue lo que pasó? —me observa.

—Gabriel, ¿vos me viste bien a mí? —No respondo. —Dale, mirame y decime qué es lo que ves.

Laura es una mujer bella. De tez morena, ojos verdes y con una boca sensual que sonrío de manera cálida. Debe medir un metro setenta y su cuerpo es atractivo.

—Laura, no importa lo que yo vea. Decime qué es lo que vos ves.

—A una mujer de cuarenta largos. Tal vez así, vestida y arregladita, disimule algunas cosas. Pero hay rastros que dejan el tiempo y la vida y que la desnudez expone con una crueldad inapelable.

—¿A qué te referís?

—Mi cuerpo no es el mismo de cuando conocí a Sergio.

—Supongo que no. Es lo esperable.

—Sí, ya lo sé. Pero esta cola que parece tan paradita, no se sostiene igual cuando me desvisto. Y en mi abdomen quedan rastros de la cesárea de Pilar. Y mis pechos, son los pechos de una madre.

—También los de una mujer. —Baja la cabeza.

—Laura, ¿cuántas veces engañaste a Sergio?

—¿Qué decís? Nunca.

—Es decir que la última vez que te desnudaste ante un hombre nuevo, como vos lo llamás, fue hace...

—Más de quince años.

—Y vos pretendés que tu cuerpo esté como en ese momento. Yo sé que siempre fuiste una mujer muy exigente con vos misma. Pero esta vez ¿no se te va la mano? Laura, a lo largo de tu vida enfrentaste muchos desafíos. Muchísimos. Éste es uno más. El que se corresponde con esta etapa de tu vida. Decime, ¿qué sentiste a los seis años cuando tu papá se fue y los dejó solos?

—Miedo.

—¿Y cuando a los trece golpeaste la puerta de aquel negocio para pedir trabajo, no sentiste miedo ahí?

—Sí.

—¿Y cuando a los dieciséis años te dejaron sola y embarazada?

—También.

—Decime, esto que tenés que enfrentar ahora, ¿es más difícil que lo que tuviste que superar en el pasado?

—No —sonríe—, esto es una boludez.

—Error. Esto es igual de difícil para vos. Y te va a generar tanto miedo como aquellas otras vivencias del pasado. Pero si hubieras sido de los que se detienen ante el miedo hoy no serías quien sos. An-

darías resentida y arruinada por la vida. Nunca permitiste que te detuviera el miedo. ¿Vas a empezar ahora? —hago una pausa—. ¿Ahora, de vieja?

Estalla en carcajadas. Creo que necesitaba distenderse. Además, éstos son los caminos por los que transita su análisis. El humor, la crudeza y la ironía.

Laura empezó una relación con Marcelo y recuperó un montón de cosas a las que creía haber renunciado. Se la veía feliz y contenta. Brillaba. Su historia de amor iba viento en popa, razón por la cual Marcelo la invitó al cumpleaños de quince de su sobrina para presentarla formalmente a su familia. La sesión anterior a esa fiesta estaba ansiosa, verborrágica y acelerada.

—Estoy muy nerviosa. Hoy di vueltas el placard de arriba abajo. Me probé todos los vestidos que tengo y ninguno me conforma. Tengo uno rojo que es divino, pero me parece demasiado corto para la ocasión. Y el otro que podría usar es uno negro, pero no sé... es largo, de seda, a lo mejor es demasiado formal. Encima es invierno y estoy tan blanca que parezco enferma. Y además está el tema del pelo... ¡Mirá estas mechas! No puedo ir así, de modo que el sábado mismo me voy a la peluquería. Pero antes me voy a comprar un vestido nuevo. Creo que uno oscuro va dar mejor, más se-

rio. Aunque, como soy morocha, tal vez me endurezca demasiado los rasgos. También podría usar uno que tengo que me queda dibujado, pero me lo regaló Sergio para un aniversario y me parece que no queda bien. Qué sé yo, a lo mejor a Marcelo le cae mal. ¿Vos qué opinás?

La miro con gesto de no comprender mucho de lo que me habla.

—¿Sabés qué opino? —le contesto—. Que esa fiesta me parece una garcha. Yo en tu lugar me alquilaría una buena película, me pediría una pizza y me quedaría en mi casa sin nadie que me rompiera los huevos.

Se ríe. Con el cuerpo y con el alma. Siempre nos reímos mucho. Y no por eso dejamos de avanzar.

Entre el amor y el deseo, la indecisión

(La historia de Mariano)

*E se dal fummo foco s' argomenta,
cotesta oblivion chiaro conchiude
colpa ne la tua voglia.*

*(Y si del humo fuego se deduce,
de este olvido se concluye claramente
culpa en tu voluntad).*

DANTE, *La Divina Comedia*,
"Paraíso", 33, 97-99

—No doy más. Por eso vengo a verlo. Estoy agotado. Para decirlo claramente, tengo los huevos llenos.

—A ver, cuénteme un poco qué cosas lo tienen tan... ¿Cómo definiría su estado emocional?

—No sé. Extenuado, molesto...

—Yo lo noto enojado.

—Está bien. Creo que ésa es la palabra. Sí. Estoy enojado.

—¿Y puedo saber con quién está tan enojado?

—Con el mundo.

—Mariano, el mundo es algo demasiado amplio. ¿Por qué no tratamos de acotarlo un poco?

—Era un modo de decir.

—Ya lo sé. Pero es importante cómo dice uno las cosas, ¿no cree? Porque es con palabras como uno piensa y traduce lo que siente. Y si uno siente que el enojo es contra el mundo, las cosas parecen im-

posibles de solucionar. Porque nadie puede contra “el mundo”. En cambio, si podemos identificar las cosas que le molestan, que seguramente no serán todas, a lo mejor algo podemos hacer.

—Bueno, está bien. Estoy molesto con mi socio que es un infradotado al cual no le puedo encargar nada; con mis clientes que no entienden que yo no manejo los tiempos judiciales; con el hecho de tener que ir a tribunales; con mis viejos que se ofenden si no voy a comer los domingos; con mi hermana que me dice que no me ocupo de ellos...

—Bueno, veo que el espectro es amplio. Y en lo referente a lo emocional, digo, a su rol como hombre, ¿cómo se siente?

—No, con eso todo bien. En realidad es el único aspecto de mi vida que no presenta conflictos.

—Algo que no es poco. No es tan fácil sentirse pleno en pareja, ¿no?

—Claro, y menos en mi caso.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de particular su caso?

—Y, que yo debo complacer no a una, sino a dos mujeres.

No esperaba esa respuesta. De todas maneras, un analista debe estar preparado para escuchar cosas que no espera, de modo que no hice gesto alguno.

—Son mi cable a tierra —continuó—, no sabría qué hacer sin ellas.

Eso dijo Mariano en la primera entrevista. Que no sabría qué hacer “sin” ellas. A lo largo del aná-

lisis cambiaría un poco su cuestionamiento, hasta el momento crucial en el cual no sabría qué hacer “con” ellas.

Conocí a Mariano justo una semana antes de que cumpliera los cuarenta años. Se había recibido de abogado hacía ya más de quince y su crecimiento profesional había sido notorio. De hecho, en el momento de comenzar su análisis conmigo, gozaba de una excelente posición económica y, poco a poco, iba haciéndose de un nombre y empezaba a llevar adelante casos importantes.

Un año después de recibirse se casó con Débora, una mujer tres años menor que él con quien, en la actualidad, tenía dos hijos: Luciano de doce años y Ramiro de ocho.

Su relación con Débora era buena y tierna.

—Es una gran madre —me decía—, una gran compañera. No podría haber encontrado una mujer mejor.

La describió como una compañera bella y comprensiva. Los había presentado una pareja de amigos y, luego de la primera salida habían quedado ambos profundamente conmovidos por este encuentro. Un año después se casaron, y al siguiente nació su primer hijo. Cuatro años más tarde tuvieron al segundo y allí “La familia Ingalls”, como Mariano mismo la denominaba, quedó conformada.

Casi todas las sesiones comenzaban de manera similar. Mariano entraba en el consultorio, dejaba el saco en el perchero, se desabrochaba el último botón de la camisa, se aflojaba la corbata, apagaba el celular y lo dejaba sobre la mesa baja que nos separaba.

El celular... cuánta utilidad tendría en nuestro tratamiento.

Trabajábamos cara a cara y las conversaciones solían transcurrir en medio de las protestas permanentes de Mariano. Básicamente, se quejaba de que debía ocuparse de todo y de que no podía descansar en nadie.

—Es que no puedo delegar las cosas.

—¿Por qué?

—Porque nadie las hace bien.

—Nadie, excepto usted, por supuesto.

—...

—Mariano, ¿ésa no es una postura un poco omnipotente? ¿No es difícil que a uno lo ayuden si se para en ese lugar?

—Puede ser. Pero usted no conoce a los incapaces que me rodean —decía, y seguía quejándose.

Era un paciente muy inteligente, pero no accedía fácilmente al territorio del análisis profundo. Por lo general tratábamos temas que lo desbordaban con cierta urgencia. La mayoría de las veces, laborales, aunque por momentos traía algunas cuestiones con su familia de origen.

—Mi viejo ya me tiene harto. No me lo banco más.

—¿Qué es lo que pasa ahora?

—Mi hermana tiene problemas con su marido, parece que se van a separar, y a él se le ocurrió que yo tome cartas en el asunto...

—¿Pero qué es exactamente lo que le pide su padre que haga?

—Que hable con mi cuñado. Justo a mí me pide eso. ¿Qué puedo hacer, si casi ni lo conozco? Más allá de las reuniones familiares no hemos cruzado palabra. Es un imbécil. Ni de fútbol podemos hablar, porque él es de Platense y yo de Boca. Pero mi viejo cree que yo puedo hacerlo todo.

—Bueno, a lo mejor usted ayudó a generar esa idea.

—¿Por qué dice eso?

—Tal vez, como le ha ido en todo tan bien... tiene un trabajo bien remunerado, una profesión exitosa, una familia envidiable... No sé, a lo mejor transmite la imagen de que posee el elixir secreto de la felicidad.

Sonríe.

—Y un poco así es. Pero apenas si me alcanza para conseguir mi propia felicidad.

De esta manera pasaban las semanas y los meses. Hablando de cosas muy puntuales, de conflic-

tos presentes, sin entrar demasiado en cuestiones profundas. Alguna vez pensé en interrumpir el análisis, ya que no podíamos ingresar en ese territorio oculto de su ser y sentía que él tiraba su dinero y yo malgastaba mi tiempo. Las sesiones me resultaban largas y aburridas, y debía hacer un gran esfuerzo para estar atento.

Hasta que un día, por primera vez, me pidió disculpas por no apagar el celular. Me dijo que era probable que recibiera una llamada importante. Casi de inmediato sonó el teléfono. Miró el número desde el cual lo llamaban. Lo identificó y decidió contestar.

—Perdón, Gabriel, pero tengo que atender.

—Hágalo, entonces.

—Hola... sí, estoy en lo del psicólogo. No, no, pará, igual puedo hablar.

Valentina, de quien jamás había hablado explícitamente hasta entonces, dijo presente.

No podía entender lo que le decía, pero era evidente que la mujer estaba enojada y, aunque yo no captara sus palabras, sí podía escuchar su tono elevado. Estaba gritando.

—¿Pero, cómo iba a imaginarme que vos ibas a estar ahí?... ¿Y qué querías que hiciera?... Estaba con los nenes y... No, no... Escuchame... por favor, no me cortes... ¿Hola? ¿Hola, Valentina?

Deja el celular. Está desencajado, angustiado por primera vez desde que arrancamos con el tra-

tamiento. Se lleva la mano a la frente, mira hacia abajo y niega con la cabeza. No pregunto nada. Un minuto después respira profundo y me mira.

—Estoy metido en un problema.

—¿Qué es lo que pasa, Mariano?

—¿Recuerda que en la primera entrevista yo le dije que tenía dos mujeres?

—Sí. —Obviamente que lo recordaba. ¿Cómo no recordarlo? Es más, yo había estado esperando que hablara de esto casi desde entonces.

—Su nombre es Valentina. Pero no es cierto que yo tenga dos mujeres. En realidad no es otra esposa, no tengo un hogar paralelo. Pero sí es una relación que arrastro desde hace seis años.

Escucho cómo lo dice. Con Valentina no tiene una relación, “la arrastra”, como si fuera un peso.

—La conocí el día que nació mi hijo Ramiro. Era la secretaria de un escribano amigo con quien teníamos algunos negocios en común. Tenía veintiún años, y si bien yo no tuve nada con ella hasta un año después, me impactó desde el momento de conocerla.

—¿Le pareció bonita?

—No, bonita es Débora. Valentina era... una loba. Si bien era muy joven, tenía una mirada... experimentada.

—¿A qué tipo de experiencia se refiere?

—Sexual, por supuesto.

Su voz ha tomado un tono diferente. Por fin

aparece algo del orden de la pasión en él. De modo que decido seguir por ese camino.

—Cuénteme cómo es Valentina.

Le pido que me hable de ella con esa consigna abierta, para que él elija desde qué lugar quiere presentarla, aunque debo reconocer que yo intuía desde dónde lo haría.

—Mide un metro setenta. Es una morocha impactante. Tiene un cuerpo increíble. Y una cara tan sensual, tan erótica, que la delata.

—¿Y qué es lo que delata su cara?

—Cuánto le gusta el sexo. Es una mina increíble.

—¿En qué sentido?

—En la cama. Es extraordinaria.

—Ajá. ¿Y usted qué siente por ella?

Me mira como si le hubiera preguntado una obviedad.

—La deseo. Con todo mi ser. Como nunca deseé a nadie. Me siento un cursi. Sé que parece una frase hecha, pero es la verdad. Con ninguna mujer tuve las sensaciones que tengo con ella.

—Bueno, siendo que es la primera vez que hablamos de Valentina me gustaría que me contara un poco más.

Nuevamente dejo a su elección cómo quiere seguir hablando de ella.

—Me da un poco de pudor. No sé, me parece que no corresponde, pero si no lo hablo acá...

—...

—Valentina es casi colega suya, se recibe en diciembre. Tiene veintiocho años. Mi historia con ella empezó una noche en que salimos de una fiesta de trabajo. Me ofrecí a alcanzarla y cuando llegué a la puerta de la casa, me miró, me dijo que yo le gustaba mucho y me besó.

—¿Cuál fue su reacción?

—Yo no podía creer que semejante pendeja se me regalara así.

—¿Y entonces?

—Me dijo que... que me quería coger. Y bueno... yo no caía, no podía pensar. En cambio ella se veía tan tranquila. Era casi una nena y me estaba manejando.

—¿Y qué hizo usted, Mariano?

—¿Me lo pregunta en serio?

—Sí.

—¿Usted qué hubiera hecho?

—Eso no importa. Lo que importa es lo que hizo usted.

—Me la cogí. Eso hice... Y a partir de ese momento no pude dejar de estar con ella. La deseo todo el tiempo. Hasta cuando tengo relaciones con Débora trato de pensar que en realidad estoy con Valentina.

—¿Valentina sabe de su situación?

—Sí, claro. Y hasta hace un tiempo nunca tuvo problemas. Pero desde hace aproximadamente un año pareciera que el hecho de que yo sea un hom-

bre casado le empezó a molestar. No sé qué le pasó, porque no cambió nada.

—A lo mejor sí cambió algo...

—No lo entiendo, ¿qué quiere decir?

—Que tal vez no es lo mismo tener veintiún años que veintiocho. Que las expectativas de Valentina hoy pueden no ser las mismas que las que tenía cuando usted la conoció.

—Pero, si estábamos tan bien.

—Usted estaba “tan bien”. Se ve que ella no.

—Yo le doy todo lo que puedo.

—Sí, pero es posible que el problema no esté en lo que le da si no en lo que no le puede dar.

—¿A qué se refiere?

—Mariano, no sería nada extraño que una mujer de casi treinta años empezara a desear tener un esposo, hijos, en fin, una familia. Y usted no puede darle eso a Valentina. ¿O sí?

—Ni loco. Yo no tendría un hijo con ella, ni sería su esposo.

—Lo dice como si hubiera algo malo en ella.

—No es que sea algo malo. Pero una esposa debe ser diferente.

Aunque suene raro en los tiempos que corren, cuando se supone que hay ciertos paradigmas que caen, es bastante común encontrar en algunos pacientes obsesivos una marcada distancia entre el “ideal” erótico y el “ideal” familiar. Aunque debo reconocer que hasta yo mismo me sorprendí al escu-

char el tema expuesto de una manera tan burda. Pero no puedo detenerme en eso: es necesario que Mariano escuche lo que está diciendo.

—No entiendo, ¿diferente en qué sentido?

—No importa —rehúye el tema—, la cuestión es que hoy al mediodía fui a comer al patio de comidas del Abasto con mi mujer y mis hijos. Y ella estaba ahí con una amiga. Casi se me para el corazón. Ninguno de los dos dijo nada. Yo me hubiera querido acercar a hablar con ella, pero no podía. Así que le dije a Débora que mejor fuéramos a un lugar más tranquilo, pero ya los chicos habían elegido una mesa, de manera que nos quedamos.

—¿Y Valentina?

—Nada. Se quedó mirando la escena unos minutos, se levantó y se fue. Y no volví a contactarme con ella hasta este llamado.

—¿Y cómo estaba?

—Enojada. Pero yo siempre le dije la verdad, ¿no?

—Sí, pero a lo mejor no alcanza con eso para que a ella no le duela lo que vio. Porque una cosa es saber algo, imaginarlo, y otra muy diferente es verlo. Quizá ser testigo de esa escena familiar fue algo demasiado duro para ella.

—Puede ser, pero...

Suena el celular. Vuelve a identificar la llamada.

—Disculpe... Hola, Valen... por favor, tenemos que hablar.

El hombre que hablaba con tanta firmeza acerca de que nunca iba a darle a Valentina lo que quería no se parecía en nada a éste que estaba escuchando ahora. Era un Mariano dulce, asustado, que buscaba hacerse perdonar.

—Dale. Yo salgo en unos minutos... Me parece bien. En una hora ahí... Un beso.

Suspiró.

—Bueno, al menos bajó un poco los decibeles. Creo que va a entender.

—Puede ser que sí. Después de todo, no es algo tan difícil de entender. Lo que no sé es si, más allá de que lo entienda o no, ella podrá renunciar a sus deseos. Y no me refiero a los sexuales, si no a los otros.

—No lo sé... ya veré... pero al menos estaba más calmada. Me parece que pasamos la tormenta.

No quiere escuchar. ¿Entonces para qué hablar? Doy por terminada la sesión, cosa que parece agradecerme. Quiere irse ya mismo para arreglar el tema con Valentina. Esta vez lo va a conseguir. Pero el equilibrio había empezado a romperse. Y ese proceso, yo estaba convencido, iba a continuar.

Dada la proverbial habilidad de Mariano para escaparse de los temas, la sesión siguiente no habló de lo sucedido, hasta que su celular vibró. Había recibido un mensaje de texto.

—Es de Valentina —me dijo.

Lo respondió y yo aproveché que él la había introducido al espacio analítico y le pregunté acerca de lo sucedido luego del conflicto de la semana anterior.

—Al final pude manejarlo.

—¿De qué manera?

—Bueno, la dejé hacer su catarsis, la escuché despotricar durante un rato y tuve que hacer algunas concesiones.

—¿Cuáles?

—No muchas. Compartir con ella algunos espacios públicos, algunos amigos.

—Mariano, ¿usted es consciente de lo que dice?

—Sí, pero no se preocupe. Yo voy a saber manejarlo.

—No, si no me preocupo. El que a lo mejor debería preocuparse es usted. Pero bueno, si está tan seguro de poder manejar la situación, no tengo nada que decir. Solamente me gustaría hacerle una pregunta.

—Dígame.

—Mariano, sería una necedad no registrar que algún riesgo de ser descubierto, por mínimo que fuera, usted está decidiendo correr. Y, si ese riesgo mínimo se concretara, estaría poniendo en juego toda su estructura familiar. Entonces, la pregunta es ¿qué es aquello tan fuerte que Valentina le da como para que usted arriesgue todo lo que emocionalmente ha construido en estos años?

Silencio.

—Gabriel, a mí me gusta mucho el sexo. Soy un hombre fantasioso, abierto.

—¿Y bien?

—Yo con Valentina puedo tener un sexo sin límites, usted me entiende.

—No sé si lo entiendo. Por qué no me lo explica...

Suspira quejoso.

—Me cuesta ser explícito. Me parece un poco morboso.

—No le estoy pidiendo detalles, pero ayúdeme a entender lo que encuentra sexualmente en Valentina que no puede encontrar en Débora.

—Son dos cosas diferentes —parece enojarse.

—Mariano... no son dos cosas, son dos mujeres. Digo, porque puede ser jodido tratar a las personas como "cosas".

—Es que allí está el tema. Yo a Valentina puedo tratarla, aunque sea de a ratos, como si fuera una cosa. Una cosa destinada a darme placer. Algo que no puedo ni quiero hacer con Débora.

—¿Y qué es tratarla como a una "cosa"?

—Y... pedirle, no sé, que se ponga un portali-gas, que se masturbe delante de mí y me permita mirarla —le cuesta hablar del tema, en el fondo, es un obsesivo conservador—, que hablemos de la posibilidad de invitar a alguien más a la cama, que tengamos sexo oral... muchas cosas que se imaginará que no puedo pedirle a mi mujer.

—¿Por qué no?, ¿a ella no le gusta?

—¿Y cómo voy a saberlo? Jamás se lo preguntaría. Sería ofenderla.

—¿Por qué cree que sus deseos pueden ofenderla? Ella podrá compartirlos o no, acceder o no, pero ofenderse... ¿No es demasiado?

—Gabriel... Débora es la madre de mis hijos.

—Sí... Y supongo que los concibieron cogiendo, ¿no?

Elegí adrede esa palabra. Y el efecto en él fue claro.

Me mira y no dice nada. Me mira con rabia. Como si yo estuviera agrediendo a su esposa.

—Débora es una mujer con mayúsculas.

—Claro, y Valentina es una putita con minúsculas. —Se queda callado. Me mira fijo. Dejo pasar unos segundos y continúo. —Y uno a las mujeres tiene que respetarlas, darles un hogar, hijos, cuidarlas y mantenerlas. En cambio a las putitas hay que disfrutarlas, compartirlas, degradarlas y tratarlas como si fueran cosas, ¿no?

—...

—Mariano, hay algo en lo que usted piensa que no está del todo desacertado. El amor necesita de una cierta idealización. Uno tiene que poder creer que la persona que ama es la mejor, es noble, compañera, una madre incomparable, una persona única y maravillosa. Y usted pudo idealizar así a Débora. El erotismo, por el contrario, requiere de la

posibilidad de degradar a la otra persona, aunque sea de a ratos como usted decía, y convertirla en un objeto de deseo. Si se quiere, hasta parcializarla.

—¿Parcializarla? No entiendo.

—Claro, percibirla por partes. No es, como en el caso del amor, una unidad, una gran mujer. No. Es diferente. Está partida. Tiene unos pechos enormes, una cola preciosa, una boca sensual. Es decir que no la toma como una totalidad, sino como si se tratara de una zona erógena, o una suma de ellas. Y usted pudo hacer eso con Valentina. Eso que es tan necesario para poder desear a alguien.

—¿Y entonces qué es lo que está mal?

—Lo que está mal ahora es justamente todo lo que atañe a su rol de hombre, ese espacio en el cual, según me dijo en la primera entrevista, no había conflicto alguno.

—¿Pero... por qué?

—Mariano, por lo que me ha contado hasta ahora, pude deducir que, desde que Débora quedó embarazada por segunda vez, se transformó para usted en madre y representante de la imagen familiar, y ya no se la pudo coger más. Sólo pudo “hacerle el amor” de manera tierna. Y me parece que ahí está la cuestión. En el modo en el cual usted maneja su deseo. Fíjese. Para armar una familia le quitó a su relación de pareja todo contenido erótico. Separó tanto al deseo del amor que ahora la pregunta es

¿cómo puede vivir plenamente su sexualidad y tener al mismo tiempo una familia?

—No sé qué responderle.

—Veamos. Hay algunas alternativas posibles.

La primera es la que estuvo sosteniendo hasta ahora, es decir, tener una mujer y una amante. Otra es ser fiel y renunciar a la sexualidad, reprimirse. Una tercera sería satisfacerse de un modo autoerótico. Pero hay una más interesante y, a lo mejor, más sana. La que consiste en erotizar su relación con Débora, o afectivizar la que tiene con Valentina. Pero yo me pregunto, ¿puede hacer esto?

—No lo sé. No me imagino cómo hacerlo.

—A lo mejor tendremos que trabajar sobre ciertos preconceptos, ciertos ideales que usted tiene y que lo han conducido a esta situación.

—Gabriel, ¿qué debo hacer?

—No lo sé. Pero me parece que el desafío que se le presenta ahora es averiguar si tiene o no la posibilidad de amar y desear a una misma persona. De idealizar y “degradar” a una misma mujer. Hasta ahora no pudo. ¿Y qué hizo? Necesitó de dos mujeres para hacer entre las dos una. Yo no sé cómo se sentirá su mujer con el hecho de que usted no pueda degradarla, pero sí le aseguro que, a la luz de lo ocurrido últimamente, deduzco que Valentina se cansó de ser solamente su objeto de deseo, su cosa, y pide ahora un reconocimiento diferente de su parte.

—Es decir que lo que me está pidiendo...

—Sí... es que la ame.

Silencio.

—¿En qué está pensando, Mariano?

—En que no sé si le dije a usted la verdad.

—Explíqueme por favor.

—Sí. Que no sé si las concesiones que acepté son tan pequeñas.

—A ver. Cuénteme.

—Antes de llegar aquí me sonó el celular —otra vez el celular—. Era Valentina. Me dijo que sus padres llegan este viernes de Tandil a visitarla. Y que quiere que salgamos a cenar los cuatro.

—¿Y usted le dijo que sí?

—Sí. Había pasado muy poco desde la pelea. Si le decía que no tal vez se iba a enojar. Pero yo no sé si quiero ir.

—Mariano, no se engañe. Usted sabe perfectamente que no quiere ir. Lo que no sabe es cómo hacerlo sin que Valentina se enoje.

—¿Entonces?

—Entonces debe decidir entre hacer lo que quiere, al costo del enojo de su amante, o pagar con su presencia un día más de calma. Y digo un día más porque sospecho que esto no acaba aquí, con este pedido.

—Pero si no voy... creo que la pierdo.

Silencio.

—¿Usted ama a esa mujer?

—No.

—Entonces piénselo muy bien, porque cada movimiento que haga en dirección a las demandas de Valentina, va a alimentar en ella la ilusión de que a lo mejor usted pueda darle algo que, según me dice, no está dispuesto a dar. Y si es así, ¿para qué ilusionarla en vano?

—Porque la deseo mucho y no quiero perderla.

—Entonces vaya y hágase cargo de las consecuencias que su egoísmo pueda tener para ella, para Débora y para usted.

Silencio.

—Me está haciendo mierda. Usted me dijo que jamás iba a juzgarme.

—Mariano, no lo estoy juzgando. Se lo aseguro. Simplemente le estoy describiendo, tal vez de un modo crudo, lo admito, cuál es su realidad en este momento para que decida con madurez lo que va a hacer.

—Es que yo quiero conservar las cosas como hasta ahora.

—Ya no creo que pueda. Me parece que llegado este punto, algo va a perder. Decida usted qué.

Interrumpí la sesión y Mariano se fue.

Sé que mis intervenciones lo habían angustiando mucho. A veces los analistas debemos hacerlo. Yo sabía que había sido muy dura la sesión para él, pero no podía evitar analizar estas cuestiones. Su vida estaba en una encrucijada. Y él tenía que resolver cuál de los caminos iba a tomar.

El viernes, tres días después, a eso de las ocho de la noche me llamó por teléfono. Estaba desencajado, con una angustia descontrolada. Me pidió si podía verme, a lo cual accedí inmediatamente. A las diez en punto dio comienzo la sesión. Se sentó frente a mí y se puso a llorar.

—Cómo pude ser tan pelotudo... por Dios... no puedo creerlo —decía entre sollozos.

—¿Qué pasó, Mariano?

—El celular... este puto celular.

—¿Qué ocurrió con el celular?

—Hoy, hace menos de cuatro horas volví a casa después de trabajar y me fui a bañar. Hoy es el día en el cual debía cenar con los padres de Valentina. Antes de entrar en la ducha dejé el celular sobre la cama... y me olvidé de apagarlo.

—Continúe.

—Cuando salí del baño fui al dormitorio a vestirme. Débora me estaba esperando. Me alcanzó el celular y me dijo: “Tomá. Tenés un mensaje. Leelo, yo ya lo hice”.

—¿Era un mensaje de Valentina?

—Sí. Aún no lo borré. Mire.

Me alcanza su teléfono. Allí se leía: “Amor, mis viejos estarán en casa a eso de las diez. Tratá de llegar un rato antes. Te quiero. Valentina”.

Le devuelvo el celular.

—Ya se imaginará.

—La verdad es que no. Mejor dígamelo usted, ¿qué pasó?

—Ella se quedó parada delante de mí mientras yo lo leía. La miré fijo a los ojos y pensé cómo arreglaba ese desastre. Qué excusa poner. Pero en ese momento ella habló primero. Estaba calmada, casi a punto de llorar, con los ojos rojos, pero tranquila.

—¿Y qué le dijo?

—Me pidió que pensara muy bien lo que iba a decirle. Que en el mensaje no figuraba mi nombre, con lo cual podía yo restarle importancia y decir que era un mensaje equivocado, o que era una broma. Que la verdad era que esa noche yo iba a ir a la reunión de egresados de la secundaria, tal cual le había dicho anteriormente, y que no conocía a ninguna Valentina. Que en ese caso ella iba a reflexionar si elegía creerme o no. Pero que por favor no le faltara el respeto. Que no hiriera su dignidad tratándola como a una estúpida. Que me tomara el tiempo que necesitara, pero que lo que dijera iba a ser definitivo. Se fue a la cocina y me dejó solo.

—¿Y usted que hizo?

—Me vestí, lo llamé a usted y me vine hacia aquí sin siquiera saludarla. Estuve dando vueltas esperando que se hicieran las diez y tratando de pensar.

—¿Y tomó alguna resolución?

—No. No pude decidir nada.

—Eso no es cierto.

—¿Qué quiere decir?

Miro el reloj. Han pasado quince minutos de las diez de la noche.

—Quiero decir que hace más de media hora que usted debería estar en casa de Valentina... y sin embargo está acá.

Llora. Lo dejo desahogarse en silencio unos cuantos minutos. Por fin decido hablar.

—Mariano, sé que en este momento usted siente que el mundo se le vino encima, pero, ¿quiere que le diga algo? Usted generó esta situación. —Me mira asombrado. —Sí. Estoy convencido de que hace mucho que quería encarar este tema y resolverlo, pero no se animaba, entonces dejó que el celular lo hiciera por usted.

—¿Qué?

—Sí. Primero dejándolo encendido para recibir el llamado de Valentina en mi presencia, en plena sesión. Obviamente no íbamos a poder escapar del tema. Entonces, aunque de manera inconsciente, eligió esa metodología para que yo me enterara de la existencia de Valentina y de lo problemática que se estaba volviendo la situación. La sesión siguiente, a pesar de su resistencia a hablar del tema, aquel mensaje de texto volvió a traer la cuestión al análisis. Una sesión muy jugosa, debo reconocer, en la cual hablamos de su dificultad para amar y desear a una misma persona. Y por último esto que ha ocurrido hoy.

—¿Qué quiere decir... que el teléfono me lo olvidé prendido a propósito?

—Sí y no. No desde lo consciente, pero sí desde su deseo inconsciente de terminar con esto. Es lo que se llama un “acto fallido”, una manera de hacer algo que conscientemente uno no puede hacer, de manifestar un deseo que va más allá de nuestra posibilidad de enfrentarlo. Usted no sólo se lo olvidó prendido, sino al alcance de Débora, después de una sesión tan movilizante como la del martes pasado y justo antes de dar un paso fundamental como el de presentarse oficialmente ante la familia de Valentina. ¿Quiere que le diga la verdad? Sí. Creo que lo hizo a propósito... ¿No opina usted igual?

Silencio.

—El tema de Valentina se me fue de las manos. Yo no quería esto... y no estoy dispuesto a perder a mi familia. Aunque tal vez ya es tarde.

—Mariano, Débora le dio tiempo. Usted decidió compartir ese tiempo conmigo. Bueno, utilicémoslo para pensar. ¿Qué va a hacer?

—No lo sé.

—¿Usted ama a su esposa?

—Con toda mi alma.

—Entonces escúchela. Ella le pidió que la tratara con dignidad. Creo que se lo merece.

—¿Y qué hago, le cuento la verdad?

—Haga lo que quiera. Pero si me permite una

opinión, y aclaro que es solamente eso, una opinión, creo que no hay mejor opción que la verdad.

Charlamos un poco más sobre el tema. Mariana decidió ir a su casa y hablar con su mujer. Decirle la verdad. Omitiendo, por supuesto, los detalles morbosos de la situación. Ella lo escuchó, le preguntó por qué, lloró mucho y, al final de una larga noche, decidieron darse una nueva oportunidad.

En el transcurso de ese tiempo conocí a Débora, ya que ella le solicitó a Mariano autorización para acompañarlo a algunas sesiones. Y él accedió gustoso. Era una mujer realmente hermosa, muy atractiva e inteligente.

Si bien éste era el espacio analítico de Mariano, durante casi dos meses vinieron juntos. Hablaron de muchas cosas, pero sobre todo, se escucharon.

Hasta que una noche ella apareció sola al horario de sesión.

—Mariano no ha llegado aún.

—Ya lo sé. Le dije que quería venir sola. Hablar con usted. —Yo iba a decir algo pero me interrumpió. —Ya sé que no es lo más común, pero él estuvo de acuerdo, de modo que si no se opone, le ruego que me permita pasar.

Así lo hice.

—Débora, imagino que usted tendrá muchas dudas, muchas fantasías, pero sepa que yo tengo un se-

creto profesional que mantener y no voy a poder responder a las preguntas con respecto a su marido.

Sonrió.

—No, Gabriel. No es de él de quien quiero hablar, sino de mí. Ya sé que usted no puede ser mi analista. Es más, me gustaría que después de esta charla, que será la última que tendré con usted, me derivara a alguien de su confianza. Pero hay cosas que quiero decir. Y creo que se lo debo.

—¿A su esposo?

—No. A usted.

Silencio.

—Hace tiempo que yo me di cuenta de que la relación no estaba bien. Nuestra vida sexual empezó a estar cada vez más acotada, más condicionada.

—¿Condicionada por qué cosas?

—Básicamente por Mariano. Él cada vez ponía más frenos, más peros.

—¿Me está diciendo que buscaba excusas para no tener relaciones?

—No. Le estaría mintiendo si le dijera eso. Pero más o menos. Nuestras relaciones empezaron a hacerse cada vez más previsibles, sin juegos, sin sorpresas. Yo comencé a sentir que él ya no podía verme como a una mujer.

—¿Y en qué momento esto empezó a ser así?

—Casi desde que nació nuestro hijo menor. —El día en que conoció a Valentina. —Yo también fui responsable, porque no dije nada. Y fui convirtiénd-

dome cada vez más en la madre de sus hijos y dejando de ser su mujer.

Silencio.

—¿Y qué hizo con su deseo?

Silencio.

—Eso es lo que siento que le debo, Gabriel. Usted ha hecho mucho por nosotros. Yo ya no voy a venir más a verlo. Creo que debo iniciar mi propio análisis. Pero antes necesitaba que usted supiera toda la verdad.

—La escucho.

—Gabriel, no es Mariano el único con deseos sexuales en la familia. Yo también los tengo. A mí también me gusta coger.

Me mira a los ojos cuando lo dice. Quiere mostrarse como hembra. Y yo le sostengo la mirada. Seguramente hace tiempo que esconde esta faceta de su vida. Tiene derecho y ganas de mostrarla.

—¿Entonces?

—Hace tiempo que la mayor actividad sexual de mi vida es masturbarme. Y fantasear... siempre con Mariano. Casi parece una broma esto de tener que imaginar que tengo sexo con el hombre que duerme cada noche a mi lado. Pero ha sido así. Hasta hace más o menos un mes.

—¿Qué ocurrió hace un mes, Débora?

—Me encontré con un hombre con el cual había salido de soltera, un amigo de mi hermano.

—¿Y qué pasó?

—Al principio sólo llamados telefónicos. Largas charlas. Estoy mucho tiempo sola, de modo que puedo hablar tranquila.

Y casi sin darme cuenta empezamos un juego de seducción que me hizo sentir cosas que hacía mucho tiempo no sentía. Me da vergüenza hablar de esto.

—¿Se acostó con él?

—No, pero casi.

—¿Deseaba hacerlo?

—Muchísimo.

—¿Y qué la detuvo?

—Que yo no amo a ese tipo. Yo amo a Mariano. Simplemente necesitaba sentirme deseada, saber que aún podía excitar a un hombre. Que no había dejado de ser una mujer. Pero justo cuando debía concretar... no pude.

—¿No pudo hacerle eso a su esposo?

—No. No pude hacerme eso a mí. Entonces decidí cortar eso que nunca había empezado y esperar la oportunidad para hablar con Mariano de lo que me estaba pasando.

—Y el mensaje de Valentina significó la llegada de esa oportunidad.

—Sí. Aquel mensaje me impactó, me enojó, me angustió. Pero también me dio la excusa para plantear lo que nos estaba pasando. Mariano se acostó con esa chica. Yo casi me acuesto con aquel hombre. ¿Cuál es la diferencia? Yo no soy mejor que él.

—Yo no sé cuál de los dos es mejor o peor, si es

que eso puede saberse. Creo que cada uno manejó el tema como pudo.

—Así es.

—¿Y ahora?

—Ahora habrá que pelear por esta familia.

—Débora... A lo mejor en lugar de pelear por la familia, deberíamos pensar en pelear primero por la pareja, ¿no le parece?

Me sonrió.

—Ojalá tengan mucha suerte —le dije y nos despedimos.

Mariano ha seguido trabajando mucho en este tiempo de análisis. Ya casi nada queda de aquellas sesiones tediosas y superficiales. Ha cuestionado sus modelos, su familia de origen y los temores que le traía aparejado el hecho de estar casado con una mujer y no con una madre.

Débora comenzó a hacer terapia con un profesional de mi equipo.

Han pasado diez meses desde el episodio del celular, aquel que los obligó a develar una verdad dolorosa y que les dio, al mismo tiempo, la posibilidad de intentar torcer el rumbo de su pareja.

No sé si podrán o no lograrlo. Están trabajando duro para conseguirlo.

Éste es un presente difícil para ambos y lo están atravesando con esfuerzo y con dolor.

Y es que a veces, no hay otra manera de construir un destino mejor.

La dama de los duelos

(La historia de Amalia)

¿Dónde estaba Dios cuando te fuiste?

E. S. DISCÉPOLO

Amalia es una mujer fuerte, a la que le ha tocado enfrentar cosas muy difíciles en su vida. Sin embargo, hoy se dejó caer sobre el sillón destruida, como si le hubieran arrancado de golpe su energía vital.

—Amalia, cuénteme por favor qué ha ocurrido.

Me mira con los ojos llenos de lágrimas. Le cuesta hablar, casi balbucea entre sollozos.

—Mi hija, Romina.

—¿Qué pasa con ella?

—Le han descubierto un cáncer —dice, y estalla en un llanto angustiado.

Quiero mucho a esta paciente. No quisiera causarle ni el más mínimo dolor. Pero no puedo evitarlo. Ha llegado el momento. Junto coraje y, muy a mi pesar, sabiendo que la voy a lastimar, le digo:

—La felicito. Debe de estar usted muy contenta.

Levanta los ojos y me clava la vista. Yo le sos-

tengo la mirada. Para mí es un momento muy incómodo. Amalia se queda en silencio un rato largo. Me parece que no puede creer lo que le dije. De a poco su actitud va cambiando. Ya no me mira con asombro, sino con odio.

—Rolón, usted es un hijo de puta.

Tiene razón. Pero a veces, al analista, no le queda otra opción.

La muerte es incomprendible, injusta, y el dolor que ocasiona a los que sufren la pérdida de un ser querido es, siempre, tan grande y tan profundo que la propia vida parece haberse ido con la persona muerta. El mundo se ensombrece y nada de lo que nos importaba tiene ya valor. Recuerdo que siendo yo muy chico mi padre intentaba prepararme para enfrentar su muerte.

—Algún día me voy a morir y vos vas a tener que seguir viviendo —me decía.

Yo tendría seis o siete años, y no recuerdo un dolor más grande que el que sentía en aquellos momentos. Un dolor vivido totalmente en vano, porque mi padre no pudo —nadie hubiera podido—, prepararme para que cuando llegara el instante tan temido, yo sufriera un poco menos.

La muerte de un ser amado nos arroja a ese territorio del sin sentido, allí donde no habita palabra alguna que pueda explicar, aunque más no

sea de un modo torpe e incompleto, lo que ha ocurrido.

Saber que no vamos a escuchar más su voz, que no lo vamos a ver nunca jamás, que nos vamos a despertar llorosos al tomar contacto con la vigilia y comprender que, haber estado a su lado, no fue más que una ilusión nocturna, que el día ha llegado y con él la realidad más cruel: la persona amada no está. Como decía Borges: “Ya no es mágico el mundo, te han dejado”.

En nuestra práctica clínica el duelo es algo de todos los días. Se nos instala en el consultorio de un modo inapelable y deja a nuestros pacientes, y a nosotros mismos, con una sensación de impotencia que es muy difícil de manejar. El duelo se adueña de todo el ser de nuestros pacientes y de lo que ocurre en nuestro análisis. Por ende, se adueña también de nosotros.

Cuando estudiaba leí, no menos de veinte veces, en diferentes materias, el texto “Duelo y Melancolía”, de Sigmund Freud. Creía saberlo casi de memoria. Sin embargo, mi práctica clínica me enseñó que ni toda la literatura del mundo puede dar cuenta del impacto que sentimos al tenerlo frente a nosotros. Y aprendí, además, que no todos los duelos son iguales. Que no deberíamos hablar del duelo, sino de *los* duelos. Diferente para cada paciente y, aun en la misma persona, diferente para cada pérdida.

Esta historia empieza en Buenos Aires. Más precisamente, en Avenida de Mayo al 800. Eran casi las doce de la noche de un martes caluroso del mes de diciembre de 1998. Yo me preparaba para empezar el programa radial en el cual trabajaba. Estaba apoyado en la barra del Gran Café Tortoni, lugar desde el cual transmitíamos, hablando con uno de los mozos.

De pronto se me acerca una mujer de baja estatura, morocha, muy elegante y me pide un minuto para hablar conmigo. Accedo y mantenemos un breve diálogo.

—Rolón, disculpe que lo moleste, sé que ahora tiene la cabeza puesta en otra cosa. Pero quisiera hacer una consulta profesional con usted.

—Cómo no.

Empecé a hurgar en mis bolsillos buscando una tarjeta. Encuentro una y se la ofrezco.

—Gracias, pero prefiero anotarlo en mi agenda si no le molesta.

—De ninguna manera —le respondí amablemente y le pasé el número.

—En enero me voy de vacaciones, pero a la vuelta lo llamo para arreglar un encuentro.

—Cuando quiera —respondí sonriendo.

Algo en aquella mujer me cayó bien. Si bien se la notaba un poco nerviosa, se había acercado

con decisión y mucho respeto. Detrás de ella, a unos cinco metros de distancia, dos jóvenes miraban la escena. Después me enteraría de que eran sus hijos.

Se quedó a ver el programa y a la salida nos saludamos.

—Mire que lo llamo —me dijo a modo de despedida.

—Bueno, la espero entonces.

Pero la verdad es que no estaba seguro de que fuera a llamarme. Llegado a este punto me siento en la obligación de confesar algo. También los psicólogos, o al menos yo, corremos el riesgo de caer en pensamientos prejuiciosos. Así como la gente tiene un estereotipo del psicoanalista, a veces también nosotros tenemos un estereotipo del paciente y, en el caso particular del psicoanálisis, imaginamos a una persona de entre veinticinco y cincuenta años, estudiante o profesional, con algunas características que reafirmen la imagen del “buen analizante”.

Amalia no encajaba en ese modelo. Por el contrario, parecía un ama de casa más dedicada a su esposo y a sus hijos que a la disposición analítica.

Me equivocaba. Y qué grande iba a ser la sorpresa que, como paciente, esa mujer iba a darme.

Habían pasado casi dos meses cuando me llamó a mi consultorio.

—Hola, ¿Rolón?, soy Amalia.

Silencio de mi parte. Ni siquiera le había preguntado el nombre aquella noche, casi ocho semanas atrás, de modo que busqué infructuosamente en mi memoria tratando de unir el nombre y la voz. Pero, como en muchas futuras ocasiones, ella me lo hizo fácil.

—¿Me recuerda? Le pedí su teléfono hace unas semanas en el café Tortoni.

—Ah, sí, claro. Discúlpeme. ¿Cómo está?

—Bien, gracias. Llamo para ver si podemos concretar una entrevista.

—Sí, por supuesto. Déjeme ver en la agenda. A ver... ¿qué le parece el miércoles a las diez de la mañana?

—A la hora que usted diga.

Firme. Con determinación. Con un estilo claro y concreto. Esas características de su personalidad que tan bien yo llegaría a conocer con los años.

—Bueno, nos vemos el miércoles entonces.

—Gracias, Rolón. Allí estaré.

Suele ocurrir, al comienzo, que la gente me llame por mi apellido, pero por lo general esto cambia a partir de la primera entrevista y salen del consultorio llamándome por mi nombre. Pues bien, no es éste el caso de Amalia.

A pesar de los años que llevamos trabajando

juntos y del gran cariño que nos hemos tomado el uno al otro, ni una sola vez ha dejado de llamarme por el apellido.

Incluso, cuando no concuerda con alguna de mis intervenciones, una de sus frases preferidas es: “Déjeme de joder, Rolón”.

Amalia tocó el timbre de mi consultorio exactamente a las diez. Según me dijo, había llegado unos minutos antes, pero esperó la hora convenida para llamar a mi puerta.

Traía un libro en la mano. Intenté ver de qué se trataba. Siempre ayuda saber cuáles son los intereses de un posible paciente. Ella captó mi mirada y al sentarse frente a mí lo colocó de manera tal que yo pudiera ver claramente la tapa del libro que estaba leyendo. Era un libro sobre historia argentina.

—¿Le gusta la historia? —le pregunté.

—Sí, claro. No dejan de asombrarme las cosas por las que ha pasado nuestro país. Y no entiendo cómo hay tipos a los que en vez de incinerarlos públicamente para que todo el mundo sepa lo que hicieron, encima los honramos poniendo sus nombres en las calles.

Insiné una sonrisa y empecé a hacerme una idea de su personalidad. Temperamental. Apasionada. Es increíble cuánto nos sirven las primeras impresiones que recibimos de los pacientes. Por eso, siempre estoy especialmente atento a estos contactos iniciales.

Cuando recibo por primera vez en mi consultorio a una persona, lo que tengo delante es un enigma. Debo tratar de tener la mente abierta, de estar receptivo, de no influir demasiado sus dichos con mis intervenciones, e incluso de cuidarme de qué y cómo digo lo que digo.

Es sabido que los analistas no proponemos un tema, y menos en la primera entrevista. Dejamos que los propios consultantes (aún no hablamos de pacientes) desplieguen lo que traen. Pero no es menos cierto que hay muchas maneras de hacerlo. Algunos profesionales simplemente los miran y esperan en silencio. Otros los invitan a hablar con frases asépticas que no lo condicionen: “Muy bien”, “Usted dirá” o “Lo escucho”, por ejemplo.

Yo prefiero, aunque sin proponer tema alguno, demostrarle inmediatamente que me importa lo que le ocurre y que estoy atento y con la mejor voluntad de ayudarlo. Prefiero, entonces, frases que no conduzcan el diálogo, pero que sí le transmitan a la persona, desde el comienzo, un compromiso de mi parte. Que sepa que no es un número, que registro su nombre, que para mí es una persona única y que me importa y mucho ayudarla.

—Bueno, Amalia, cuénteme por favor lo que le está pasando.

Así comencé mi primer encuentro con ella. Y si bien, como dije, la mente está abierta para escuchar lo que el otro quiere comunicar, a veces es

inevitable hacerse una idea anticipada a partir de lo que la persona nos transmite en la primera impresión.

En este caso, esperaba escuchar cuestiones que hicieran a la crisis generacional con sus hijos, o el conflicto interno de “no saber qué hacer” ante una posible jubilación y, por qué no, algún estado depresivo generado por esta situación.

Otra vez me equivocaba.

Amalia tomó el libro, lo puso a un costado sobre el escritorio, me miró a los ojos, y comenzó a relatarme una hermosa y triste historia de amor.

—Conocí a Julio siendo muy chica. Tendría catorce o quince años y él era ya un hombre de treinta. Delgado, elegante, hermoso y extremadamente mujeriego. —Me mira. —No sabe cómo le gustaban las minas. Pero claro, yo era una nena en ese momento.

Como su familia estaba ligada a la mía por cuestiones de amistad solía verlo en distintas reuniones sociales: cumpleaños, Navidad, Año Nuevo... Jamás lo vi acompañado por alguna mujer, nunca presentó una novia —se sonríe—. No se comprometía con ninguna para poder salir con todas.

—¿A qué edad empezó a gustarle Julio?

—Desde el primer día. Lo vi, y supe que ése sería mi hombre. Lo sentí acá, en el pecho. —Le cues-

ta hablar por la emoción. —Me lo presentaron y me puse pálida. Me sentí impactada, conmovida. Casi ni pude saludarlo.

—¿Y él?

—Años después me confesó que al verme pensó: “Qué linda la morocha. Lástima que sea tan chica”. Y efectivamente, yo era muy jovencita.

—Bueno, pero como dice el refrán: “la juventud es una enfermedad que se cura con el tiempo”.

—Sí. Y para qué se curará uno, ¿no? Con lo lindo que es ser joven. —No lo dice como una frase hecha. Me doy cuenta de que hay algo en este tema que la moviliza.

—La verdad es que sí. Pero también es cierto que en todas las edades uno puede encontrar cosas que lo gratifiquen, ¿no cree?

—¿Usted me está hablando en serio?

—Sí, por supuesto.

—Déjeme de joder, Rolón. ¿Para qué quiere uno llegar a viejo? Andar dando lástima por ahí. Siendo una carga para los hijos. De ninguna manera. Por eso yo digo: “Qué bien que la hizo Julio”. Vivió hasta que quiso y se fue. Joven, fuerte, sin pasar por toda la degradación de la vejez. Fue tan inteligente...

—Pero se podría haber quedado un poco más a su lado, ¿no?

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Él está a mi lado. No se va ni un segundo de

mí. Ése es mi problema. Por eso vengo. Porque necesito dejar de ser tan egoísta.

—¿Egoísta?

—Sí. Porque él hizo lo que quería. Pero yo me siento mal por extrañarlo tanto y todo el tiempo. Y —se interrumpe por el llanto— odio que me pase esto, pero no puedo ni nombrarlo sin quebrarme y ponerme a llorar. Y no sé por qué. Si yo sé que donde está ahora, está mejor.

—Bueno, a lo mejor la que no está mejor es usted.

—Seguro. Pero dígame, ¿no es eso un acto de egoísmo?

—Y si fuera así, ¿qué tendría de malo?

—...

—Amalia, ¿está mal querer que la persona que amamos esté a nuestro lado todo el tiempo posible?

—No. Pero hay que saber aceptar las elecciones de los demás. Yo lo necesito cada día de mi vida, pero de todas maneras sé que él hizo lo correcto.

—¿Muriéndose?

—No, no llegando a viejo. ¿Para qué? Siempre me decía: “Amalita, hay que morirse joven”.

—Y cagarse en los demás, ¿no?

—¿Por qué me dice eso?

—Dígame: ¿qué edad tenían sus hijos cuando su esposo murió?

—Romina once y Sebastián diez.

—Muy chiquitos para quedarse sin papá, ¿no le parece?

Adrede utilizo el diminutivo para referirme a sus hijos y la palabra “papá” en lugar de padre. Trato de conectarla con el vacío de protección que deben haber experimentado al morir Julio.

—Sí, pero él sabía que yo iba a poder. Siempre pude.

No hay caso. Es muy difícil lograr que alguien se enoje con un muerto querido. La pérdida parece agrandar aún más su figura, hasta volverlo intocable, inmaculado. Yo quería que ella pudiera lograr ese enfado, y tan empecinado debo de haber estado que no escuché lo que Amalia dijo: “Siempre pude”. ¿Qué quería decir con “siempre”? ¿A qué remitía esa palabra?

Seguramente a algo anterior a la pérdida de su marido. Pero así son las cosas. Cuando un analista se deja invadir por una idea fija, pierde la capacidad de escuchar. Y esa vez me tocó a mí. Me equivoqué. Sólo después descubrí mi error.

Tomé a Amalia como paciente sin dudarlo. Era inteligente, sensible, de carácter fuerte, a veces demasiado, y trabajar con ella se convirtió para mí, de inmediato, en algo muy placentero.

Sin embargo, me costaba escucharla.

Solía ocurrirme que cuando ella dejaba el consultorio y me ponía a revisar lo acontecido me enojaba conmigo mismo: “¿Cómo no me di cuenta?”

—me reprochaba. Y tuve que asumir que, seguramente, algo de su historia entraba en relación con la mía. Por eso no podía ver con claridad aquello que sus palabras me mostraban. Pero, ¿qué era?

La respuesta me llegó poco tiempo después. Ella estaba hablando de Julio y, como casi siempre, la había desbordado la angustia.

—Muchas veces lo extraño tanto que creo que no voy a poder soportar su ausencia. Necesito su piel a mi lado, anhelo recostarme en su pecho, quiero volver a sentir su olor. Jamás volví a experimentar esa sensación de éxtasis que me generaba tocarlo, amarlo. Rolón, yo quedé viuda muy joven, pero nunca más salí con ningún otro hombre. No puedo ni siquiera imaginar tocar otra piel que la de Julio. Sé que voy a morirme sola y que no volveré a ser una mujer jamás. Pero creo que es el precio que debo pagar por haber amado tanto y haber sido tan feliz.

La miré y comprendí todo: *No tenía a Amalia delante de mí. Todo este tiempo, sin saberlo, había estado hablando con mi madre.* Por eso mi impotencia, mis ganas de sacarla a cualquier precio de ese dolor, de ese duelo inacabable, de ese llanto permanente por el marido muerto tan joven. Eso era lo que no me permitía escuchar.

Ella había actualizado en mi consultorio mi propio drama familiar, y yo no había sido realmente su analista. Todo ese tiempo la había escuchado como si fuera su hijo.

Comprender eso fue algo muy fuerte para mí. A punto tal de que no pude continuar con la sesión.

—Amalia, voy a serle sincero. Voy a pedirle que dejemos aquí, pero no por usted, sino por una necesidad mía.

—¿Le pasa algo, Rolón?

—Sí, me pasa que escuchándola no pude menos que pensar en mis padres. Y eso hizo que me angustie y que me enoje mucho. Y en esta condición no puedo serle útil. Así que le pido disculpas, pero prefiero que nos veamos la próxima semana.

—Por supuesto, está bien. Pero, ¿puedo saber con quién se ha enojado?

—Con los dos. Con mi padre por morirse tan joven y con mi madre por no haber podido superarlo y dejar que su vida fuera un duelo eterno. Pero no corresponde que le cuente más. Ojalá pueda entenderme y sepa disculparme.

—Faltaba más. Los psicólogos también son humanos y todos tenemos una historia, ¿no?

—Así es —dije, y la acompañé hasta la puerta.

En la sesión siguiente, al recibirla, intenté una nueva disculpa, pero me detuvo.

—Al contrario. El otro día, cuando usted me habló de su papá, caí en la cuenta de que yo nunca le había hablado del mío. —Era cierto. Yo tampoco le había preguntado sobre el tema. Y no era extraño.

Al haber quedado capturado por su imagen de madre no pude imaginármela siendo hija.

—Mi papá —continuó— también como Julio, murió muy joven. Era operario en una fábrica y sufrió un pico de presión. Se fue una mañana al trabajo y, cuando volví a verlo, estaba en un cajón.

—¿Qué edad tenía usted?

—Cinco.

Amalia no tenía de su padre más que dos o tres recuerdos. Uno de ellos era el recuerdo de una mañana en la cual su padre, a quien ella veía enorme, la alzaba tiernamente y le daba un beso. Su papá se estaba afeitando, razón por la cual le llenó la cara de jabón.

—Debo de haber estado muy graciosa, porque estalló en carcajadas. Aún recuerdo la sensación de humedad en mi cara. Fue un momento feliz.

Había llorado mucho por Julio en el tiempo en el que nos conocíamos, pero jamás tanto ni tan angustiosamente como ahora. Yo podía imaginarla como una nena desprotegida y supe que algo en mi interior se había destrabado. Ahora sí, tal vez, podría ayudarla de verdad. Y, no casualmente, aquella frase “siempre pude” volvió como por arte de magia a mi cabeza.

—¿Qué pasó a partir de ese momento?

—Nos quedamos los tres solos, mi mamá, mi hermano menor y yo. Y sentí que iba a tener que hacerme cargo de la familia.

—¿A los cinco años?

—Le juro que lo sentí así. Mi hermano apenas caminaba y a mi mamá la veía tan débil, tan vulnerable, que comprendí que yo debía ocupar el lugar de mi papá. Y así fue que me convertí “en el protector de mi familia”.

Amalia lloraba desconsoladamente.

—Es decir que cuando su esposo murió usted volvió a vivir una experiencia que le era conocida. —Asintió con la cabeza. —Creo que por eso usted no puede enojarse con Julio, porque en realidad si lo hiciera estaría reconociendo que también tiene derecho a enojarse con su papá. Y me parece que eso es lo que usted no puede permitirse.

—A mi papá sólo lo tuve cinco años de mi vida, Rolón. Sin embargo, es lo más importante que he tenido jamás.

Es muy fuerte lo que acaba de decir.

—Vamos a interrumpir acá —le digo.

—¿Le pasa algo?

—No, Amalia, nada. Esta vez es por usted.

A partir de esa sesión pudo hablar de Julio sin llorar y fuimos recorriendo juntos su apasionada historia con él. El llanto aparecía ahora cuando hablábamos de su padre. Sin embargo, seguía sosteniendo que era inteligente morirse joven. Y no es para menos. Los dos hombres más importantes de

su vida lo habían hecho y ella aún no estaba en condiciones de ver que no había sido una “decisión inteligente”, sino una tragedia, que estos hombres tan idealizados no habían sido dueños de su destino sino víctimas de las circunstancias.

En esa época aparecieron en ella dos síntomas que tuvimos que trabajar. Uno, no quería que su hijo que se había ido a vivir solo, la visitara. El otro, un enojo con su madre.

—Sebastián dice que yo no quiero que venga a casa. Que lo castigo por haberse ido. Y no es así.

—¿Seguro?

—Sí, Rolón. Es cierto que no tengo muchas ganas de que venga. Pero en realidad lo que no quiero es que se moleste. Trabaja todo el día, llega cansado, ¿para qué va a venir hasta casa si yo puedo ir a la de él? Vamos con Romina, le llevamos la comida, le acomodo un poco el departamento y así, cuando terminamos de comer, ya se puede acostar y descansar. En esta época está agotado. Usted sabe que hay fechas del mes en que los contadores trabajan como locos. Bueno, yo quiero ayudarlo, nada más.

—¿Cuánto hace que no lo invita a su casa?

—No sé, no llevo la cuenta.

—Amalia, déjese de joder usted, ahora. ¿Cuánto?

—No sé. Tres meses más o menos.

—¿No le parece mucho?

—Y, ahora que lo pienso, sí. Pero le juro que yo

no estoy enojada porque se fue a vivir solo. Al contrario. Yo quiero que mis hijos hagan su vida y se independicen. Ya sabe cómo pienso. En cualquier momento yo me voy a morir y ellos deben estar preparados. De modo que, le juro, no me enoja que viva solo. Pero no sé por qué no quiero que venga —admite sin darse cuenta.

Trabajamos algunas sesiones sobre esto hasta que en una de ellas, hablando del tema, Amalia tuvo un lapsus.

—Me peleé con Romina.

—¿Por qué?

—Usted sabe que está muy unida a su hermano. Bueno, me dijo que lo invitara a cenar, pero como yo estoy con esto de que “no quiero que se vaya” le dije que mejor fuéramos a comer a algún restaurante. Y entonces...

—Amalia, ¿escuchó lo que dijo?

—¿Qué cosa?

—Que no quiere que su hijo “se vaya”.

—No, yo dije que no quiero que venga.

—No, Amalia, eso fue lo que quiso decir, pero dijo exactamente lo contrario. Así que dígame, ¿por qué no quiere que su hijo se vaya?

Fueron dos sesiones muy fuertes en las que hablamos de muchas cosas y llegamos a una conclusión: en realidad, lo que a Amalia la angustiaba no era que su hijo la visitara, sino el momento en el que él se iba.

—Amalia, su papá se fue y volvió muerto. Julio se fue y la llamaron del hospital porque tuvo el infarto. Pero eso no quiere decir que cada vez que alguien se vaya usted no va a volver a verlo con vida. Esto es diferente. Usted siente que el que se va no vuelve y por eso no quiere que su hijo venga a su casa, porque después se va a tener que ir. Y cada vez que lo despide, inconscientemente, lo está haciendo para siempre.

Creo que sería bueno que lo invitara más seguido y comprobara que hay personas que se van, pero no mueren.

Amalia es una gran paciente. Se mete de manera valiente en los territorios del inconsciente y enfrenta a sus fantasmas con la misma decisión que enfrentó siempre la vida. Pudo superar la inhibición que tenía con su hijo y estábamos analizando los posibles motivos del enojo con su madre, cuando nos enteramos de la enfermedad de Romina.

—La felicito. Debe de estar usted muy contenta.

—Rolón, usted es un hijo de puta.

Silencio.

—¿Por qué?, ¿no era usted la que decía que había que morirse joven, que eso era de gente inteligente? Bueno, dígame ahora: ¿tiene ganas de que su hija se muera tan joven? —Llora. —Acéptelo, Amalia, su padre y Julio no fueron inteligentes. Tal

vez no se cuidaron lo suficiente, quizá fue una fatalidad, no lo sé. Pero lo que sí sé es que no murieron por un acto de libre albedrío. Les sucedió algo terrible. Como lo que le pasa ahora a Romina. Pero ella está viva, ¿me entiende? Y, al menos aquí, no vamos a velarla antes de tiempo. Su hija la necesita del lado de la vida. ¿Qué va a hacer usted?

—Pelear con ella en todo lo que haga falta. Luchar por su curación.

Me acerco y le acaricio la cabeza.

—Entonces este hijo de puta la va a acompañar en todo lo que pueda.

Fue un período muy duro en la vida de Amalia. Su madre anciana le peleaba a los años, se iba apagando pero no se entregaba. Su hija tampoco. Hablamos mucho de su “histórica” idea acerca de la muerte y pudo cuestionarse muchas cosas.

Admitió su ambivalencia de amor y enojo con su padre y su esposo, porque ambos la habían abandonado siendo ella tan joven y pudo, internamente, reconciliarse con su madre y agradecerle el hecho de haber sido la única que se había quedado a su lado durante toda la vida.

—Amo a mi mamá, Rolón.

—Ya lo sé. Siempre lo supe y usted también.

—Sí. Me enojaba porque contrariaba mi ideal de no envejecer. Pero creo que no. Que en realidad lo

mío no era enojo sino angustia. Una angustia que me surge de saber que muy pronto me va a dejar.

—Es cierto, Amalia. Pero eso es la vida. Además, reconozcamos que ya la ha acompañado un largo tramo de su camino.

—Así es. Yo misma soy ya una mujer grande. Debo agradecer haber podido tenerla tanto tiempo. Asentí con la cabeza y no dije nada.

Un día llegó con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa emocionada.

—Rolón, nos dieron los análisis de Romina —me abrazó y se puso a llorar—. Están perfectos. ¡Mi hija se curó!

La abracé fuerte. Yo también estaba conmovido. Diez días después su madre murió.

—La extraño mucho. ¿Qué quiere que le diga? Yo sé que era muy mayor, pero era mi mamá.

Me gusta escucharla hablar así. A pesar del dolor. Así son los duelos.

Dos meses después tuvimos la siguiente conversación.

—Rolón, yo quiero comentarle algo. Sé que a lo mejor lo pongo en un compromiso, pero bueno, es lo que siento.

—Dígame, Amalia.

—El sábado cumplo años. Setenta. No sé si está bien o mal a tan poco tiempo de la muerte de mi mamá, pero quiero festejarlo. ¿Está mal?

—Para nada. Me parece una buena idea.

—Algo chiquito, íntimo, para mis seres queridos. —Me sonrío. —Sé que no es lo más común, pero... usted es alguien muy importante para mí. Y, ¿qué quiere que le diga? Será un hijo de puta pero yo lo quiero mucho. —Nos reímos. —Me gustaría que estuviera esa noche conmigo.

La miré sin saber qué responder. ¿Qué debía hacer, qué sería lo correcto? Entonces, al ver sus ojos sentí unas ganas enormes de estar en esa fiesta junto a ella.

—Cuenta conmigo —le dije.

Me devolvió una mirada agradecida.

El sábado fui a su reunión, nos sentamos juntos y charlamos distendidamente durante toda la noche. Fui uno más de sus invitados. Estaba emocionada. Seguramente pensaría en su madre ausente, pero también en su hija presente, pues hasta hace poco no sabía si estaría viva para esa fecha.

En un momento sentí que debía retirarme. Ya habíamos compartido el tiempo que ambos necesitábamos. Me acerqué para despedirme.

—Espere. Antes... un brindis.

—Cómo no. —Sirvió dos copas. Yo levanté la mía. —Brindemos por usted, Amalia.

—No, Rolón. —Me miró profundamente y me sonrió. —Brindemos por la vida.

Los pactos de silencio

(La historia de Cecilia)

*Angustia: horror de todo lo que la nombra.
Ella quiere eso, que no se hable de ella y que,
como en cuanto habla es ella quien habla,
no se diga nada.*

MAURICE BLANCHOT

—¿Cómo estás?
—Más o menos... un poco angustiada.
—¿Pasó algo que quieras contarme?
—Sí. Fui a ver a mi mamá.
—Ajá. Hace mucho que no ibas, ¿verdad?
—Más de dos años. Pero con todo esto que estamos trabajando... no sé... tuve la necesidad de ir a verla.
—¿Y cómo fue?
Silencio.
—Difícil... Serían ya las seis de la tarde. Hacía frío. Entré sin saber cómo me iba a sentir. Me arriqué, tomé el florero para cambiarle el agua, vi su foto en la lápida y...
—¿Y qué?
—Y le hice mierda el florero contra la tumba.

Cecilia entró por primera vez a mi consultorio hace dos años. Me había contactado para tener una entrevista, según dijo, porque estaba muy angustiada. Le di turno para dos días después y entonces nos conocimos.

Se presentó de manera amable, con un lenguaje llano y claro. Tenía treinta y ocho años, estudios terciarios y un trabajo en relación de dependencia —“el que me da de vivir” —me dice —y otro, más ligado al placer, a lo creativo, a lo vocacional.

Cecilia es decoradora de interiores y hace trabajos de ambientación de locales y residencias para fiestas.

—Contame un poco qué te está pasando —fue el inicio de la entrevista.

—Bueno, yo te escucho siempre en la radio. Me parecés un tipo abierto y... en fin... yo soy homosexual.

Hace silencio. Como si quisiera ver el efecto que sus palabras causaron en mí. La miro y le hago un gesto instándola a que continúe.

—Pero todo bien con ese tema. Lo tengo totalmente asumido. Lo que en realidad me preocupa es otra cosa.

—¿Y cuál es esa cosa? —le pregunto.

—Bueno, en realidad son dos. Una es mi sobrepeso.

—¿Estás con mucho sobrepeso?

—¿Me estás cargando? ¿No me ves? ¿A vos que te parece?

—No sé, no importa lo que me parece a mí. Decime vos cómo te ves y cómo te sentís con lo que ves.

Éste es un tema fundamental que trato de tener en cuenta cuando trabajo. Tal vez estuviera excedida de peso, tal vez no. Pero frases del estilo de: “Ya veo” o “No es para tanto”, no suelen ser un buen comienzo. Trato de ver cuál es el registro que la persona tiene de sí misma. Porque suele ocurrir muchas veces, que tenemos una idea de nosotros mismos que difiere de la realidad. Por eso siempre intento ver qué pasa con ese paciente en particular, con su autoestima, con la forma en cómo se ve y cómo piensa que los demás lo ven.

—Yo me veo gordísima —continúa—, nunca estuve tan gorda. Me veo fea y me siento como el culo. Creo que así no voy a volver a encontrar pareja y me voy a quedar sola toda mi vida.

—Decís volver a “encontrar” pareja. ¿Acaso perdiste alguna?

—Sí. Y ése es el otro tema. Mi pareja, Mariel, me está abandonando. Se va del país. Y yo me quedo sola.

—¿No podés irte con ella?

—Sí, pero no quiero. Para mí la familia es muy importante. Y no voy a irme nada más que porque a ella se le dieron las ganas de rajar.

—Entonces, de algún modo, Mariel no te está abandonando. Vos estás decidiendo no ir con ella y, a partir de esa decisión, sos vos la que corta la relación.

—Ah, bueno... hablás como ella. Me dice lo mismo que vos. ¿Y qué hago, entonces? ¿Tiro todo lo que tengo a la mierda y me voy?

—No sé. Yo no voy a decirte lo que tenés que hacer. No es mi vida. No es mi dolor. Es el tuyo. Lo único que puedo hacer es preguntarte qué querés hacer vos.

De esa manera comenzamos a trabajar juntos con Cecilia. La fui conociendo con el tiempo. Supe que su madre había muerto, que a su padre lo protegía de un modo casi maternal y que vivía con un amigo, Nacho, un “amigo de verdad”. Me habló de su hermana, de su familia, tan unida, “tan gallega”, de sus hermanos-hermanos y de su hermana-tía.

Recuerdo la sesión en que hablamos de ese tema. Me estaba contando acerca de un almuerzo familiar.

—Yo estaba sentada al lado de mi tía... bah, mi hermana, y entonces...

—¿Perdón? —la interrumpí—. ¿Tu tía o tu hermana?

Hizo un breve silencio. Sólo algunos segundos. Se acomodó en el diván y continuó hablando.

—Es que no sé si es un tema importante para mí. Por eso no te lo dije nunca.

—Bueno, pero ya que hoy sale y, como la verdad es que no entiendo nada, si no te molesta, podrías ponerme al tanto.

—Mirá, el tema es así. —Vuelve a quedarse en silencio. Demasiado para ser un tema que no le importa mucho. —Mi mamá, de jovencita, muy jovencita —siento que la está justificando— tuvo una hija. Y bueno, imaginate. En esa época era una vergüenza, todo un drama social para la familia. Entonces mis abuelos la reconocieron como suya y para mi mamá fue como una hermana más. Y yo siempre le dije tía. Y para mí es una tía.

—¿Pero ella sabe la verdad?

—Todos la sabemos. Pero es un tema del que decidimos no hablar. Y en definitiva, así lo llevamos bastante bien. Yo sé que es una mierda, pero bueno... así funciona. ¿Ahora entendiste... puedo seguir?

Así nomás.

Se sacó el tema de encima como si hubiera hablado de una pavada. No se mostró afectada en lo más mínimo. Realmente pareció darme el gusto al relatarme esta parte de su historia. Pero cargar con semejante “secreto” familiar no podía no tener consecuencias emocionales para ella. Estaba seguro de ello, aunque aún no supiera cuáles.

Mariel se fue a Europa y a las pocas semanas Cecilia empezó una relación con Sofía, alguien un poco mayor que ella y con dos hijos.

—Bueno, después de todo no era tan difícil “encontrar” pareja.

—Sí... pero no es lo mismo.

—Dale tiempo. Ya se va a construir algo tan bueno como lo que tenías con Mariel.

—No, si para mí ya es mejor que lo que tenía con Mariel. Sobre todo sexualmente. Es bárbaro.

—¿Entonces?

—Es que a Mariel la conocía ya toda mi familia, venía conmigo a las reuniones y estaba integrada. Era una más de nosotras —siempre que habla de su familia lo hace en femenino, como si su padre y su hermano no existieran.

—Y ahora a tu familia le cuesta la idea de que tengas otra pareja.

Sonríe.

—No, si nunca supieron que Mariel era mi pareja. Para ellos siempre fue mi amiga, nada más. Con el tiempo se hizo también amiga de mis primas, de mis hermanos, de todos.

—¿Nunca nadie sospechó nada?

Se da vuelta en el diván y me mira.

—Gabriel, somos grandes. Obvio que estaban al tanto de todo. Pero ya te dije que entre nosotras hay cosas de las que no se habla.

—Claro, y como ella, según tus dichos, ya era

“una más de nosotras”, supongo que se adaptó a los códigos de funcionamiento de la familia, ¿no?

—Exacto. En cambio Sofía es muy diferente. Es tan complicado todo.

Seguimos adelante con el tratamiento, trabajando mucho, y si bien su actividad como decoradora ha hecho que muchas veces debamos suspender las sesiones a causa de la superposición de nuestro horario con alguna reunión, Cecilia ha sido una paciente dedicada y cumplidora. Esta ocupación es algo muy sano para ella, la hace feliz y la reconforta, razón por la cual decidí aceptar estas justificadas ausencias. Por otra parte, ella jamás faltó sin avisar y nunca ninguno de los dos protestó por estos breves distanciamientos.

Pero hace poco, después de dos semanas sin venir, ella misma se quejó del tema y empezó a desplegar la más importante, tal vez, de nuestras sesiones en lo que va del análisis.

—Habíamos quedado en que yo iba a pensar en el motivo por el cual no podía hacer dieta. Bueno, estuve pensando. No te ilusiones, ninguna genialidad. Pero la verdad es que es una recagada cuando yo no puedo venir, porque me voy pensando y después, en el tiempo que pasa entre una sesión y otra, lo que estuve elaborando se me pierde. —Se detiene un instante. —Yo no me acuerdo cómo, pero ha-

bía llegado a la conclusión de que al final cae todo en lo mismo, porque yo relacioné mi gordura con mi homosexualidad.

—¿Con tu homosexualidad? —pregunto. Es la primera vez que le da al tema un valor sintomático.

—Sí. No me preguntes cómo carajo hice porque no me acuerdo. Pero a veces siento que es la traba de todo.

—¿Qué cosa?

—El ocultamiento. Ya no me lo banco más.

—¿Me estás diciendo que sentís la necesidad de hablar del tema?

—Y... me parece que sí. No quiero decir con esto que yo saque un aviso en el diario que diga “Me gustan las mujeres” y a partir de allí se me vaya la ansiedad. No creo que sea tan así, ¿no?

—Tenés razón. Por lo general no es tan lineal ni tan sencillo.

—Me lo temía —sonríe—. Pero el tema es que me fui pensando, y no sé cómo pero llegué a la conclusión de que yo estaría más aliviada, no con todo el mundo, pero al menos con algunas personas, si pudiera mostrarme tal cual soy. Y me empieza a pesar un poco la sensación de que las personas necesitamos...

—¿Qué personas? —está hablando de ella. No puedo dejar que se escape en un discurso generalizador.

—Está bien, tenés razón. Yo necesito que la gente sepa quién soy. Es raro, porque por mí que cada uno haga de su culo un pito. Yo no pido ni suelo dar explicaciones de mi vida en ningún aspecto, ni aclarar mucho por qué hago lo que hago. Pero cuando es algo tan... a ver... tan importante en la vida de uno, tengo esa impresión. Necesito que la gente sepa quién soy. Si no, las cosas se me confunden. No sé para qué, a lo mejor no aporta nada, no tengo muy claro por qué me surgió esa necesidad. Porque si a mí me gustaran los hombres yo no tendría la necesidad decir: “Oigan, me gustan los tipos”.

—Bueno, a lo mejor lo tendrías que decir si ellos te trataran como gay. Si ellos pensaran que vos sos quien no sos tal vez sí tendrías ganas de decirles “esperen, no me gustan los tipos”. Digo esto porque si no te estás poniendo en el lugar del “raro” y, me parece, te estás enojando por tu condición homosexual. Y, al menos hoy, me gustaría más que entrar en la queja y el enojo, que siguieras hablando más acerca de esto que te está pasando.

—¿Sabés qué pasa? Es que hablás con la gente y todo el mundo trata de minimizar que es algo raro y distinto. Pero inevitablemente, tenés que dar explicaciones, y de lo que no es raro o enfermo uno no tiene por qué dar explicaciones.

—A ver. Creo que deberíamos pensar un poco en esto que decís. Porque lo que vos llamás explica-

ción a veces no es una explicación sino una aclaración. Lo diferencio porque dar explicaciones remite a tratar de justificar algo, mientras que aclarar no es defender nada, si no develar una verdad.

—Tenés razón. Pero la gente en general no espera que uno sea gay, y creo que tiene mucho que ver con eso. Como verás, no es algo que llevo por la vida con mucha tranquilidad ni orgullo. De todas maneras, si mi imposibilidad de hacer dieta tiene que ver con eso, es algo totalmente estúpido, porque nada resuelvo con comer todo el tiempo.

—¿Entonces?

—Creo que por ahí me enganché con el tema de comer por ansiedad y me pregunté: “¿De dónde proviene esa ansiedad?”

—Y a qué conclusión llegaste.

—Bueno, lo estuve pensando bastante y me dije: “¿Qué otra cosa querría yo hacer y no puedo que me genera ansiedad?” —Un largo silencio —Y si... yo tengo ansiedad por contarlo.

—Y si tenés tanto deseo de contarlo, ¿qué es lo que te frena?

Un nuevo silencio.

—La vergüenza. Esto de no ser lo que “debería ser”, a mí me da vergüenza, no lo vivo como algo normal: la gente esperaría otra cosa de mí.

—Tenés razón. A lo mejor es poco esperable. Pero no todo el mundo va a reaccionar igual. Para algunos será rarísimo, casi enfermo, para otros será

solamente inesperado y para un último grupo será algo natural. Pero, ¿en cuál de estos grupos ubicarías a las personas que a vos te importan? —Reflexiona un segundo.

—Creo que en el primero. Sí, seguro. Mi familia pensaría que estoy enferma. Me imagino hablando de esto con mi prima Martha, por ejemplo, y no puedo ni pensarlo. Pero la cuestión es más profunda, va más allá. Yo no sé si tiene que ver con mi homosexualidad o con la sexualidad en general. Porque con ella, que es alguien muy importante para mí, jamás hablamos de sexo. Nunca. Y no había reparado en eso. En mi familia nunca se habló de sexo. Igual, por suerte esto no repercutió demasiado en mi forma de vivirlo.

—¿Qué querés decir con eso?

—Que con mis parejas siempre me comporté de manera desinhibida. Ni con mi pareja hombre, porque también salí con un hombre, ni con las mujeres tuve jamás problemas para sentirme sexualmente plena. Pero en el momento de hablar del tema, a mí me incomoda. Me molesta hasta que Martha me hable de su marido.

—Y decime... ¿esa incomodidad no provendrá del temor a lo que puede pasar si ella abre la puerta a este tema?

—No te entiendo.

—Digo, por ejemplo, si tu prima te dijera que le gusta ir arriba porque siente más el pene de su ma-

rido que estando abajo... A lo mejor te asusta que después te pregunte cómo te gusta a vos. —Se ríe. —¿Por qué te reís?

—Porque a mí no me gusta ya de ninguna manera. Bah... nunca me gustó, ésa es la verdad. Pero lo loco es que esto de no poder hablar de sexo me pasa nada más que con mi familia. Porque con mis compañeras de trabajo no me pasa, ni me molesta. Si se habla de sexo no me rajo.

—¿Y qué hacés?

—Sin hablar de femenino o de masculino, doy mi opinión. Pero con mi prima no puedo. No sé por qué me pasa, pero no quiero ni saber del tema. No sé si a ella le pasará lo mismo. Es una de las cosas que más me frena. Y mirá qué loco, es a quien más necesito contárselo.

—Ya veo. Necesitás contárselo, pero te estás conteniendo.

—Ésa es la palabra. Yo siempre fui una persona con mucha garra, y ahora tengo la sensación de tener todo contenido acá —señala su garganta— y no puedo disparar para ningún lado.

—Bueno —le digo— a lo mejor no es tan malo esto de que no puedas disparar para ningún lado. Tal vez es momento de plantarse, y no de correr.

Silencio.

—En estos últimos meses me estoy sintiendo muy mal, con muchas ausencias. Con mi pareja no me siento bien. Nacho es divino pero ya no quiero

vivir en donde vivo. No encuentro la forma de tener satisfacciones, cosa que siempre tuve. Y creo que sí. Que el tema es poder parar de alguna forma. A veces siento que van a pasar los años y yo voy a seguir cuestionándome la vergüenza que me da este tema, y voy a aumentar veinte kilos más, y sería una cagada, poco inteligente. No me gustaría no poder defender lo que soy. Pero bueno... las mochilas familiares que uno trae a veces son más pesadas de lo que uno cree.

Se angustia mucho. Y yo la dejo. Está llegando a un punto muy importante para su vida. Un minuto, dos, y no habla. Creo que se está angustiendo demasiado. Entonces pregunto.

—¿Y de dónde creés vos que viene toda esa cuestión con la culpa y la vergüenza?

—No sé. Seguramente de mi vieja. Ella y su vergüenza, ella y la culpa... ella y mi dolor.

Sigue en silencio. Ahora tengo que ayudarla a salir de allí, porque si no, no puede pensar y seguir avanzando en este tema

—¿Sos la única persona gay de todo el entorno familiar? —Se ríe nuevamente. —¿Qué pasa? —pregunto.

—Y... que ahora que lo decís, el asunto en mi familia es bastante delicado porque no soy la única. Tengo una tía, Mabel, y una sobrina. Tres generaciones, tres gays —larga una carcajada—. Mi familia parece una repostería.

Me causa gracia. Yo también me río.

—Y estas mujeres, a lo largo de tu historia ¿estuvieron cerca de vos?

—Sí, muy cerca, sobre todo mi sobrina —sonríe de un modo travieso.

Me está abriendo la entrada a una pregunta por sus inicios sexuales, seguramente algunos juegos compartidos entre ambas. Es tentador, pero no. Decido no seguir por ahí. Ya fue demasiada angustia para una sola sesión. No hoy.

—¿En tu familia se sabe esto de las tres generaciones gay?

—No porque lo hayan dicho. Como te decía, en mi familia de estas cosas no se habla, todo se sospecha. Pero nunca se habla.

—¿Y qué edades tienen?

—Mi sobrina tiene casi mi misma edad. Y mi tía es grande. Tiene cincuenta y seis años —se interrumpe—, la puta madre.

—¿Qué pasa?

—Pasa que si sigo como hasta ahora, a mí me va a pasar lo mismo que a ella. Voy a estar dentro de veinte años cuestionándome si le digo o no y a quién que soy gay... Gabriel, yo no quiero eso para mí. —Ahora sí la angustia es producto de un cuestionamiento subjetivo, profundo y necesario. Tengo que hacer silencio. Dejarla con esta convic-

ción dolorosa. —Pero es así —continúa —: en mi familia las cosas importantes siempre se ocultaron aunque todos las supiéramos. De la adopción de mi sobrino nunca se habló y todos sabemos que es adoptado. Que tengo una hermana que durante años fue mi tía nunca se habló tampoco. Y te nombro nada más que algunos de los temas que a mí me parecen importantes. De mi abuelo gallego que vino de un pueblito que nunca supimos ni el nombre, ni si teníamos familia por ese lado, tampoco nadie pudo nunca decir nada. Y bueno, así se manejan...

—Me parece que el modo correcto sería decir “así nos manejamos”, ¿no?

—Totalmente, porque yo participo de este estilo y corro con todas las posibilidades de mandarme las mismas cagadas. Y cargar siempre con culpas, porque me imagino que para mi vieja andar escondiendo una hija no debe de haber sido fácil. Pero es así, todos sabemos y nadie dice nada. Y eso que somos muy unidos: nos juntamos, nos morimos de risa, bebemos, comemos hasta reventar... y así estoy de gorda. Estamos todos gordos, todos llenos...

—Sí, pero no sólo de comida —la interrumpo—. Además, están llenos de secretos.

—Sí. Y en algún punto esto es algo compartido, ¿no? Debemos estar todos en lo mismo.

Ésta es una sesión particular, muy fuerte, está

trabajando como nunca, y creo que es momento de devolverle una intervención dura y movilizante que sé que puede angustiarse aún más. Lo pienso un segundo y luego decido hablar.

—Mirá, esto que pasa en tu familia, en la temática inherente al duelo se llama “pacto de silencio”. Los psicólogos lo llamamos así. Y hace referencia al pacto que se hace, suponete, entre un tipo que tiene cáncer y su familia. Un acuerdo por el cual el enfermo no habla del tema, la familia no lo saca tampoco y todos hablan como si no pasara nada... “que bueno... que te sentís mal hoy, pero ya vas a ver que mañana vas a estar mejor... ya vas a salir... dijo el médico que...” Todos sabemos. Pero de esto pactamos que no hablamos. En ese caso hay en juego un tema muy importante, que es el de la muerte, y hay un pacto de silencio que es lo primero, que como analista, intento desarmar. Pero no es fácil. Porque el tema de la muerte es un tema que no se puede simbolizar, es decir, del cual casi no se puede hablar. —Hago un breve silencio y continúo. —Bueno, el otro tema en el cual se suele hacer un pacto de silencio, es la sexualidad. Porque justamente los dos temas que angustian y pueden llegar a conflictuar y desbordar a una persona son la muerte y la sexualidad. Son los dos pilares básicos que estructuran y pueden desestructurar la psiquis humana. Todo gira alrededor de esto. La muerte y la sexualidad. En el inconsciente de la gente no hay

mucho más. —Me escucha con atención. —Cecilia, cuando uno crea, cuando uno escribe, cuando uno pinta o, como en tu caso, decora, ¿sabés qué está haciendo? Sublima energía sexual. Cuando uno arma un proyecto, ¿qué hace? Simple... Pone algo entre la muerte y uno. Hoy voy a hacer tal cosa, mañana voy a hacer tal otra. Y esto es algo fundamental. Porque si no hiciera nada tendría que pensar todo el tiempo en que me voy a morir. Por eso en las personas que se quedan sin proyectos aparece la depresión. ¿Y qué hacemos los psicólogos para sacarlas de ese estado? Les preguntamos qué les gustaría hacer, de qué tienen ganas. Es decir, buscamos un “deseo de hacer”. Un proyecto. —Hago un breve silencio para que asimile lo que estamos hablando. —Bueno, la muerte y la sexualidad son los dos temas en los que, por angustia, uno pacta situaciones perversas de silencio. Y depende de uno sostener, o no, estos pactos. Porque como se trata de un acuerdo perverso, algunos pueden resistirlos y otros no, porque no les da la personalidad para cargarlos si no al costo de mucha angustia. Vos decís que para tu mamá negar una hija debe de haber sido difícil. Seguramente ha sido así. Pero, en definitiva, ¿de qué estamos hablando, Cecilia?

—De sexualidad.

—Exactamente. De ocultar un tema que tiene que ver con la sexualidad.

—Claro, con haber cogido antes de casarse...

—Correcto. Pero a veces alguien no sabe cómo enfrentar estos temas, entonces no los habla, y los demás tampoco. Pero vos querés enfrentarlo, querés resolverlo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque vos me dijiste que tenés miedo de que pase el tiempo, de volverte vieja y seguir igual. Es decir que tenés miedo de morirte sin haberlo resuelto.

—Y por eso me quejo de este pacto de silencio que hemos hecho en mi familia...

—Creo que sí. Fijate. Siempre que encuentres estos pactos los vas a ver ligados a la muerte y a la sexualidad, y estos pactos son siempre enfermizos. De hecho, a vos te está enfermando. A mí me parece, te diría, hasta una buena noticia que, aunque sea por momentos, este tema te desborde. Porque así la angustia te obliga a prestarle atención, a no llevarlo como si nada y, de alguna manera, a ver cuál es la salida posible.

”Si vos siguieras tu vida respetando ese pacto... perdimos. —Breve silencio.

”Digo, desde aquí, desde donde intentamos sostener una cierta evolución saludable, nos ganó el síntoma. Si, en cambio, con esta angustia podemos movilizarte para que vos rompas el pacto, y no digo poniendo un pasacalle o un aviso en el diario, si no al menos develando algo del orden de tu verdad, le ganamos un round a la enfermedad.

Se hace, ahora sí, un silencio prolongado. Ya he dicho lo que quería decir. Es su momento.

—A veces, cuando estamos reunidos, me voy con el pensamiento. Empiezo a mirar a cada uno y me pregunto: “¿éste querrá que le cuente, éste sí, éste no? ¿Éste vive tranquilo dentro de esta familia tan linda y a la vez tan chota?” Y me entro a colgar y ahí no más pegaría el grito.

—Lo que pasa es que a lo mejor habría que pensarlo diferente. Fijate la pregunta que vos te hacés: “¿Éste querría que yo le contara?” ¿No te parece que la pregunta deberías formularla al revés? Es decir: “¿A éste yo le querría contar?”

—Es que yo les querría contar a todos. No discrimino en eso.

—Pero no está mal hacer una discriminación, al menos al comienzo, para hablar de algo tan íntimo y profundo. —Se acerca el final de la sesión. Ha sido muy movilizante. Abordo entonces un cierre un poco más relajado, casi humorístico. —Ojo, tampoco está mal si en esas reuniones, entre ensaladas y asado, entre un chorizo y el otro, vos hacés callar a todos y decís: “Un momento, señores. Les quiero decir algo”.

Risas.

—Claro y digo a los gritos: “*ladies and gentlemen*, me muero por la almeja”.

Me río.

—Pero, independientemente de esto, a lo mejor

sí deberías discriminar y pensar que no todas las personas son igual de importantes para vos. Seguramente, algunos están más cerca, o tenés más confianza con ellos que con otros, ¿no?

—Obviamente que hay prioridades. Pero si por mí fuese querría poder decírselo a todos.

—Sí, te entiendo. Pero hay que diferenciar lo ideal de lo posible. Porque todos, es igual a ninguno.

—Es cierto. En definitiva los platos se lavan de a uno, ¿no?

Estamos terminando. Su última frase es casi un corte. Pero fue muy importante. Quiero que se lleve lo más claro posible la idea de lo que trabajamos en esta sesión.

—Me gustaría que pensaras mucho en lo que estuvimos hablando hoy. Aquí hay un pacto de silencio, ¿sí? —Asiente. —Y cuando uno está sometido a un pacto perverso, existen dos posibilidades: o es perverso y lo transita sin problemas o, como en tu caso, no es perverso y entonces se angustia. Es como vivir con alguien que te pega.

—Qué horror.

—O formás parte de esto de una manera sado-masoquista, o si no, te quebrás. Bueno... hasta acá llegamos por hoy. Dejemos instalado el tema y, mientras tanto, tratemos de ver qué podemos hacer con la angustia. Señorita, nos vemos la próxima.

Había sido una sesión movilizante, fuerte, dura. Creo que Cecilia se había ido muy conmovida. Más de lo que yo pude comprender en aquel momento.

Suele pasar que, muchas veces, uno debe dejar rápidamente lugar en su mente para poder trabajar con el próximo paciente, o por qué no, para pensar en sus propias cosas. Y así sucedió conmigo.

Casi había olvidado los lugares tan profundos a los que nos había llevado el relato de Cecilia hasta que, una semana más tarde, volvió a sesión.

—Bueno —comenzó apenas se acostó en el diván—. Te quería contar que el martes pasado, después de salir de la sesión, me pasó algo rarísimo. Te acordás que habíamos hablado de que yo tenía pensado contarle lo mío a algunas personas...

—A ver... recordame un poco el tema.

—Bueno, me pasó algo rarísimo. En cuanto me subí al auto tuve una sensación rara...

—¿Rara?

—Sí. No podía dejar de llorar. De acá hasta Liniars, adonde tuve que ir a buscar algunas telas para un trabajo, me lo pasé llorando. Y cuando llegué no me podía bajar del auto. No podía dejar de llorar, no podía y no podía. Vos sabés que no es muy común que a mí me pase algo así.

—Pero así fue esta vez.

—Sí. Y en el trayecto tuve la necesidad, o el impulso, no sé qué, y la llamé a Agustina, mi cuñada. Le mandé un mensajito de texto para decirle que necesitaba hablar con ella. Fueron una seguidilla de mensajes hasta que al final me llamó. Y bueno, por una cuestión de tiempo todavía no pude concretar la charla pero, al menos de mi parte, de alguna manera es como si ya la hubiese tenido, porque ya sabe que de algo le quiero hablar.

—La sesión pasada dijimos que era importante discriminar con quién era mejor hablar primero. ¿Por qué elegiste a tu cuñada?

—Porque es y no es de la familia, porque es inteligente y creo que va a entenderme y porque es una buena mina, me inspira confianza.

—¿Y cómo te sentiste después de esas llamadas?

—No sé si puedo explicarlo. Fue algo raro, porque la necesidad de llamar me venía como desde el cuerpo, era todo muy impulsivo. Pero por otro lado, sentía que, o lo hacía en ese momento o si no, no sé cuánto tiempo más iba a pasar. —Silencio. —Y si bien no hablé con ella, el solo hecho de haberle mandado el mensaje y que sepa que tengo algo que decirle, para mí ya es importante.

—Claro. Lo que vos sentís es que la primera parte, la más difícil, la más importante, ya la pasaste.

—Sí. Pero tampoco sé durante cuánto tiempo se puede sostener la importancia de un hecho como

éste. Porque cuando paso por estas situaciones, ahí vuelvo a darme cuenta de qué poco registro tengo de lo que me sucede con algunas cosas. —Su discurso me resulta confuso.

—A ver, aclárame por qué decís esto último.

—Claro, porque yo misma me sorprendía de cómo me estaba poniendo. Yo sé que para mí es un tema jodido, pero realmente no podía dejar de llorar. Era una mezcla entre angustia, dolor y alegría de poder hacerlo. Me faltaba pegar un grito. Fue un momento muy raro, una mezcla de euforia y miedo. Y me dije: “Bueno, loco, tampoco es que les voy a decir, no sé, algo tan jodido como que maté a alguien”. Pero para mí sí fue importante.

—Es importante. “Importantísimo” —le remarco. Le ha costado mucho llegar a este momento. Años. Se merece darse el gusto de disfrutarlo.

—Sí. Y la manera también fue rara. Porque me voy de acá, después de hablar con vos, bueno, chau, algún chiste final, unas risas, pero nada extraño. Y de pronto, en el trayecto de acá hasta donde había dejado el auto, me empezó a pasar algo que hasta me dificultaba la respiración. Y cuando subí al coche dije: “No, yo le mando un mensaje ya. Porque además, sabiendo lo ansiosa que es, no me va a dejar en paz hasta que hablemos”. —Hace silencio por unos segundos y sigue hablando. —Pero la verdad es que para mí no fue algo fácil. Porque enseguida me dijo: “Dale, mañana mismo vamos a tomar un

café a algún lado”. Y yo, te imaginarás, ni loca puedo ir a hablar de esto en un café. Porque voy a parecer una enferma mental, llorando a los gritos en medio de una confitería. Me parece mejor ir a su casa, o a un lugar privado, porque en un bar no estaría cómoda. Pero, bueno, fue importante...

—Y está muy bien que lo reconozcas. ¿Ves? Ahora sí estás hablando desde un lugar de sanidad. Porque el tuyo es un movimiento hacia la verdad y hacia una relación más sincera, y por ende más sana, con las personas que querés. Aunque pueda resultar doloroso esto de hablar y comprobar si sos querida, aceptada y amada por lo que realmente sos, y no por lo que ellos hubieran querido que fueras.

—Gabriel, ¿te puedo pedir un favor?

—Sí, claro. —Me pregunto qué querrá.

—Creo que una de las cosas que más me movilizó para empezar a pensar esto, y por lo que yo me fui como me fui, fue ese relato que me hiciste de la muerte y el sexo. Me partió al medio. Si no te jode, ¿me lo podés contar de vuelta? Porque, vos ya me conocés: a mí me queda la idea, pero olvidate de que me acuerde lo que dijiste.

Su pedido me toma por sorpresa. No sé de lo que me está hablando. A veces suele pasar y lo mejor, como siempre en un análisis, es la verdad.

—Cecilia, perdoname, pero...

Se ríe.

—Vos tampoco te acordás, ¿no? —Yo también me río. —No sabés ni lo que me dijiste.

—Y, la verdad es que no me acuerdo qué te dije o cómo te lo dije, pero contame y, si para vos fue tan importante, lo reconstruimos juntos.

Fue así, a partir de su pedido, que fuimos armando la sesión anterior, la que acabo de relatar, la más importante en todo este tiempo de tratamiento. La que llevó a Cecilia a destrozar el florero en la tumba de su madre. La que ojalá nos abra la puerta de entrada a un presente más comprometido con el respeto hacia ella misma y a su verdad.

El dolor del analista

(La historia de Majo)

*...y el alma presintiendo,
intuyendo el veneno que viaja escondido en la sangre.
Y frente a eso, la vida extrema todos sus recursos,
grita, arremete, se revela hasta donde puede.*

FERNANDO RABIH

El grupo estaba reunido como cada martes a las ocho de la noche. Los había hecho pasar al consultorio casi sin dirigirles la palabra. Inclusive alguno me había preguntado si me ocurría algo, a lo que respondí diciendo que después, cuando estuviéramos todos, íbamos a hablar.

A las ocho y diez miré el reloj. Decidí esperar cinco minutos más hasta que hubieran llegado todos, sin darme cuenta de que, en realidad, ya habían llegado todos.

Entré en el consultorio sin saber muy bien cómo enfrentarlos. No siempre los terapeutas sabemos qué decir. Me senté en mi lugar y me quedé callado. El grupo siguió conversando hasta que, poco a poco, se fueron apagando las voces y se hizo un silencio algo pesado.

Jorge, el más impaciente, el más agresivo de todos, fue el primero en preguntar.

—¿Pasa algo?

Levanté la mirada del piso y recorrí sus rostros uno por uno. Recordaba la historia de todos, cómo habían llegado, por qué, en qué momento del proceso terapéutico se encontraban. Y así continué, hasta que di con la silla vacía.

—Evidentemente —insistió Jorge— algo no anda bien. ¿Podés decirnos de qué se trata?

—Tengo que comunicarles algo... Algo que ojalá nunca hubiera tenido que decirles.

Miryam se tapó la boca y empezó a sollozar. Noelia me miró casi suplicante:

—No, no, por favor...

Asentí con la cabeza.

—Muchachos, tengo que informarles que... Ma-jo ha muerto.

Se hizo un largo silencio.

—Su padre —continué— me avisó por teléfono y me pidió que les dijera que...

Seguí hablando, pero sólo para mí, porque ya nadie me escuchaba. Jorge se levantó, dio una vuelta alrededor de su silla y le pegó una patada. Eduardo se tomó la cabeza y apretó los ojos. Noelia y Miryam se abrazaron desconsoladas y Raúl se reclinó en su asiento y se quedó mirando el techo.

Yo me quedé callado. Traté de decirles algo, pero ninguna palabra me pareció mejor que el silencio. Además, tampoco tenía demasiadas ganas de hablar.

Miré hacia el piso y esperé. Cada uno se desahogaba a su manera, hacía su catarsis como podía. Y en ese momento me di cuenta de que yo también necesitaba hacer mi propia catarsis. Sentí como una erupción emocional que me subía desde el estómago, me mordí los labios y no pude contenerme.

Y allí, delante de mis pacientes, sin poder siquiera disimularlo, me puse a llorar.

Conocí a Majo un sábado a la tarde, en la puerta de un shopping de la avenida Rivadavia. Yo había ido a encargar unas tarjetas personales y, al salir, escuché a una chica que me llamaba.

—Eh... ¿Rolón, no? —me preguntó.

Es común que la gente me salude por la calle, ya sea porque escucha o ve alguno de los programas en los que trabajo en radio o televisión. Por lo general, son saludos afectuosos, pero rápidos y superfluos. Los retribuyo con verdadero agradecimiento y trato de ser cortés. Pero generalmente no me detengo a hablar.

—Sí —respondí sonriendo—. Chau.

—No, no te vayas —me detuvo—. Mi nombre es Majo, y él es mi novio, Sebastián.

Yo no me había dado cuenta de que estaba acompañada.

—Hola, encantado.

—¿Te puedo pedir algo?

—Sí, claro.

Supuse que iba a pedirme que, como suelo hacer, saludara a alguien por la radio. Pero no.

—¿Vos atendés pacientes en forma privada, no?

—Sí.

—Bueno, yo voy a ser paciente tuya. ¿Me das tu teléfono así te llamo y arreglamos?

Me sorprendió el modo como me lo dijo. Así nomás, con tanta espontaneidad, con una sonrisa... “Yo voy a ser paciente tuya”. Me causó gracia. No me preguntó dónde atendía, ni si tenía horarios disponibles, ni cuánto cobraba. Nada. Simplemente me informó que a partir de ese día yo tenía una paciente nueva.

Me despertó mucha ternura su desenfado. Y, aunque no soy especialista en adolescentes, he tenido alguna experiencia en el tema, de modo que decidí acceder a su pedido. Aunque ahora que lo pienso bien no sé si fue un pedido. Porque Majó era pura energía, un torbellino que, cuando quería algo, iba y lo tomaba.

—Mirá, no tengo tarjetas encima. En realidad ya no me quedan. Casualmente vine a encargar algunas aquí.

—¿Al negocio del shopping?

—Sí.

—Listo. Yo ahora entro y le pido los datos.

Me reí.

—Bueno, te acompaño, si no, no te los van a dar.

—No, no te molestes. A mí vas a ver cómo me los dan.

Sonrió de un modo travieso, me dio un beso y entró al shopping. Me quedé mirándola un segundo, y sonreí también.

El lunes, alrededor del mediodía, me llamó.

—Hola, soy Majó. Te acordás de mí, ¿no?

—Sí, me acuerdo. ¿Cómo estás?

—Bien...

—Veo que te dieron mis datos en el negocio.

—Te dije que me los iban a dar.

—...

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Cuándo empezamos?

Cuánto empuje, cuánta fuerza contenía aquella mujercita. Recuerdo haber pensado: “Esta piba va a conseguir todo lo que quiera en la vida”.

Y fue así como el día convenido, a la hora convenida, Majó entró en mi consultorio por primera vez.

Tenía dieciocho años. Era hermosa, pelo castaño claro, ojos color miel, muy vivos. Su sonrisa era maravillosa y el cuerpo bello, aunque a ella no terminaba de gustarle.

—Quisiera ser más delgada. Porque soy bailarina.

—Ah, qué bueno. ¿Baile clásico?

—No. Clásico estudié de chica, sí, pero ya estoy

vieja para eso. Quiero hacer hip-hop. Y me encanta la comedia musical. Por eso también estudio canto.

—¿Cantás también?

—Más o menos. Bailando soy buena, pero cantando... mmmm... me falta mucho todavía.

—Me gustaría escucharte algún día.

Con los adolescentes suelo utilizar esta técnica de invitarlos a mostrarme las cosas que hacen, o compartir charlas sobre cine, o libros. Según el gusto de cada uno. Me ha resultado una buena puerta de entrada a sus vidas.

Majo pareció sorprenderse por mi invitación a escucharla.

—¿De verdad?

—Sí, claro.

—Bueno, el día que me anime, traigo una pista y canto. Pero me tenés que dar tiempo.

—Todo el que quieras. Pero, ¿te da vergüenza cantar delante de la gente?

—Y, sí. Un poco de miedo me da.

Caí en la cuenta de que, a pesar de su osadía, Majo no dejaba de tener dieciocho años. Obviamente tenía miedo. La adolescencia es una etapa difícil. Los chicos suelen sentirse muy desprotegidos.

La imagen omnipotente de los padres ha caído y aún no han desarrollado la confianza en sí mismos. De modo que el mundo es un lugar demasia-

do peligroso para ellos. Por eso es que se unen para enfrentarlo. Y surgen así los “grupos de pares”.

Cada adolescente tiene el suyo, y el que no lo consigue, está en problemas. Son sus “mejores amigos”, sus compañeros de aventuras, los que más aman, sus confidentes, sus iguales. Ésta es una de las características principales del grupo de pares, que se eligen por similitud. Les gusta la misma música, se visten de la misma manera, disfrutan de las mismas cosas. Como si se estuvieran eligiendo a sí mismos en el cuerpo de otros. Es, en realidad, una manera de reforzar su propia imagen, su narcisismo que se siente amenazado en esta etapa.

Pero es un paso necesario para que puedan salir a la vida y encontrar afectos fuera de la familia de origen. A esto le llamamos los psicólogos “salida exogámica”.

Le pregunté a Majo por su grupo de pares.

—Bueno, están las chicas del colegio... Pero no es lo mismo desde que terminamos. Con algunas nos seguimos viendo, por suerte. Y con otras, por suerte, no —se rió—. Pero mi mejor amiga es Valeria. Es como mi otro yo. Sabe todo de mí. Hablo con ella lo que no me animaría a hablar con nadie más... bueno, no te pongas celoso... espero que con vos sí se dé la posibilidad de hablar de todo.

—Ojalá, Majo. Ojalá.

Conversamos un poco más. Era muy agradable escucharla. Mechaba frases típicas de su edad con

cuestionamientos realmente graves, casi filosóficos. Al término de la entrevista traté de explicarle cómo era esto del análisis.

—Majo, te cuento un poco cómo trabajo yo. Acostumbro a pautar tres o cuatro entrevistas preliminares antes de aceptar a alguien como paciente. Para conocernos, para estar seguro de que puedo ayudarte, y para que vos me conozcas a mí y veas si te sirve lo que te digo y cómo te lo digo. Porque cada terapeuta es diferente de los demás, como cada paciente es único, y tenemos que ver si nos elegimos uno al otro, yo a vos como paciente y vos a mí como analista. ¿Te parece bien?

—Mirá, vos tomate el tiempo que quieras para conocerme, yo no lo necesito. Porque ya te elegí hace rato. Sólo necesitaba esperar el momento propicio para empezar mi análisis. Te escucho todas las noches. Y siempre supe que, cuando quisiera hacer terapia, la iba a hacer con vos. Y bueno, no sé si vos creés en esas cosas, supongo que no por que sos psicólogo, pero cruzarme con vos el otro día fue la señal de que había llegado el momento para empezar. Así que preferiría no perder tiempo en entrevistas preliminares, pero si ésas son tus reglas, está bien. Voy a aceptarlas. Con una condición.

—¿Cuál?

—Ni se te ocurra no elegirme como paciente.

Nos reímos los dos, y así terminó nuestra primera entrevista.

En nuestra cuarta entrevista formalizamos lo que se conoce como “Contrato analítico”. Se trata de un acuerdo que se realiza entre el paciente y el terapeuta previo al comienzo del análisis, en el cual se pautan horarios, honorarios y otras cuestiones que hacen al encuadre de la relación.

Yo no suelo trabajar con diván en el caso de pacientes adolescentes, dado que ellos suelen sentirse más cómodos con la técnica cara a cara. Sin embargo, con Majo pauté que íbamos a utilizarlo.

—¿Te molesta la idea? —le pregunté.

—No, para nada, me parece divertida.

Así empezamos el análisis propiamente dicho.

Llevaríamos unos cinco meses trabajando juntos al momento de darse la siguiente sesión. Majo traía problemáticas típicas de su edad. En su caso un problema vocacional, ya que no estaba convencida de lo que estudiaba.

—A veces siento que la carrera la hago para los demás, no para mí.

—¿Y quiénes son los demás?

—Básicamente mis padres. Yo sé que voy a llegar con lo mío, quiero decir con la música, el canto y el baile. Pero para ellos es importante que tenga un título... No sé, creo que les da miedo mi futuro.

—¿Y a vos no te da miedo tu futuro?

—No, no hay tiempo para tener miedo en la vida —dijo gravemente.

—Puede ser, sin embargo todos le tememos a algo.

Se quedó un rato en silencio. Suspiró. Tenía la cabeza apoyada sobre las palmas de sus manos. Las retiró y se acercó un almohadón que había dejado al costado. Empezó a mover los pies y creí percibir un cierto nerviosismo.

—¿Pasa algo, Majo?

—Mirá, hay un tema que está en mi cabeza desde que era muy chiquita... pero no es que le tenga miedo, más bien es... deseo de saber.

“No es que le tenga miedo.”

Los analistas sabemos que muchas veces la negación, ese “no es que...”, es el camino que toman ciertas ideas o emociones inconscientes para hacerse presentes en el análisis. Según consejo de Freud, debemos sacar la negación y dar por válida la afirmación que le sigue.

—¿Y cuál es ese tema?

—¿No te vas a reír?

—No.

—La muerte.

Me impactó su respuesta. ¿Cómo iba a reírme? Esta chica de dieciocho años me está diciendo que desde niña la persigue el tema de la muerte y cree que puedo reírme de algo tan serio.

—Contame qué te pasa con esto de la muerte.

—Y, mirá. Yo era muy chiquita cuando murió mi abuela. Fue un golpe muy fuerte para mí.

—¿La querías mucho?

—Mi abuela era lo más. Le gustaba peinarme mientras yo cantaba. Era de esas abuelas de las historias, de las que cuentan cuentos, pero real. Me hablaba de todo, de las cosas a las que debería enfrentar cuando fuera más grande...

—¿Y cuáles eran esas cosas, según tu abuela?

—La responsabilidad, el trabajo, el amor, el sexo...

—Así que tu abuela te hablaba de sexo. Qué bueno que hayas podido contar con ella para hablar de ese tema. Porque todos los chicos sienten curiosidad pero, por lo general, a los mayores les cuesta mucho hablar con sus hijos del tema. Ni te digo a los abuelos.

—Sí, ya sé. De hecho con mis viejos no hablé nunca de sexo. Pero ya te dije que mi abuela era lo más. Entre mis amigas yo era la que más sabía de la vida. Y todo porque compartía mucho tiempo con mi abuela...

—...

—...

—Bueno, es un lindo recuerdo. ¿Por qué te detuviste?

—Porque me vino a la mente la parte fea de la historia.

—¿Y cuál es esa parte, Majó?

—La muerte de mi abuela.

Se está angustiando. Seguramente es un tema muy doloroso para ella. Pero así debe ser, así que...

—Contame cómo fue.

—Me cuesta hablar de esto. En realidad no me acuerdo de casi nada. Tené en cuenta que era muy chica. Pero sí recuerdo que quise verla.

—¿Y?

—Y la vi. Mi mamá me alzó, yo la miré dentro del cajón, le miré las manos que asomaban de la mortaja, le miré la cara que parecía de porcelana. Acerqué mi boca y le di un beso en la frente. Estaba fría, rígida...

—¿Recordás cuál fue tu sensación en ese momento?

—Sí. Pensé que estaba hermosa.

—¿Hermosa?

—Sí... Bueno, en realidad su imagen era hermosa, porque ella no estaba allí. Me di cuenta en el momento de besarla que ella ya no estaba allí. Y me pregunté dónde estaría, adónde habría ido y...

—Seguí, por favor.

Suspira.

—Y sentí la necesidad de saber lo que era la muerte.

—¿Qué edad tenías, Majó?

—Seis años.

Nos quedamos ambos en silencio. Un silencio tan largo que me alegré de haber optado por el diván.

Es común que los niños sientan una gran angustia ante la idea de la muerte. Sobre todo la muerte de los padres. Angustia que se reedita en la adolescencia. Pero, por lo general, la disfrazan dirigiéndola hacia otras cosas, o tienen temores nocturnos que no pueden explicarse. Pero Majo, en cambio, a los seis años ya había experimentado en su interior aquella sensación que don Miguel de Unamuno denominara “El sentimiento trágico de la vida”, es decir, la conciencia de vivir sabiendo que vamos a morir. Y no soportaba no saber qué cosa era la muerte.

—¿Y ahora? ¿Qué te provoca hoy por hoy este tema?

—Lo mismo de siempre. El deseo de saber qué es, cómo será esto de morir, si uno se dará cuenta de que se está muriendo.

Silencio.

—Gabriel, hoy no, pero otro día vamos a hablar de algo.

—¿Por qué no hoy?

—Porque no. Hoy quiero quedarme con esto que hablamos al principio. Me puso bien recordar mi infancia con mi abuela.

—Pero eso de lo que no querés hablar ahora... se trata de algo importante para vos ¿no?

Se dio vuelta poniéndose boca abajo en el diván. Colocó sus manos sobre el almohadón y apoyó su mentón en ellas. Me miró fijo. Seriamente.

—Sí. Pero hoy no. —Era inapelable.

Nos miramos a los ojos largo rato. De a poco se fue relajando y apareció su hermosa sonrisa.

—Dale. ¿No te vas a enojar, no?

—No, Majo, claro que no me voy a enojar.

—Ah, bueno. Entonces sigo.

Volvió a ponerse boca arriba y continuó hablando. A mí me costó seguir escuchándola. Había aparecido ese aspecto grave, profundo, casi fatal que Majo llevaba en su interior.

Un rato después, la joven alegre había tomado nuevamente las riendas. Pero yo sabía ya que esa otra parte tenía algo que contarme y sólo estaba seguro de tres cosas: que era algo importante, que tenía que ver con la muerte y que a Majo la angustiaba.

Una de las mayores virtudes de un analista es la paciencia. Lo sabía. Pero aun así me costaba relajarme ante la cercanía de un tema semejante. Lo había tenido a tiro y se me había escapado. Pero ya iba a volver. Estaba seguro. Así son las vivencias traumáticas: siempre vuelven. Y ésta no fue la excepción.

Una tarde, dos meses después de aquella sesión, Majo llegó al consultorio con una sonrisa pícaro. Su mirada brillaba y se la notaba nerviosa.

—Hola —le dije—. ¿Pasa algo?

Casi no podía contener la risa.

—Sentate en tu sillón y cerrá los ojos.

—¿Qué? —pregunté sorprendido.

—Dale, sentate y cerrá los ojos.

—Majo, mirá que...

—Por favor, quiero hacerte un regalo.

La miré un segundo, buscando en mi interior una respuesta adecuada a su pedido. Pero tenía que pensar rápido. Estaba frente a mí y exigía una respuesta.

Si, como ocurre con muchas pacientes, ella hubiera tenido una transferencia de carácter erótico conmigo, nunca hubiera aceptado. Pero no se sentía atraída por mí. Su afecto era puro, tierno, con mucho de idealización y admiración, pero no de erotismo. De modo que, no sé muy bien por qué, accedí. En más de una oportunidad, los analistas debemos tomar decisiones rápidas, de cuya pertinencia nos enteramos con el tiempo. En esa ocasión yo decidí aceptar el pedido de Majo, así que me fui hasta mi sillón, me senté y cerré los ojos.

Percibí que ella abría su cartera, caminaba hacia mi equipo de música y lo encendía. Colocó un CD y empecé a escuchar una introducción que me sonaba más o menos conocida. Traté de pensar qué era, sí... eso es, un aria de *Miss Saigon*.

Era evidente que Majo me había traído el disco de regalo. Al menos eso creí al principio. Hasta que me di cuenta de que no era ése su obsequio.

Cuando terminó la introducción, empezó a cantar.

Yo recibí su voz con gran sorpresa. Involuntariamente giré mi cabeza para mirarla, pero ella me había pedido que no lo hiciera. Seguramente así le costaba menos. De modo que me recliné y decidí disfrutar de su regalo.

La voz de Majo era suave, dulce. Realmente cantaba muy bien. Claro que no era la voz de una profesional, tenía algunas imperfecciones, algunos vicios, pero era encantadora. Terminó de cantar y esperé algunos segundos antes de abrir los ojos. La encontré de pie delante de mí. Estaba avergonzada, pero feliz.

—Bueno, ya está.

—...

—¿Y?

—¿Qué puedo decirte? Que te agradezco este obsequio. Gracias, de verdad.

—Pero... ¿Te gustó?

—Sí —le dije, y no mentía—, me gustó mucho. Fue un momento hermoso.

Me miró, sonrió y se ubicó en el diván.

—Me costó mucho hacerlo.

—Lo sé. Pero...

—No, dejame, hoy vine valiente. Y hay algo de lo que te quiero hablar.

—Me parece bien. Te escucho.

No era su canto lo único que Majo había decidido regalarme aquella tarde.

—Fue hace dos años. Después de una discusión

con mi novio. Me sentía deprimida, angustiada. Estaba en mi cuarto y lloraba. Entonces pensé en cuánto necesitaba a mi abuela, cuánto la extrañaba. Me puse a pensar en ella con mucha fuerza, tratando de encontrar su recuerdo en mi interior.

—¿Y?

—Y el recuerdo que me venía era el de aquella última imagen, el de su cuerpo frío, duro como el mármol. Y sentí que eso no me servía, que debía contactarme con ella de otra manera, más real. Que ella seguía viva de alguna forma que yo desconocía y que tenía que encontrarla allí donde estuviera. Y entonces lo hice.

—¿Qué cosa hiciste?

—Fui hacia la muerte.

Lo que me estaba contando era muy fuerte para ella y para mí, pero ya no podíamos detenernos.

—¿Cómo lo hiciste?

—Fui al baño y agarré una caja de pastillas para dormir que había en casa. Las conté y las fui tomando una por una. Sin apuro.

Silencio. Respira profundo.

—Pasaron los minutos. Me fui relajando. Sentía que me iba quedando dormida. Pero yo no quería eso. Necesitaba estar consciente, porque en definitiva, si no lo hacía me iba a morir, y yo no quería morirme... No al menos sin saber lo que era la muerte.

Yo no emitía el menor sonido. No quería que

nada perturbara su recuerdo y su relato. Dejaba que ella dispusiera a su antojo de la sesión, de los momentos de silencio y de los tiempos de su narración.

Estaba seguro de que Majó no había hablado de esto con nadie más hasta ahora, ni siquiera con Valeria, su mejor amiga. Y es más: tal vez ni siquiera con ella misma.

—Entonces me di cuenta de que era inútil, que de esa manera no iba a encontrar la respuesta para mis dudas. Fue en ese momento que hice un esfuerzo enorme. Me levanté como pude. Todo me daba vueltas. Salí de mi habitación, mi hermana estaba en su pieza, la escuchaba hablar por teléfono con alguien, me llegaba como una voz muy lejana, pero yo tenía que alcanzarla. Abrí la puerta y le dije: “Ayúdame...”

Silencio.

—¿Y qué pasó después?

—No sé. Me desperté en la habitación de un sanatorio. Bueno, vos ya sabés: lavajes de estómago y esas cosas, la cara de mis viejos... no entendían nada.

—¿Y vos? ¿Entendías algo?

—No. Me dio pena por ellos, porque siempre me dieron todo, y yo los amo. De poder elegirse, éstos son los padres que hubiera elegido para mí, pero bueno, necesitaba saber. ¿Tan mal está querer saber?

Me convoca con su pregunta a darle algún sentido a esta escena. A ponerle algún límite a este deseo tan fuerte y a la vez tan peligroso para ella. Me está pidiendo ayuda. Ese “ayúdame” hoy no está dirigido a su hermana, sino a mí.

—Majo, claro que no está mal tener el deseo de saber. De hecho, nuestro mundo tal como lo conocemos se forjó a partir de ese deseo de conocer. Pero hay ciertas cosas con las que tenemos que aprender a vivir. Y una de ellas es que no podemos saberlo todo: jamás vamos a encontrarle una explicación a la muerte.

Le doy unos segundos para que piense en lo que le estoy diciendo.

—No estás sola con esta duda, es algo que nos perturba desde que existimos como género humano. Y toda cultura ha buscado la manera de responder a este interrogante como pudo. Así surge la mitología y más tarde la religión. Vos podés creer o no, no estoy cuestionando eso. No estoy diciendo que Dios no exista, eso lo dejo librado a tu conciencia y a tu fe. Pero, independientemente de eso, Dios ha sido una de las respuestas que la humanidad ha encontrado para calmar la angustia ante el desconocimiento acerca de la muerte. Fijate, vos decís que tu abuelita en algún lado está. Eso me indica que creés que hay algo más, pero la escena que me contaste me muestra que las respuestas de los libros no te alcanzan. Por eso

fuieste a buscar más allá. Pero, Majó, más allá no debemos ir... Porque más allá está el aniquilamiento de nuestro propio ser.

—¿Qué hago entonces?

—A lo mejor, aprender a vivir con la duda. Todo no se puede saber. Nadie puede saberlo todo. Nadie, excepto Dios, si es que vos creés en él. Pero vos, Majó, vos no sos Dios. Entonces, vas a tener que vivir como lo hacemos la mayoría de los mortales comunes.

—¿Y cómo es eso?

—Con la duda, a veces con la angustia de no saber qué hay más allá de esta vida. Pero ir en busca de certeza en este tema es ir en busca de la propia destrucción. Porque en lo referente al misterio de la muerte no hay certeza posible: sólo teorías, pensamientos, dudas... Y a veces angustia. Pero bueno, no está mal angustiarse ante algunas cosas, ¿no?

Silencio.

—¿Y mi abuelita?

—Vas a tener que aprender a vivir sin su presencia real. Buscala en tus recuerdos, en los momentos compartidos, y si no te alcanza, aprendé a vivir sin ella.

Silencio.

—Gabriel.

—¿Qué?

—¿Me vas a ayudar?

—Por supuesto. Aquí estoy mientras me necesites.

De alguna manera mis palabras la calmaron. Me estaba convocando a aplacar su angustia. Si se quiere, me pedía que ocupara el lugar de la abuela muerta. Y bueno... no siempre el lugar del analista es el mejor de los lugares.

Trabajamos con Majo tres años más. Poco a poco fue realizando el duelo por su abuela muerta. Cada tanto la lloraba, se enojaba, decía no entender. Pero lo decía. Y esto era bueno. Porque ponía palabras a su angustia.

Hay una máxima que todo analista debe conocer: “Lo que no se pone en palabras, se pone en acto”.

Majo ya había llevado adelante un acto. Y fue la imposibilidad de nombrar lo que la angustiaba la razón que la indujo. Ahora podía hablar y en nuestras sesiones le dedicábamos mucho tiempo a la charla, a la vez que íbamos trabajando sobre sus proyectos de vida.

Quería bailar, quería cantar. Majo quería vivir, y eso era lo importante.

Pasó el tiempo, y Majo dejó de obsesionarse con el tema de la muerte. Hasta que un día el tema volvió a nuestro consultorio.

Recuerdo aquella sesión con una claridad dolorosa.

Había ido a hacerse unos estudios de rutina por razones de exigencia universitaria. Ni siquiera me lo había comentado, porque no era más que un trámite.

En esa sesión había estado hablando de una pelea con su novio. Nada extraño. Y de repente, faltando diez minutos para terminar la hora, casi sin darle importancia, me lo dijo.

—Tengo leucemia. No sé si se lo voy a decir a Sebastián. Porque si él ni siquiera es capaz de...

—Majo, pará. ¿Qué dijiste?

Se dio vuelta en el diván y me miró. Con una carita tierna. Se encogió de hombros y volvió a acomodarse.

—Sí. Tengo leucemia.

—¿Estás segura?

Hice esta pregunta porque no es raro que los adolescentes fantaseen y exageren las cosas hasta volverlas dramáticas. Pero no era el caso. Éste sí era un drama.

Entonces me contó lo de los exámenes y cómo se había enterado. Le dije que quería comunicarme con el oncólogo a cargo de su caso y con sus padres. No sólo aceptó, sino que casi agradeció que yo me ocupara de introducir al espacio analítico a su médico y a su familia.

Me entrevisté con los padres, llamé al médico y decidí proponerle a Majo la posibilidad de vernos dos veces por semana y además sumarla a un gru-

po terapéutico. Aceptó todo. Quería pelear y confiaba en mí.

—Juntos vamos a poder —me dijo.

Yo quise decirle que sí. Pero mi compromiso con ella era el de ser siempre sincero y no ocultarle jamás la verdad. Y sabía, como se lo había dicho a ella, que a veces en la vida hay cosas que no se pueden. Por eso al despedirnos le di un abrazo enorme (ella lo necesitaba y yo también) y le dije:

—Te juro que lo vamos a intentar. Y que pase lo que pase, voy a estar a tu lado siempre.

—¿Tenés miedo?

—¿Vos no?

—No. Yo descubrí que quiero vivir. Y voy a vivir. Tal vez...

—¿Tal vez qué?

—Sea ésta la oportunidad de averiguar cómo es la muerte.

No dije nada. Nos despedimos con los ojos llenos de lágrimas.

Recuerdo que entré en el consultorio, me senté en el diván, respiré profundamente y pensé: “No puede ser”. Pero era y tenía que aceptarlo. En ese instante decidí que iba a trabajar con todo el arsenal de mis conocimientos, de mi tiempo, de mi energía para ver si podíamos revertir la situación. Pero no sólo Majó no era Dios. Yo tampoco.

Cuando planteé al grupo la posibilidad de incorporarla a las sesiones, aclaré que podía ser muy du-

ro aceptar a un miembro con una enfermedad posiblemente terminal. Pero —agregué— pensaba que ese grupo podía ayudarla mucho y que a su vez, y así lo creía realmente, ella podía ser de gran utilidad terapéutica al grupo.

Dos miembros me pidieron una semana para pensarlo, a lo que accedí, por supuesto. En la próxima sesión dieron su consentimiento. La entrada de Majo en escena no pudo ser más impactante para el grupo.

—Hola —se presentó—. Soy Majo. Canto, bailo y estudio en la carrera de Recursos Humanos. Gabriel me dijo que creía que mi incorporación podía ser favorable para ustedes y para mí. Y bueno, aquí estoy para averiguarlo.

No dijo nada de su enfermedad. Y la sesión transcurrió en medio de un aire algo enrarecido. Preferí esperar para ver cómo el grupo manejaba el tema. En la mitad de la sesión Jorge, el más conflictivo, decidió abordarlo. A su manera.

—Gabriel, me parece que aquí hay algo que nadie dice, y yo siento la necesidad de hacerlo. Porque me angustia y porque no sé si puedo servir de algo a una persona que se va a morir.

Se hizo un profundo silencio. Y fue Majo quien lo interrumpió inmediatamente.

—¿Te referís a vos?

—¿Qué?

—Sí. Pregunto si te referís a vos. Porque vos

también sos una persona que se va a morir. Y tenés treinta y cinco años, no tenés novia, te llevás mal con tu familia y estás más solo que un perro. Por lo que escuché, hace dos años que no cogés y no tenés amigos. Así que si a alguien tenés que tenerle lástima no es a mí, que tengo veintidós años, estoy rodeada de gente y anoche tuve una sesión de sexo inolvidable. Es cierto, yo tengo un problema, pero vos también tenés el tuyo. Así que hagámonos cargo cada uno del suyo y veamos si podemos ayudarnos.

Majo se convirtió en el centro del grupo. Era la que más opinaba, la que tenía más coraje y pasó a liderar el funcionamiento de la dinámica grupal. Un día, más o menos un mes después, se presentó rapada a la sesión individual.

—¿No me queda hermoso?

—Sí —le dije.

Y era realmente así.

Cuando las sesiones de quimioterapia resultaban muy fuertes no podía venir. Yo iba a su casa. Tomábamos un café en la cocina y obviamente prescindíamos del diván. Dado que los resultados de la terapia oncológica no eran buenos —el médico me dijo que casi no había esperanzas para ella— se decidió hacerle un autotrasplante de médula.

La acompañé en cada momento. No sólo por ella. También yo lo necesitaba.

Recuerdo una sesión en que hablamos por telé-

fono uno a cada lado del vidrio de su habitación aislada. Estaba neutropénica (es decir, sin defensas) y no podía tener contacto con nadie. Sin embargo, se encontraba animada y me aseguraba, decía todo el tiempo, que la enfermedad no la iba a vencer. Cada vez que me lo decía yo pensaba: “Ojalá, Majo, ojalá”.

Compartí con ella todos esos momentos. Horas de charla, sesiones individuales, grupales y salas de espera en terapia intensiva con su familia, a la cual llegué a querer profundamente. Es más, aún hoy, cada vez que nos cruzamos, nos damos un abrazo emocionado.

Una mañana de domingo pedí permiso a la guardia de terapia intensiva para verla. No era horario de visita, pero la familia estaba desesperada, de modo que me presenté como el terapeuta de Majo y pedí autorización para verla y un informe médico. Aceptaron ambas cosas.

Cuando la vi acusé el golpe.

Desgraciadamente tengo experiencia en visitas a terapias intensivas por cuestiones profesionales y también personales. No me gustó verla así. Me acerqué. Ni siquiera sabía si me escuchaba, creo que no, pero necesité acariciarle la cabeza, darle un beso y le dije:

—Aquí estoy, Majo. A tu lado, como te lo prometí.

El médico de guardia que me había acompañado se quedó mirándome.

—Licenciado —me dijo—, usted sabe que esto es imposible de remontar, ¿no? A no ser que crea en los milagros.

No me lo dijo de mal grado, sino de profesional a profesional. Como corresponde, con respeto pero con la verdad por cruel que pueda ser.

—Doctor —le respondí—, no tengo el don de la fe, ni creo en los milagros. Pero si alguien en el mundo lo merece es esta chica que usted ve aquí, peleando por su vida.

Me miró a los ojos.

—Haremos todo lo posible.

Tomé la mano de Majó y le dije:

—Nosotros también.

Su energía y sus ganas de vivir eran tantas que por momentos yo confiaba en revertir la situación. Es más, si bien hablábamos de su enfermedad, jamás fue el centro de nuestras sesiones. Majó soñaba un futuro y habíamos empezado a trabajar, desde poco antes, un tema que ella quería resolver. Por suerte pudo hacerlo y estaba feliz cuando me lo contó.

—Lo logramos —me dijo radiante.

Ésa fue nuestra última sesión.

Tuvo una recaída y la internaron de urgencia. Hablé con ella por teléfono al mediodía y quedé en pasar a verla a la mañana siguiente. Se la escucha-

ba como dentro de un túnel a causa de la máscara de oxígeno. Y bromeamos con eso.

—Te espero —me dijo.

—Mañana nos vemos —respondí.

Ésta fue la única promesa que no pudimos cumplirnos el uno al otro.

A la noche, su padre me dio la triste noticia. Corto, breve, sencillo, trágico.

—Majo acaba de morir.

No supe qué decir.

Corté y lloré mucho. Me sentía culpable. Sabía que ese tipo de enfermedades tienen un componente psicosomático. Tal vez podría haberlo hecho mejor. El dolor me partía al medio. No podía creerlo.

Fui hasta mi consultorio, me senté en mi sillón y me quedé mirando el diván. Nunca, jamás en mis años de profesional, había sentido un dolor igual.

Majo ya no vendría más a sesión. No volvería a acostarse en mi diván y sentí, como Saint-Exupéry, que jamás volvería a escuchar aquella risa cristalina.

A la noche fui al velatorio. Permanecí a su lado, acompañándola hasta el último momento, como se lo había prometido, mirándola, y me identifiqué con la imagen de aquella niña que miraba cautivada a su abuela muerta. Majo era su abuela y yo era ella. Tal vez quería rescatarla y traerla otra vez a mi lado.

Supe que murió en brazos de su madre, una de las personas más fuertes que conocí en mi vida.

Nos despedimos esa noche con un abrazo fuerte y sincero. Todos, incluida Majo, habíamos hecho lo posible. Pero todo no se puede.

Y así fue mi historia con Majo.

Muchas veces siento, como ella lo sentía con su abuela, que en algún lugar está. Hoy ya no atiendo en el mismo sitio. Sin embargo, cada día, cuando termino mi trabajo, antes de cerrar el consultorio, siento su presencia. Tal vez sea sólo una necesidad mía. No lo sé.

Majo siempre se sintió atraída por el deseo de saber lo que era la muerte, aunque quería vivir con todo su corazón. Por eso dejo para cerrar este relato algo que dijo su mamá. Como analista de Majo, me interesaban sus palabras. Todas. Incluidas las últimas de su vida.

—Vicky —le pregunté—, ¿Majo dijo algo antes de morir?

—Sí —respondió—. Me miró y me dijo: “Así que esto era la muerte”.

Los celos y sus máscaras

(La historia de Darío)

*Me llevan rumbo al fracaso.
pasos que nacieron antes que mis pasos.*

A. DOLINA

Miro mi reloj. Las nueve y cuarto de la noche. Hace quince minutos que Darío debería haber llegado a sesión. Es muy raro, se trata de un paciente puntual, jamás faltó sin avisar, sería la primera vez. A ver, acá está su historia clínica. ¿De qué estuvimos hablando en el último encuentro? Veamos si hubo algo que pudo haber motivado esta demora y...

Timbre.

Debe de ser él.

—Hola. Sí, Darío, subí.

Abro la puerta y me quedo esperando a que llegue el ascensor. No más de un minuto. Ya está acá.

—Pasá, por favor.

Está desencajado. Se lo ve nervioso. Vamos hasta mi consultorio. Cierro la puerta, deja su portafolio apoyado contra la pared y se tira en el diván. Me siento en mi sillón y espero a que hable. Pasan unos minutos.

—Tocamos fondo, Gabriel.

—No sé a qué te referís.

—Hoy llegué tarde por qué me quedé haciendo algo.

—¿Qué te quedaste haciendo?

—¿Viste eso que estuvimos hablando de mis diferentes disfraces, mis personajes?

—Sí.

—Bueno, apareció uno nuevo. Pero éste no me gusta nada, no puedo justificarlo desde ningún punto de vista.

—¿Y de qué te disfrazaste esta vez?

Toma aire y suspira.

—De detective privado.

Detective privado. Eso implica que estuvo hurgando en la privacidad de otro, tal vez revisando una agenda, un correo electrónico u observando escondido detrás de un árbol. ¿Qué habrá hecho? Sólo tengo una manera de saberlo.

—Bien, Darío. Te escucho.

Darío comenzó a analizarse conmigo hace dos años. Me lo derivó Andrés, otro paciente que era su amigo. Yo lo conocía por dichos de Andrés, quien lo describía como un ganador, un tipo seductor, “entrador” era la palabra que utilizaba. Alguien que se convertía de inmediato en el centro de la escena en cualquier lugar y en cualquier circunstancia. Un

docente con una altísima capacidad, que lograba llegar a los alumnos con una facilidad envidiable.

—Mi amigo Darío me pidió tu teléfono. ¿Se lo puedo dar?

—Sí, claro.

—La verdad es que no me imagino para qué quiere ver a un psicólogo, si todo le sale bien.

A veces es extraño ver cómo la gente se confunde y genera una imagen de alguien que tan poco tiene que ver con la realidad.

Darío era, efectivamente, un joven muy simpático, agradable, gracioso y seductor. Su ingenio, su buen humor, eran tan excesivos que su conducta me parecía algo maníaca.

Cuando lo conocí tenía treinta años. Era profesor de música, egresado del Conservatorio Nacional, y además tocaba el piano y componía maravillosamente bien.

Trabajaba en el mismo colegio secundario en el que Andrés daba clases de matemática. Como suelo hacer, en las primeras entrevistas indagué un poco en su historia y pregunté por su familia de origen. Darío es hijo único.

—Mis padres tuvieron siempre la mejor relación del mundo —me dijo—. En mí eso de que la culpa es de los padres no se aplica ni un poco. Debo ser la excepción que confirma la regla. Mis viejos tienen una pareja hermosa. Siempre han sido muy compañeros, jamás los he visto pelearse. Por su-

puesto que han tenido alguna discusión tonta por cosas sin mucha importancia, pero nada de consideración. Es más, yo siempre soñé con llegar a tener algún día una pareja como la de mi padre... Bueno, como la de mis padres debí decir.

Debió decir, pero no dijo.

Dijo que siempre soñó tener una pareja “como la de su padre”. Y la pareja de su padre, es su madre.

Si no hubiera sido una entrevista preliminar yo habría marcado el lapsus y lo hubiera puesto a trabajar, pero debía resistir la tentación. El análisis aún no había empezado. De todas maneras lo había escuchado. En algún momento, seguramente, lo que Darío había dicho nos iba a ser de gran utilidad.

El motivo de la consulta era su relación con Silvina, su novia. Una chica que por esos días tenía veintiséis años, y que trabajaba como profesora de educación física en el mismo colegio que Darío.

—Es hermosa, tiene un cuerpo... Si la ves te morís ahí mismo donde estás sentado. Acá tengo una foto, pero no te la voy a mostrar porque si no “vos también” me la vas a codiciar —bromea.

—¿Yo también... y quién más *te* la codicia?

—Todos.

—Eh, ¿no será mucho?

—Te juro que no. Tiene un culo infernal. Es increíble.

—Bueno, te felicito. Tenés una novia que te encanta. ¿Puedo saber cuál es el problema entonces?

—Y, que no sólo me encanta a mí. Como te decía, todos mueren por ella, todos la miran. Ella prepara a las alumnas para las competencias de gimnasia artística del colegio, y cuando ensayan va con la mallita de baile y con las medias que se le meten bien en la cola, y los babosos de los padres y los otros profesores no dejan de mirarla. Se les cae la baba.

Lo primero que me llama la atención es la fuerza que la mirada tiene en el discurso de Darío: “Si la ves te morís”, “todos la miran”, “aquí tengo una foto” (que sólo mira él, siendo de alguna manera dueño de lo que yo puedo o no mirar). Nuevamente decido guardar este dato y no marcarlo por ahora. Prefiero que me siga contando qué le pasa a él con la atracción que Silvina parece tener sobre los demás que “no dejan de mirarla”.

—Y eso te molesta.

—¿Si me molesta? Me pone loco. Es el motivo de todas nuestras discusiones.

—¿Discuten seguido?

—Todo el día, todo el tiempo.

—¿Quién de los dos empieza las discusiones?

—Ella, o no, en realidad yo... Bah, no sé.

—Disculpame, pero no entiendo. ¿Ella, vos, o no sabés?

—Bueno, ella empieza cuando decide ponerse esos pantalones que le marcan todo, o unas minifaldas que son ya una provocación.

—Esperá un poquito ¿Vos me estás diciendo que considerás que cada vez que ella se viste está iniciando una discusión?

Se ríe.

—Suená medio boludo ¿no?

—Al menos un poco raro. ¿Querés que hablemos del tema?

—Mirá, Gabriel, yo estoy seguro de que ella no provoca a nadie voluntariamente y de que es una mujer de una integridad tal que sería incapaz de engañarme. Lo sé acá, en mi cabeza, pero acá —se toca el pecho— no puedo evitar sentir lo contrario. Sentir que sí quiere provocar a los demás. No quisiera sentirlo, pero esto de los celos es incontrolable, se me escapa, no lo puedo evitar.

Pues bien, ha hecho aparición el síntoma.

Cuando un paciente reconoce “que no lo puede evitar” está diciendo: “lo sé, lo entiendo, pero no puedo, es más fuerte que yo”. Y es allí cuando nos convoca a ayudarlo.

—Darío, te comprendo. —Muchas veces hacerle saber al paciente que uno lo entiende, que puede hablar de lo que le pasa sin vergüenza, que no lo vamos a tomar como un bicho raro, ya ejerce una influencia tranquilizadora. —Y si vos querés me comprometo a intentar ayudarte con este tema y a ver qué podemos hacer con eso que tanto te molesta y que no podés evitar.

Estuvo de acuerdo e hicimos el contrato analí-

tico. Vendría a sesiones una vez por semana y trabajaríamos con la técnica del diván.

Y así empezó nuestro análisis. Durante el primer tramo me dediqué a escucharlo mucho e intervenir poco, cosa que no era sencilla porque Darío siempre me preguntaba acerca de lo que debía hacer, cómo íbamos a seguir o me solicitaba algún consejo.

Trabajamos mucho el tema de sus celos y la relación con su autoestima.

Le expliqué que los celos se encuadran en el marco de una relación triangular. Que en esta problemática hay tres elementos en juego: él, su amada y “el otro”, y que el temor que tiene el celoso es que la persona que él ama le dé a “ese” otro (que suele ir cambiando con el tiempo) lo que sólo le debería dar a él. ¿Y por qué se lo va a dar a otro? Allí se le impone inconscientemente el siguiente razonamiento: se lo da a otro porque lo quiere más que a él. Y lo quiere más porque seguramente el otro es mejor y más valioso.

Vimos cómo entraban en juego la inseguridad y la baja autoestima.

Esta manera de relacionarse tiene mucha incidencia en lo que respecta al tabú de la virginidad, tema con el cual Darío tenía muchos problemas, ya que Silvina había tenido relaciones con dos hombres antes que él. Llegamos a la conclusión de que no era la mera falta del himen lo que lo acon-

gojaba, porque no era ese objeto lo que a él le importaba. Lo que a Darío le molestaba era que hubiera existido alguien al cual Silvina le entregó algo que a él no. Esto se agudizaba por tratarse de un objeto irrecuperable. Algo que no podía darse dos veces.

Las sesiones en las que trabajamos sobre todo esto para él fueron muy angustiantes.

En el tiempo dedicado a aquella temática aparecía muy seguido en su discurso la siguiente frase: “Necesito ser el centro de todo”. Yo seguía guardando en mi mente estos datos esperando el momento preciso para usarlos en favor del tratamiento. Honesto es decir que, muchas veces, esos momentos no llegan nunca. Pero ésa es la apuesta del analista. Esperar y confiar en que el trabajo va a ir abriendo puertas que nos permitan acercarnos a la verdad del paciente.

En una sesión hablábamos con Darío acerca de su relación de pareja y surgió el tema del amor.

—Obvio que la amo. ¡Mirá lo que me preguntás!

—Yo no lo veo tan obvio. El amor es algo mucho más complejo de lo que uno cree.

—Explicate.

Como buen docente, Darío amaba las explicaciones. Yo solía no dárselas, pero esa vez me pareció oportuno introducir una visión nueva sobre el tema para que pudiera pensar en lo que le pasaba.

—Podríamos decir, aunque suene esquemático,

que hay tres momentos en el desarrollo de un amor maduro: enamoramiento, desilusión y aceptación de la realidad.

En el primer momento, el amado es alguien maravilloso, no tiene defectos, nadie es mejor que él, está terriblemente idealizado, casi endiosado. El amado se ve engrandecido y en cambio uno se va empequeñeciendo, hasta el punto tal de no poder entender cómo alguien tan perfecto se ha fijado en uno.

En el segundo momento comenzamos a percibir algunas imperfecciones en la persona amada. Vemos que ante determinadas situaciones su carácter no es el mejor, que en algunas cosas se equivoca, y esos rasgos, que ya estaban pero que el enamoramiento nos impedía percibir, nos producen pena y desilusión y así como en el primer momento ya queríamos casarnos y estar juntos para toda la vida, en este segundo momento es probable que queramos que se vaya para siempre.

—Entonces, ¿qué se debe hacer?

—Reconocer que ambos momentos son engañosos, y que ninguno de los dos es el amor.

—¿Y qué es el amor, entonces?

—El amor sería un tercer momento en el cual vemos al otro como es. Ni tan idealizado ni tan degradado. No es ni Dios ni el demonio. Disfrutamos de sus virtudes y aceptamos sus faltas. Y a pesar de ellas lo aceptamos y podemos ser felices

a su lado. Recién ahí podemos hablar de un amor maduro con posibilidades de proyectarse en el tiempo de una manera sana. Porque la clave del amor, como me dijo alguna vez mi analista, está en reconocer los defectos del otro y preguntarse sinceramente si uno puede tolerarlos sin estar todo el tiempo protestando, y ser feliz a pesar de ellos.

Silencio.

—No sé si me gusta lo que me decís.

—¿Por qué?

—Y, porque para mí Silvina sigue siendo maravillosa e incomparable. Siento que ella hace todo bien y yo todo mal y, a partir de lo que hablamos, yo ubicaría mi manera de amarla en esa primera etapa.

—¿Entonces?

—Entonces eso querría decir que lo que yo siento por ella no es un amor maduro.

—A lo mejor es así. Yo creo que en tu caso, efectivamente, parecería que tu modo de amarla ha quedado atrapado en el plano del enamoramiento. Silvina permanece en el lugar de la idealización. Ella es la valiosa, vos no. Ella está con vos porque es generosa y no porque la merezcas. Es como si en el fondo pensaras que ella te hace un favor estando a tu lado. Y seguramente no sea así. Algo tendrás para que alguien tan especial como Silvina te elija como pareja. ¿No te parece?

—Bueno, a lo mejor no está conmigo por lo que tengo, si no por lo que hago.

—Explicate, por favor.

—Es que yo hago mucho para que me quiera.

—A ver, contame. ¿Qué cosas hacés?

—La paso a buscar todos los días para llevarla al colegio, aun cuando yo no tenga que dictar clase, acomodo mis horarios. Le regalo cosas todo el tiempo, le cocino lo que a ella le gusta, le hago los trámites, le pago las cuentas para que no tenga que molestarle. ¿Querés que siga?

—Como quieras. Pero antes dejame preguntarte algo. ¿Vos disfrutás de hacer todo eso?

—No, qué voy a disfrutar... Eso no tiene nada que ver conmigo, pero lo hago para que me quiera.

—Es decir que sos un farsante, un simulador.

—¿Qué?

—Claro. Dejame ver. ¿Cómo podríamos decirlo?

—Pienso unos segundos. —Veamos, creo que esta imagen puede servirte. Vos te disfrazás, te enmascarás para agradarle.

—No entiendo.

—Es sencillo. Te disfrazás de chofer y la pasás a buscar para llevarla a todos lados, te disfrazás de Papá Noel y aparecés todos los días con el regalito bajo el brazo, te disfrazás de cocinero —o de chef, si te parece más fino—, para agasajarla, te disfrazás de gestor gratuito y le pagás las cuentas. Pero vos no sos, según me decís, ninguno de

esos personajes. Y es allí donde me pregunto ¿cómo va a hacer Silvina para amarte a vos si no te conoce, si siempre estás escondido detrás de alguna máscara que a vos te parece que a ella le va a gustar? —Llegado a ese punto, algo vino a mi mente: “La importancia que para Darío tiene la mirada”. —Y me pregunto —continué— ¿por qué usás tantos disfraces? ¿Para que ella vea algo que le guste?, como decís vos, o, y esto es lo que creo yo, ¿porque hay algo que necesitás ocultar a la mirada de los demás?

La siguiente sesión, Darío trae un sueño.

—Yo estaba en una fiesta de casamiento. No sabía bien quiénes se casaban, pero era una fiesta muy grande. Habría unas doscientas personas. Yo iba caminando por el salón con Silvina de la mano. En un momento, me doy cuenta de que todo el mundo nos está mirando. ¿Qué pasa, me pregunto? Giro la cabeza hacia ella y veo que está con malla de baile. ¿Qué hacés —le pregunto—, todas de largo y vos te venís así?

Pero ella no me hace caso, ni me mira. Me suelta la mano y va hacia el centro del salón donde se pone a bailar de modo provocativo. Todas las miradas están puestas en ella. La gente empieza a acercarse y hacen una ronda a su alrededor.

Allí Darío hace un chiste.

—Como en el tango: “Se formaba rueda pa’ verla bailar”. Silvina era Mireya.

Éste es un momento decisivo. Darío me está ofreciendo, no una puerta de entrada a su inconsciente, sino dos. Un sueño y un chiste al mismo tiempo. Y además, me convoca a escuchar algo allí, en ese relato. Pero no puedo esperar, porque su convocatoria es urgente y clara: Mireya... Mire —ya. Es decir: Mire (escuche) ya (ahora) que estoy diciendo algo importante.

¿Qué es lo que quiere que mire ya, antes de que se nos escape?

En el psicoanálisis así como el paciente debe decir todo lo que se le venga a la mente, sin evaluar si le parece relevante o no (ésa es la asociación libre) los analistas tenemos un equivalente en nuestras intervenciones: la “atención flotante” que nos compromete a darle importancia a las ideas que se nos cruzan por la cabeza. Y así lo hago. Tomo la primera idea que se me ocurre e intervengo.

—Decís que “todas las miradas están puestas en ella”. ¿Preferirías que estuvieran puestas en vos?

¿Qué dije? Al escucharme sentí que mi pregunta no tenía demasiado sentido, que había interrumpido su relato de manera torpe. Pero para mi sorpresa, Darío se quedó mudo unos segundos y, con gran esfuerzo de su parte me devolvió una respuesta inesperada. Algo que jamás pude sospechar.

—Gabriel, me da mucha vergüenza esto que voy

a contarte. Resulta que yo, a veces, muy de vez en cuando... —Suspira. Se toma un tiempo más. —Obligó a la gente a que me mire.

Silencio.

—¿Darío, podrías ser un poco más preciso?

—Ufa, qué difícil —protesta—. Vos sabés que yo vivo en un country de zona norte. Bueno, a veces, antes de volver a casa, suelo ir con el auto hasta algún barrio humilde del conurbano. A esa hora hay muy poca gente y empiezo a recorrer las calles.

—¿Buscando algo?

—...

—¿Buscando a alguien?

—Sí.

—¿A quién?

—A una mujer.

—¿Cuál?

—A cualquiera.

—¿Y qué hacés?

—Gabriel, vos no me vas a querer atender más después de saber esto.

—Darío, hagámonos cargo de que eso es posible, si es que estás por contarme que cometés algún delito. Pero recordá que yo no estoy aquí para juzgarte, sino para ayudarte. Y para que yo pueda hacer eso, vos tenés que confiar en mí.

—Bueno, alguna vez tenía que ser.

—Te escucho.

—Paro en alguna calle oscura y empiezo a mas-

turbarme. Pero sólo hasta excitarme, y una vez que estoy así, caliente, empiezo a dar vueltas con el pene afuera. Y cuando veo a una mujer que me parece adecuada me acerco, bajo la ventanilla y le digo algo. A veces, una pregunta cualquiera para que se arrime. No sé, le pregunto por una calle o algo así, y entonces, ella mira y me ve, con el pene erecto... Y ahí sí, le digo algunas cosas.

—¿Y?

—Y me voy.

Se hace un silencio bastante incómodo. Percibo su angustia y, por qué negarlo, también la mía. Él teme que yo no quiera seguir atendiéndolo después de lo que estamos hablando, y yo no sé si quiero seguir escuchando lo que tiene para decirme.

Por un momento no pude evitar imaginar a Darío, por las noches, dando vueltas en su BMW, llevándose la mano a su pene erecto, acechando con su mirada, buscando una víctima. Su auto caro circulando con las luces apagadas y adentro sonando, como en una enorme paradoja, la música sublime de Chopin, su músico favorito. No puedo evitar sentir asco por lo que hace. Pero no debo permitir que mis emociones se entrometan en la sesión. Así es el análisis. Muchas veces, no sólo el paciente debe continuar a pesar de sus resistencias.

—Darío, yo creo que no se trata de “cualquier mujer”, porque vos decís que das vueltas hasta en-

contrar: “una mujer que te parece adecuada”. ¿Adecuada para qué?

—Para llevar adelante ese acto.

—¿Y qué características debe tener esa mujer?

—Mirá, yo puedo estar loco pero no soy un degenerado. Yo no jodo a nenas ni a adolescentes. Por lo general, tienen que ser mujeres a las que no pueda hacerles demasiado mal con mi actitud. Mujeres ya hechas.

—¿Mujeres grandes, querés decir?

—Sí. —Darío mira su reloj e intenta una huida.
—Nos pasamos del tiempo de sesión.

—¿En qué momento convinimos nosotros que la sesión tenía un tiempo predeterminado? Sigamos. —Se quiere escapar. Pero necesitamos aún algunos datos más. —¿Esas mujeres tienen alguna característica en particular?

—No entiendo.

—Pregunto si tienen que ser rubias o morochas o muy lindas o...

—No, qué va. Al contrario, por lo general son feas. No tienen lindo cuerpo ni linda cara, no están vestidas para salir sino que vienen de trabajar, se las ve cansadas, mal vestidas a veces. No tiene nada que ver con nada, ¿no?

Sí que tiene que ver. ¿Pero con qué? Aún no lo sé.

—¿Y cómo terminan generalmente estos episodios?

—Y... me putean, o le pegan una patada al coche. Yo arranco a toda velocidad y me voy. Siempre vuelvo a mi casa. Voy al baño, me masturbo, *me lavo las manos* y, como vuelvo a la hora de la cena, me siento a la mesa a comer con mis viejos.

—Y en esos momentos, ¿pensás algo en particular?

—Sí, en que ni mi papá ni mi mamá saben lo que hago. Y por dentro es como si les gritara: “¿Cómo carajo no se dan cuenta, tan poco me conocen? ¡Miren lo que hace su hijito!”

“Miren” lo que hace su hijito. Parece que Darío necesita de esa mirada de sus padres. Pero, ¿para qué?

—Darío, creo que esto que me contás tiene mucho que ver con el tema de tus celos con Silvina.

—¿Qué? ¿Qué puede tener que ver ella con esto?

—No ella, si no tu actitud con ella.

—No entiendo.

—Lo que te estoy queriendo decir es que deberías preguntarte si no estás proyectando en Silvina la culpa que te generan tus actos exhibicionistas.

—¿Querés decir que yo muestro y después me enojo con ella?

—Sí, pero hay un mecanismo previo.

—¿Cuál?

—El de proyectar en ella tus deseos.

—¿Y cómo funcionaría eso?

—Fácil. Vos decís que ella se viste con mallas

que se le meten en el culo, con minifaldas que muestran todo, con remeras que le marcan los pechos. Es decir, que la estás acusando de desear que los demás “la miren todo el tiempo”. Y yo me pregunto: ¿es ella o sos vos el que necesita “ser el centro de las miradas”? Pensémoslo. Porque, a lo mejor, enojarse con Silvina es una manera patológica de llevar tu atención afuera, y si es así, sería bueno volver esa energía que gastás en ella hacia vos. Tal vez podamos descubrir algo que nos ayude.

Silencio.

—¿Vas a seguir atendiéndome?

—Darío, pensá en lo que hablamos. Nos vemos la próxima.

La sesión siguiente trajo otro sueño.

—Subo las escaleras de una mansión. Sé que no debería estar allí y que quisiera no estar, pero no sé cómo terminé en esa casa. Llego a la planta alta y me detengo ante la puerta de una habitación. Escucho el llanto de un chico, un nene de unos cinco o seis años. Quiero entrar a ayudarlo, pero el miedo me paraliza. No sé qué pasa en el medio, pero de repente me veo ante la puerta de otra habitación. Adentro hay una pareja peleando. Yo no puedo verlos, pero escucho cómo el hombre maltrata a la mujer, la insulta, le pega. Otra vez quiero intervenir, y otra vez

no puedo. Estoy realmente paralizado. De repente, ella grita y yo me despierto.

La gente piensa que los analistas tenemos el poder de descifrar los sueños ajenos. Pero no es así. Son los pacientes los que conocen, aunque no lo sepan, lo que sus propios sueños quieren significar. Nosotros sólo los ayudamos a traducir lo que ellos dicen en un idioma que les es desconocido. Somos como modernos “champolliones”, pero para poder descifrar el sentido oculto de un sueño hay que trabajar mucho y en conjunto. De modo que comienzo este trabajo, como no puede ser de otro modo, pidiéndole a Darío que hable acerca del sueño para ver si puedo escuchar algo de lo que él inconscientemente sabe pero conscientemente no puede decir.

—Te escucho. Decime qué se te ocurre con respecto a este sueño.

—Lo que sé es que yo sentía mucha bronca y mucha impotencia.

—¿Por qué?

—Por no poder hacer nada. Por tener que contentarme con escuchar y no poder intervenir.

—¿Y cómo sentís que deberías haber intervenido?

—Por empezar, ayudando al pibe. Ese chico está escuchando todo, está asustado, está... abandonado.

—¿Y quién lo abandonó?

—No sé.

—¿Los padres?

—No sé —eleva la voz—. Perdoname. Pero de repente me angustié.

—Como el chico.

—Sí.

—La pareja que está en la habitación, ¿son los padres?

—Sí —contesta seguro.

—¿Y son los que lo abandonaron?

—Sí.

Está terriblemente resistente. Debo preguntar todo el tiempo. Pero si utiliza tanta energía en defenderse, es porque lo que está detrás del sueño debe de ser algo muy importante para él. De modo que continúo mi asedio.

—¿Y por qué pensás que lo abandonaron?

—No lo sé.

—Decime lo primero que se te venga a la mente.

—Porque tenían algo que hacer.

—¿Qué?

—No sé.

—Vamos. ¿Qué creés que tenían que hacer?

—¡Tenían que coger! —grita y se pone a llorar.

Llora desconsolado. Y yo, llegado a este punto, lo dejo. Hago silencio y le permito estar a solas con sus pensamientos y con su dolor. Minutos después retomo la palabra.

—Darío, sé que no es fácil entender cómo funcionan los sueños, pero voy a tratar de ser lo más

claro posible. Para armar un sueño, la psiquis necesita algunos elementos. Uno de ellos son los restos diurnos. Es decir, todas aquellas cosas que ocurrieron en el día o que vienen ocupando nuestros pensamientos durante la vigilia. El otro elemento, el fundamental, el que funciona como energía para generar un sueño, está constituido por deseos inconscientes que van a intentar una satisfacción, ya que no pueden lograrlo en la realidad, a través del sueño. ¿Me entendés?

—Sí. Pero si ese deseo está reprimido es por algo.

—Por supuesto.

—¿Por qué?

—Porque es el deseo de algo tan fuerte y, por lo general, tan prohibido que no podríamos soportar ni siquiera saber acerca de él.

—Pero en el sueño aparece.

—Sí, pero aparece disfrazado. Por eso cuando uno cuenta un sueño dice frases del estilo de: “estaba vestido como mi padre, pero no era mi padre”.

—¿Y para qué se disfraza?

—Para eludir la represión. La misma represión que no lo deja surgir durante la vigilia.

—Comprendo.

—Bueno, además, suele ocurrir que en el sueño se revivan situaciones traumáticas que no han podido resolverse y que, por eso, reaparecen en la vida onírica buscando encontrar, justamente, esa resolución.

—Seguí, por favor.

—Ocurre que a veces, en este trabajo de armar el sueño, la psiquis no consigue disfrazar lo suficiente el deseo real o el hecho traumático.

—¿Y qué pasa en esos casos?

—En esos casos uno se despierta, generalmente angustiado. Es lo que los psicólogos llamamos un “sueño de angustia”.

—Mi sueño, entonces, fue un sueño de angustia.

—Sí.

—¿Querés decir que lo que vi en el sueño se parece demasiado a algo que deseo inconscientemente o a algo que viví?

—O que creíste haber vivido. Pero sí. Eso quiero decir.

—¿Entonces?

—Dale. Hagámoslo juntos. ¿Quién es el chico?

—Soy yo. ¿No?

—Creo que sí.

—¿Y entonces quién es el protagonista del sueño, el que recorría la casa?

—Vos también. Los sueños permiten esas cosas, que uno vuele, que uno atraviere tiempos y espacios o, como en este caso, que uno se desdoble.

—¿Entonces yo soy ambos?

—Sí, y por eso me parece importante registrar las emociones de los dos. Sabemos que vos “no deberías haber estado allí”. Decime entonces: ¿dónde deberías haber estado?

—En cualquier otro lugar.

—En cualquiera menos ése, y en ese momento.

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé.

—A lo mejor porque “ese pibe está escuchando todo”. Pero, ¿qué está escuchando, Darío?

—Lo que pasa en la habitación de al lado.

—¿Y qué es lo que pasa allí?

—No sé.

—Darío, no te hablo del sueño ahora, sino de tu pasado. ¿Qué pasó en la habitación de al lado que vos no deberías haber escuchado?

—Gabriel, en el sueño a la mujer le pegan. Mi papá nunca le pegó a mi mamá.

—¿Le pegan? Para la psiquis de un chico lo que pasa en esa habitación podría ser interpretado como algo violento. Pero analicémoslo a los ojos del adulto que sos hoy.

Lo que me dijiste es que desde afuera se escuchaban ruidos, un hombre que la insulta, ¿qué le dice? ¿Putá, perra? Él parece ejercer un dominio. ¿De qué manera? ¿Vení, tomá, ponete así, hacé esto o aquello? Y una mujer que se queja. ¿Tal vez gime? Hasta que llega un momento en el cual pega un grito, ¿podríamos decir que tiene un orgasmo? Y vos te angustiás y te despertás. ¿Estás seguro de que a esa mujer le están pegando y no es que está teniendo sexo? —Silencio. —Dejemos aquí.

Se levantó, salimos del consultorio, fuimos hasta el ascensor, atravesamos el hall y salió a la calle sin decir ni una sola palabra.

Volvió a la semana siguiente, y a la otra. En ninguna de esas dos sesiones retomó el tema que habíamos trabajado. La tercera sesión posterior al análisis del sueño faltó. De modo que lo vi quince días después.

—El otro día estaba acostado en mi cuarto y me acordé de lo que hablamos hace como un mes, ¿te acordás? A raíz de mi sueño...

—Me acuerdo. Contame qué pasó.

—Pasó que tuve un recuerdo.

—¿Qué recuerdo tuviste?

—Me acordé de una noche cuando yo tendría seis o siete años. Me vi acostado boca abajo, poniéndome la almohada en la cabeza para no escuchar lo que pasaba en la pieza de al lado. Entonces recordé que no fue la única noche en la que ocurrió eso... que fueron muchas. Vos tenías razón: yo era ese chico que abandonaban en su cuarto y al que obligaban a escuchar lo que no debía escuchar. Y me resonaban los gemidos de mi vieja. Es horrible.

—¿Qué cosa?

—Tener una madre a la que le guste tanto coger.

—Darío, eso no es horrible. Al contrario. Te diría que una mujer que disfruta del sexo seguramen-

te estará más satisfecha, más sana y podrá llevar adelante sus roles, incluso el de madre, con mayor sanidad. Sólo que los hijos no tienen por qué saber, ni deben participar de ningún modo de la sexualidad de los padres. Eso es lo terrible, “lo siniestro”. Porque, justamente, si algo está excluido entre padres e hijos es la posibilidad de compartir la sexualidad. Porque eso es algo incestuoso. Y por eso la angustia. Aunque, seguramente, también te excitaba, lo cual también te generaba un profundo sentimiento de culpa.

Silencio breve.

—Y pensar que yo te dije que mi familia era un ejemplo, la excepción que confirmaba la regla.

—Darío, vos nunca me dijiste que tu familia era un ejemplo. Me dijiste que la pareja de tus padres era un ejemplo. Y es posible que eso sea cierto. Pero a lo mejor, digo a riesgo de equivocarme, es posible que de tanto ser pareja no se ocuparon de ser padres. Por eso lo del chico “abandonado” de tu sueño. Abandonado porque estaba solo en su pieza, y abandonado porque como con vos, su mamá no supo deserotizarse ante sus ojos.

”¿Te acordás de que me dijiste que te gustaría algún día tener una pareja como la de tu papá? Bueno, creo que eso ha tenido que ver con tus episodios de exhibicionismo.

—¿De qué manera? —me pregunta sorprendido.

—De dos maneras diferentes. La primera, es que

creo que en cada exhibición vos actuás de modo activo lo que tuviste que padecer de un modo pasivo. Con una pequeña modificación.

—¿Cuál?

—A vos te obligaban a escuchar. Vos, a esas mujeres, las obligás a mirar. Pero salvando esa diferencia, vos les hacés lo que te hicieron.

—No entiendo bien.

—Es un mecanismo que se arrastra desde la infancia y que sirve para aliviar la angustia proyectándola afuera. Pensá en una nena a la que acaban de ponerle una inyección. Es muy probable que vaya a su habitación y juegue a que ella es la doctora que le pone inyecciones a sus muñecas.

—Comprendo. ¿Y la segunda manera?

—La segunda tiene que ver con la búsqueda de concretar ese deseo de “tener a la pareja de tu padre”, es decir...

—Acostarme con mi mamá... Es terrible, estoy loco.

Éste es un momento muy complicado. El análisis de los sueños develó una problemática edípica sin resolver que ha arrojado a Darío a las puertas mismas de su propio infierno. Es necesario que intente detener su descenso antes de que la angustia sea inmanejable.

—Darío, tranquilizate. Hablemos un poco de esto.

—¿Qué querés que diga? Soy un enfermo.

—Esperá un poco. Supongo que escuchaste hablar del complejo de Edipo.

—Sí, claro. Pero esto...

—Calmate. Mirá, todos los seres humanos nacemos unidos, y no sólo físicamente, a nuestra madre. De ella depende nuestra vida en los primeros meses. Nos da alimento, nos da ternura, nos da amor, nos da sentido decodificando cada uno de nuestros llantos para saber si lloramos por hambre, por frío o por sueño. Estamos casi desesperadamente unidos a ella. —Utilizo intencionalmente el “nosotros” para hacerle sentir que estoy hablando de algo que nos ocurre a todos. Es menester que no se sienta un bicho raro. —Pues bien, en estas condiciones es inevitable que se convierta en nuestro objeto de amor máspreciado. Es más, es la primera en tocarnos y acariciarnos cuando nos duerme o nos baña. Nos abraza mientras nos da la teta. Por ende, tampoco es raro que sea quien desarrolla nuestra sensibilidad y, con ella, nuestro erotismo. ¿Me entendés?

—Sí.

—El tema es que al crecer vamos dejando de depender de ella y poco a poco esa relación erótica se va sublimando.

—¿Sublimando?

—Sí. Quiere decir que va dejando de tener un fin sexual y el erotismo se transforma en otra cosa, por ejemplo, en ternura.

—¿Y cuándo se da este proceso?

—Alrededor de los seis años más o menos. Pero para que esto suceda, son necesarias dos condiciones. Una, que aparezca el padre para “separar” al hijo de la mamá y la segunda, que la madre esté dispuesta a renunciar a su imagen sexuada y se deje transformar en un ser cariñoso y tierno.

—Y en mi caso...

—En tu caso, a los seis años te estabas defendiendo solo de la sexualidad de tu mamá, tapándote la cabeza con la almohada. Darío, todos pasamos por esto, sólo que a vos no te permitieron desarrollar los mecanismos para sublimar ese deseo y, cuando esto ocurre, suelen aparecer efectos sintomáticos. A vos no te quedó otra opción que desplazarlo hacia otras mujeres. Y pensá un poco en las características de aquellas mujeres “adecuadas”. Mujeres grandes, dijiste. Mujeres que podrían ser tu madre.

—Sí, pero feas. Mi vieja es hermosa. Además eran mujeres descuidadas, cansadas de trabajar, no como mi mamá.

“Eran.” Por primera vez las ubica en el pasado.

—Exacto. Esas mujeres no son como tu mamá, sino como vos hubieras querido que fuera tu mamá. Mujeres que uno ve grandes y carentes de erotismo. Están cansadas, vienen de trabajar y no de coger por ahí. Además, tenías que alejar la imagen lo más que se pudiera de tu madre real, para no le-

vantar tus propias sospechas. Y, como corolario, te diría que también todo esto ha tenido una determinación fundamental en tu personalidad celosa.

—¿Cómo?

—Creo que vos les has hecho a tus parejas un reclamo que, verdaderamente, iba dirigido a tu mamá: “¿Por qué le das a otro lo que yo deseo que me des a mí?” Y esa realidad, sana realidad de que tu mamá eligió a otro como *partenaire* sexual, se transforma en el terror de que tus mujeres, en este caso Silvina, hagan lo mismo. Ya que si tu mamá, la mujer más importante de tu vida, fue capaz de hacerte esto, ¿por qué no las demás, que son simples mujeres?

Nos quedamos callados unos instantes.

—Pero en el Edipo es entonces importante el rol del padre, ¿no?

—Sí. Importantísimo.

—¿Y mi papá de qué jugó en todo esto?

—No lo sé. Casi no hablamos de él en todo este tiempo. Tu conflicto inconsciente con tu mamá acaparó todo nuestro análisis hasta ahora. Sería interesante y productivo empezar a hablar un poco de él, ¿no te parece?

—Creo que sí.

Un año después de trabajar sobre estos temas, Darío tomó la decisión de irse de su casa. Con unos

ahorros que tenía se compró un departamento pequeño en Capital y se mudó.

La relación con sus padres es buena y menos conflictiva que antes.

Rompió con Silvina y está solo desde hace meses. No quiere tener pareja estable hasta que no pueda superar su problema de celos que, si bien ha mejorado mucho, aún sigue estando muy presente en nuestras charlas.

A veces se siente muy solo y pelea duro contra el deseo de volver a casa de sus padres, a cobijarse en aquella habitación en la cual de niño se tapaba la cabeza para no oír cómo ellos mantenían relaciones sexuales.

Desde aquella última charla, Darío no volvió a cometer actos de exhibicionismo.

Pagar con el cuerpo

(La historia de Natalia)

*Amplio campo blanco.
Más allá, infinita,
la huella del trineo de lo perdido.*

PAUL CELAN

—¿Yo?, ¿te volviste loca? Este caso no es para mí.
Ésa fue mi primera reacción cuando Marcela Díaz, coordinadora general de mi equipo terapéutico y encargada de las entrevistas de admisión y derivación, vino con la ficha de Natalia.

—Pero esperá un poco —me dijo—. ¿Por qué no querés tomar el caso?

—Porque no es para mí.

—Pero no te cierres. A ver, decime: ¿por qué te parece que el caso no es para vos? —Me dice con su tono habitual a la vez comprensivo y convincente. Sonríó algo molesto.

—Mejor contestame vos: ¿desde cuándo soy un especialista en terapias breves?

—No, ya lo sé. Pero, escuchame...

—No. Escuchame vos a mí. ¿Está embarazada, no?

—Sí.

—El marido vive en una provincia del Norte.

—Sí. En Salta.

—Y ella se va a ir a vivir allá ni bien nazca su hijo.

—Sí, pero...

—¿De cuántos meses está?

—Recién está de seis semanas, lo que pasa es que...

—Si hacemos números rápidos, y descontamos las dos semanas previas al parto en las que probablemente no pueda venir, me deja siete meses de trabajo real, veintiocho sesiones. Bajemos el diez por ciento promedio de sesiones que por una causa u otra no podamos tener. ¿Sabés cuántas sesiones son? A ver, decime ¿cuántas?

—Veinticinco.

—Correcto, Marcela. Veinticinco. En ese encuadre sólo se podría trabajar seriamente en el marco de una terapia breve y focalizada. En el equipo tenemos muy buenos especialistas en ese tipo de técnicas, y yo no soy uno de ellos. Soy psicoanalista, ¿te acordás? Diván, asociación libre, esas cosas.

—Gaby, no seas irónico.

—Bueno, pero es que no te entiendo.

—Miralo así. Natalia te conoce de la radio. Confía en vos. Le gusta tu estilo.

—Pero si no sabe cómo soy adentro del consultorio.

—No importa, confía en vos.

—Sí, pero se va en siete meses.

—Por eso. No hay tiempo para que genere un vínculo con otro terapeuta. Con vos ya lo tiene.

—...

—Es una chica con experiencia analítica, una paciente para el psicoanálisis. Yo entiendo la dificultad del tiempo, pero excepto por eso, reúne todas las características de los pacientes con los que trabajás a gusto.

—...

—Gaby, dale una oportunidad a este análisis.

—Terapia breve, querrás decir...

—No seas jodido. Confiá en mí.

Resoplo y me doy por vencido.

—Está bien, dame la ficha que la llamo.

Me doy vuelta y me dirijo a mi consultorio.

—Gaby.

—¿Qué?

—Vas a ver... Te va a gustar trabajar con ella.

Ay, Marcela, cuánta razón tenías.

Así empezó la historia de este análisis. Apremiado por el tiempo. Con futuro incierto.

Pero como si ambos estuviéramos conscientes de ello, al contrario de lo que ocurre en la mayoría de los casos, aquí no hubo tiempo para charlas preliminares ni comentarios de ocasión.

Se sentó frente a mí el primer día y, desde su primera frase sentí que entrábamos en análisis. Pactamos una vez por semana. Cara a cara (porque supuse que en un par de meses el diván sería incómodo para ella).

Natalia es pediatra y se especializa en la prevención de las enfermedades en la niñez. Trabaja desde siempre con chicos carenciados, que según sus propias palabras, son los más desprotegidos, los más necesitados. Está casada con Raúl, un hombre que la ama tanto —según ella misma dice—, que hasta se banca que viva en Buenos Aires para desarrollar mejor su vocación. Se ven, como mucho, una vez por mes.

La noticia del embarazo la conmovió. Porque la obligó a rever sus planes, a considerar la necesidad de dejar todo lo que estaba haciendo aquí e ir a vivir con su marido. Y es lo que ha decidido. Pero aun así, se niega a admitir que debe abandonar su trabajo en Buenos Aires. Como consecuencia de semejante situación, está angustiada y ha perdido todo interés libidinal.

La sesión que voy a relatar tuvo lugar tres meses después de comenzado el tratamiento. Raúl, su esposo, estaba en Buenos Aires.

—Hoy quiero hablar de mi tema con el sexo.

—¿Te referís a este momento un poco asexuado por el que estás pasando?

—¿Un poco? Hace meses que no tengo relaciones.

—No parecía tenerte tan preocupada la semana pasada. ¿Por qué hoy sí?

—Porque mi pareja está acá, llegó ayer. Y bueno, sale el tema y me pongo muy... no sé cuál es la palabra...

—Pero necesitás encontrarla, ¿no?

—Sí. Porque es un tema con el que no me puedo hacer la boluda. Y para poder resolverlo tengo primero que definirlo de alguna manera, porque no sé de dónde viene, no sé a qué se debe esto de mi falta de deseo. Y cuando viene Raúl quedo entre la espada y la pared. No es una pavada, me parece. Es un tema fundamental en toda pareja.

—Y más en una pareja que, como ustedes, viven a distancia. Lo cual quiere decir que, lo más probable, es que no bien llegue...

—Y, sí, me va a querer coger.

—Obviamente.

—Y a mí me pasa que no solamente siento una abulia con respecto al sexo, sino que ahora, además, no quiero ni que me toque. Es muy feo esto que me pasa.

—¿Feo para quién?

—Para los dos, para mí y para él, porque a mí, en algún punto, me da pena por él.

—¿Por él?

—Sí, claro. Esto debe resultarle una porquería. Yo trato de que no se note demasiado. Lo recibo ca-

riñosamente, le pregunto por sus cosas y le cuento acerca de las mías.

—Todo esto en la cocina, lejos de la cama, ¿no?

—Sí. Pero a veces, aunque intente escapar de la situación, no puedo evitarla.

—¿Intentás evitarla?

—La verdad es que sí, pero no siempre puedo escaparme.

—¿Y qué pasa en esos casos?

—¿Y qué va a pasar?

—No sé, decime vos.

—Y... que me pongo en un papel horrible, espantoso.

—Explicame.

—Claro, me pongo a pensar en todas las mujeres que por ahí tuvieron que acostarse siempre con el marido y jamás tuvieron un orgasmo. Esa cosa histórica de la mujer de ser un instrumento de la sexualidad del hombre. Un objeto sin decisión, sin aspiraciones.

—Perdón que te interrumpa, pero, ¿vos te ponés en ese rol? ¿Vos un objeto sin decisión, sin aspiraciones?

—Sí, me pongo en ese rol.

—Me sorprende.

—Sí, ya sé que no tiene nada que ver que una mujer supuestamente independiente, que logró un montón de cosas, que hizo siempre lo que quiso con su vida, se ponga en esa situación. Pero es así.

—¿Y cuál es tu sensación al verte en ese lugar?

—Horrible, la sensación de que... —Piensa un segundo y niega con la cabeza.

—¿Qué pasa?, ¿qué ibas a decir?

—No, no tiene nada que ver.

—De todos modos decilo y pensemos juntos si tiene o no algo que ver. ¿Cuál es la sensación?

—Es la sensación de que usan mi cuerpo.

—¿Podrías explýarte un poco más acerca de esto?

—No te voy a decir que lo vivo como si fuera una violación, pero sí una vejación, una palabra que nunca supe concretamente qué significa. Pero lo siento así, siento que es una vejación hacia mi cuerpo.

¿Una vejación?

Sí. Así lo siente. Así lo vive y así me lo trasmite. Con bronca, con mucha convicción.

—Ajá. Una vejación. ¿Que te inflige quién?

—En este caso, Raúl. Pero Raúl como un representante.

Creo que no se está escuchando. No toma conciencia de la importancia de lo que dice.

—Esperá, Natalia. Esperá un poco. —Intento detener esa catarata de palabras para abrochar algún sentido. Pero es inútil. No me escucha. Sigue absorta con su discurso.

—Me pongo en el lugar de esas mujeres que siempre se aguantaron a un marido y tuvieron, no

sé, ocho hijos: mi vieja, mi tía, no sé, muchas. Y me da miedo ser igual. Pero a veces creo que no queda otra, que hay que entregarse, porque es muy difícil decirle al otro: "Mirá, no me toques porque no te deseo". Es muy duro. Y yo no puedo hacer lo que me dicen mis amigas que haga.

—¿Y qué te dicen tus amigas que hagas?

—Que abra las piernas, que piense en otra cosa y que cuando vea que es el momento... nada, que finja un orgasmo y listo. Total es un ratito y todos contentos.

—...

—¿O me vas a decir que no tenés ninguna paciente que mienta un poquito en estas cosas? Es más: ¿creés que a vos nunca te mintieron un orgasmo? —Se ríe. —Mirá que afuera, para las mujeres que no se atienden con vos, sos nada más que un hombre como cualquier otro.

—Seguro. Pero como sea, eso no te ayuda de mucho. Porque tus amigas pueden fingir un orgasmo, y esas mujeres que según vos me mintieron también pudieron. Pero vos, Natalia, vos no podés.

—Es cierto, yo no puedo. ¿Y entonces?

—Mirá. A mí lo que me parece interesante rescatar tiene que ver con dos cosas que vos dijiste hoy.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, cuando hablamos de esta sensación de vejación, yo te pregunté ejercida por

quién, y vos me dijiste: “En este caso” por Raúl. La otra cuestión que me parece interesante tener en cuenta es que una cosa es decir: “Bueno, yo no tengo muchas ganas”, y otra es decir: “Yo no quiero ni que me toque”. Parece una cuestión de asco. Son dos puntos en los que me gustaría que nos detuviéramos. Vayamos al primero. Esta frase tuya: “En este caso por Raúl”... Si en este caso es Raúl, yo pregunto: ¿en qué otro caso no fue Raúl?

Silencio.

—No sé, porque nunca me pasó, por ahí fueron palabras que utilicé casualmente.

Me sonrío. Es una paciente analizada. No necesito decirle demasiado.

—Mirá vos, así que casualmente —digo irónicamente.

—Bueno, no. Está bien. A ver... No sé si viene a cuento o no, pero, tengo una situación de la adolescencia que mucho tiempo después, te diría que hace apenas dos o tres años, la resignifiqué de un modo diferente.

—Contame, por favor.

—Bueno, tuve un abuso sexual, aunque no lo viví así en su momento.

Carajo. Me va a contar acerca de un abuso y lo dice así, de un modo tan liviano. Ésta es la palabra: como si no tuviera peso. Y creo que hay que darle una importancia relevante a este relato. La miro fijo y me pongo serio.

—Contame cómo fue. Y quién fue.

—Bueno, no te pongas tan serio que no es para tanto.

—...

—Mirá, fue con un tipo más grande. Él tendría, que sé yo, a ver... treinta o treinta y cinco años, y nosotras éramos adolescentes.

—¿Nosotras?, ¿quiénes eran nosotras?

—Ah, sí, porque no fui yo sola.

—¿No?

—No —sonríe—. Mario nos cogió a casi todas las chicas del pueblo. —Bromea.

—¿A casi todas?

—Bueno, en realidad, solamente a las que participamos en sus grupos. Pero te diría que la mayoría de ellas debutaron con él. No fue mi caso —sonríe otra vez—. Todas teníamos entre 13 y 15 años.

—Pero, Natalia, por lo que me estás contando, la cosa fue grave.

—No sé, porque dicho así suena muy fuerte. Pero fue todo mucho más suave, muy disfrazado. Lo cierto es que yo no lo viví de un modo traumático. En realidad, nosotras...

—Nosotras, no —la interrumpo—. Vos. Contame cómo fue tu historia.

—A ver... Dejame pensar. En realidad Mario era un seductor de tiempo completo. Era nuestro profesor de coro, un tipo recopado. —La miro en silencio. —Con él nos divertíamos mucho. Cantábamos,

aprendíamos a tocar instrumentos. Creábamos muchas cosas. Y una vez se nos ocurrió armar una comedia musical.

—¿Y qué pasó entonces?

—Empezamos. Nos reuníamos, tirábamos ideas, había una gran energía entre nosotros. Y así la fuimos escribiendo, sobre todo las letras, las escenas. Después él componía la música.

—Ajá.

—Y comenzamos a ensayarla.

—¿Cómo era el régimen de ensayos?

—Primero hacía ensayos generales. Después venían los ensayos individuales con los personajes principales.

—¿Vos eras uno de ellos?

—Sí, yo hacía de “La Muerte”.

—¿Vos elegiste ese papel?

—No. Los papeles los daba él. Al azar.

—Si él los daba, entonces no era al azar.

—Tenés razón. La cuestión es que un día fui a ensayar y me dijo que me relajara, que La Muerte era un personaje muy importante porque representaba algo inevitable y que había que saber tenerla como una consejera. Para no olvidarnos de vivir intensamente, sin represiones. Y bueno —vuelve a sonreír—. ¡Qué bien que la hizo el tipo!

—Puede ser que la haya hecho muy bien, pero no le veo la gracia. Parece que vos sí —me mira—. Te escucho, seguí por favor.

—Ya está, nada, tuve sexo con él. Fue esa vez y nunca más, porque yo no quise más y Mario nunca me obligó. Era un buen tipo.

Miro su cara. Está como extasiada hablando de este hombre.

—Perdoname, Natalia, pero, ¿qué de todo esto que me estás contando te parece tan atractivo?

—Que a pesar de todo, creo que haber hecho los talleres corales con él fue una experiencia interesante, casi de vida. Era un tipo muy profundo.

Habla de un modo totalmente desaprensivo. Necesito que se escuche. Que pueda ligar la angustia que, estoy convencido, debe de haber sentido en aquel momento con la situación que me está contando.

—Esperá. Volvamos a ese día.

—¿Qué día?

—El día del abuso —digo y remarco la palabra abuso.

—¡Ah! En realidad fue una tarde, y ya te dije, empezamos hablando de la muerte, la vida, qué harías si éstos fueran tus últimos instantes. Me enroscó y listo. Yo ni disfruté, ni acabé, ni nada de eso.

—Es decir que no tuviste un orgasmo.

—Ni ahí.

—Tampoco lo fingiste —le digo con ironía.

—No, tampoco. Ya sabés que no me sale.

—¿Cuál fue la sensación que tuviste en aquel momento?

Hace un breve silencio.

—No lo sé. Fue todo muy confuso y me cuesta acordarme. No te podría decir que me violó, porque no me violó. Pero yo tenía en claro que no era parte de eso. Él se jugaba en la situación, yo no. Simplemente no hice nada.

—Es decir, que lo dejaste que utilizara tu cuerpo.

—Sí, de alguna manera, sí.

—Bueno y aquí surge algo que se liga con lo que me dijiste hace unos minutos aludiendo a Raúl: dejar que “use” tu cuerpo.

—Puede ser.

—Pero con una diferencia.

—¿Cuál?

—Con Raúl, que es tu marido y que te ama, vos te enojás. En cambio con Mario, no. ¿Puedo saber por qué?

—Lo que pasa es que por ese tiempo Mario me daba mucho. A pesar de todo, puedo decir que fue uno de mis primeros maestros de vida.

—Te cobró caro las clases, ¿no?

Silencio.

—¿Sabés que no lo sé?

—Depende cuánto valga para vos que usen o no tu cuerpo.

—Tal vez no valía tanto mi cuerpo en comparación con todo lo que él me había dado. Por eso hace recién dos años, hablando con Lorena, mi mejor amiga, que también formaba parte del coro, nos

pusimos a recordar lo que vivimos con Mario y me cayó la ficha. La miré y le dije: “Loca, sufrimos un abuso sexual”.

—Al menos tomaste conciencia de lo que te pasó.

Natalia, vos sos una profesional acostumbrada a trabajar con chicos. Sabés que estas cosas dejan marcas graves, ¿no?

—La verdad es que no sé si puede haber dejado alguna huella.

—Natalia...

—Bueno... Perdoname lo que te voy a preguntar, pero, ¿no es normal en la naturaleza humana esto del abuso sexual? Porque, como vos dijiste, yo trabajo con chicos y la verdad es que lo veo todo el tiempo.

—Es probable que sea más común de lo que la gente cree. Pero eso no quiere decir que sea algo normal “en la naturaleza humana”. Es una perversión terrible, imperdonable. Natalia, los analistas no solemos emitir juicios de valor, pero éste es un tema con el que no puedo ser tibio ni permisivo. Tiene que ver con la ley, con la protección de los más chicos o cualquier otra persona indefensa y con la obligación de no relativizar un tema que es capaz de causar un daño que puede llegar a ser muy grave.

—Pero yo no siento que me haya marcado tanto.

—A ver, pensemos un poco en esto que decís. Yo creo que, por el contrario, es posible que tal vez el

trauma haya sido tan grande, que la única manera de convivir con él haya sido despojarlo de angustia. —Hago un breve silencio. —A veces, cuando algo es tan fuerte que nos quiebra emocionalmente y sentimos que no lo podemos tolerar, nos defendemos de esto despojando al recuerdo de lo vivido del sentimiento que tuvimos en ese momento. De modo tal que el recuerdo puede estar en nuestra mente, casi sin molestarnos porque lo separamos de la angustia.

—¿Y qué pasa con esa angustia? ¿Desaparece como por arte de magia?

—No, de ninguna manera. Allí está el punto. Por lo general se deriva hacia otra cosa.

—No sé si te entiendo mucho.

—Puede ser que desplazemos esa angustia fuera y la asociemos a otra cosa. Supongamos, a la presencia de un animal, aunque fuera insignificante y poco peligroso, a una cucaracha, por ejemplo. Entonces, en vez de angustiarnos con lo que pasó, lo que ocurre es que esa angustia aparece cada vez que vemos una cucaracha.

—Pero eso parece una fobia...

—No parece una fobia: es una fobia.

—¿Y en mi caso? Porque yo no le tengo miedo a ningún animal.

—Ya lo sé, Natalia. Era sólo un ejemplo para mostrarte cómo la angustia puede desplazarse hacia otros lugares.

—¿Y vos creés que en mi caso pasó algo de eso?

—Estoy seguro.

—Es decir que cuando yo “viví” ese abuso...

—Esperá. Llamemos a las cosas por su nombre. Vos no viviste un abuso. Vos “sufriste” un abuso.

—Bueno, está bien, puede ser. Pero tampoco fue una violación.

—Es probable. A lo mejor te ayuda a pensar mejor en lo ocurrido si podemos diferenciar la violación del abuso.

—A ver.

—Pensémoslo así. Para vos la violación supone el uso de la violencia o de la fuerza para acceder sexualmente al otro. Y, en ese sentido, vos sentís que Mario no te violó. ¿Correcto?

—Sí.

—Planteémonos, entonces, el abuso como algo diferente, como un acto que implica, no necesariamente el uso de la violencia, pero sí del poder. De un manejo psíquico ejercido sobre alguien que está en una situación de desprotección o de desventaja, que no tiene los medios para defenderse y no puede elegir. Vistos desde esta óptica, compartirás conmigo que ambos —el abuso y la violación— son situaciones dolorosas y traumáticas.

Silencio.

—Pero Mario era un buen tipo...

—No, Natalia. Mario era un psicópata que te manejó, que te hizo sentir partícipe de una situa-

ción armada y digitada para su propio placer, y que además te dejó la sensación de que no podías decir nada, ni putearlo, ni denunciarlo, ni siquiera enojarte, porque no te había obligado a nada. Al contrario, te trató dulcemente, con comprensión, incluso con ternura. Y eso es lo más siniestro de este caso. Que este tipo, este psicópata, este... quiero decir que este hijo de puta te dejó con la sensación de ser un partícipe activo, necesario y voluntario de la situación.

—Pero yo ya no era ninguna estúpida y sabía lo que hacía.

Sigue resistiéndose. No quiere verlo. Tal vez no pueda verlo en sí misma. Quizá si...

—Decime, tu sobrina, Aldana, ¿qué edad tiene?

—Trece. —No digo más. Se hace un largo silencio. Muy largo. Lo necesita. Y yo se lo doy. —¡La puta madre! Entonces... yo era una nena —dice y se quiebra. Las lágrimas aparecen y el dolor también.

—Natalia, vos sabés lo importante que es el cuidado de los chicos. Siempre lo supiste. De hecho te dedicaste al cuidado de ellos. Como vos misma dijiste: lo tuyo es la prevención. Y yo, llegado a este punto, me pregunto: ¿de qué querés prevenirlos? ¿De qué riesgos, de qué peligros?

—¿Vos querés decir que hasta mi vocación estuvo marcada por esto?

—Mirá, a veces es interesante ver cómo uno repara afuera, en otros, lo que no puede reparar

adentro. Porque recién, el solo hecho de imaginar que tu sobrina pasara por algo así, ¿sabés qué te generó? —no responde—. Angustia y asco.

Silencio.

—Uff —suspira—. Qué bardo. Y yo ni siquiera sé cómo me trajiste hasta este tema.

—Ah, no, hacete cargo.

—Es que no me acuerdo cómo terminamos hablando de esto.

—Si querés te lo recuerdo.

Vos empezaste a hablar y me contaste que sentías que tu marido te estaba vejando. Lo dijiste tan enojada, tan angustiada, siendo tu marido como es un tipo tolerante, noble y que te adora. Entonces yo te pregunté: “¿quién te está vejando en realidad?” Porque me pareció que esta carga venía de otro lugar. Y vos, casi con una sonrisa, me decís: “Bueno, una vez, cuando era adolescente...” Y me contás toda esta historia de Mario. Entonces...

—¿Yo debo de tener algo que ver con esto, no?

—¿A vos qué te parece? —le pregunto—. Mirá, Natalia, esto no quita que tu pareja actual sea conflictiva para vos, pero vamos a tener que trabajar, y mucho, sobre esta escena de tu infancia. Yo sé que a vos te cuesta ahora toda esta cuestión de tu falta de deseo, de placer y de orgasmos. Pero al menos, con este tema, en algún momento vas a tener que acabar.

Se ríe. Para eso se lo dije. Necesitaba terminar

la sesión de un modo más relajado. No se había angustiado mucho. Pero en algún momento —al menos así lo pensaba yo—, iba a caer.

Pasaron ocho meses desde aquella sesión. Natalia tuvo una nena y se fue a vivir al Norte. Raúl apostó fuerte a esta familia e intenta contenerla, a la vez que, sanamente, ha podido reclamar más lo que desea y no conceder todo con tal de complacerla.

Ella también se está jugando por este nuevo presente. Aún le cuesta adaptarse a esta nueva vida. No abandonó su vocación. Por el contrario, ya se ha contactado con algunos centros de salud de frontera para seguir trabajando en lo que más le gusta: la prevención de enfermedades en niños en riesgo.

El tema del abuso que sufrió en su pubertad volvió a tocarse en sesiones posteriores. Al principio, con las mismas resistencias emocionales. En las últimas, Natalia pudo derribar las barreras que había levantado y la angustia contenida brotó a mares. Se enojó, insultó, me dijo que era injusto que le hubiera ocurrido esto, que no puede ser que “este tipo” siga dando clases y teniendo a su cargo a “un montón de chicos”. Y así como en un primer momento intenté contactarla con el dolor de esa escena, traté después de estar a su lado y contenerla.

Había llegado a asumir una verdad dura, dolorosa: había sido abusada sexualmente. Y le di la razón: era una injusticia. Pero suele ocurrir. La vida no siempre es justa.

Natalia me escribe casi todas las semanas y, en las dos ocasiones en las que vino a Buenos Aires, hemos tenido sesiones.

¿Sesiones una vez cada dos meses?

Sí. Suena raro, poco ortodoxo. Pero desde el comienzo, este análisis ha sido poco ortodoxo.

Vive a más de mil kilómetros, la veo una vez cada dos meses. Sin embargo, ella sabe que aquí estoy y que sigo siendo su analista. Y yo sé que ella, a pesar de la distancia, sigue siendo mi paciente.

La mirada de Dios

(La historia de Antonio)

*El Dios está en mí,
pero de pronto calla,
me deja solo, a ciegas
y vanamente busco mi punto de equilibrio
sitio para mi pie.*

HORACIO CASTILLO

Me quedé mirando fijo el cuadro que colgaba de la pared. Jamás, en veinte años que llevo acostándome en ese diván, pude descifrar su significado. Es más, me parece un cuadro espantoso, aunque jamás me animé a hacer el menor comentario. Después de todo, cada uno decora su consultorio como más le gusta.

El mío, por ejemplo, tiene piso de madera y paredes blancas, con los sillones y la poltrona en cuero negro. Una mesa baja, una lámpara de pie con luz tenue que ilumina desde uno de los rincones y el *Guernica* en la pared del diván. Nada más. Como dice un paciente decorador de interiores: un ambiente minimalista.

Estaba en ese desvío de asociaciones cuando la voz de Gustavo, mi analista, me trajo a la realidad.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. Estoy confundido. En la charla te-

lefónica que tuve con él no supe bien qué decir. Creo que estuve torpe. Usted sabe que a lo largo de estos años he tratado a personas con características muy diferentes. Hombres, mujeres, adolescentes, ancianos, bisexuales, neuróticos, psicóticos e, incluso, algún que otro perverso. Y no sólo todo tipo de edades e identidades sexuales, sino también pacientes que realizaban actividades muy distintas: profesionales, artistas, empleados, comerciantes... Toda la gama posible de sujetos y ocupaciones. Pero “esto” no me lo esperaba.

—Bueno, pero le llegó “esto”. ¿Qué piensa al respecto?

—No lo sé. Estará de acuerdo conmigo en que la situación es un poco extraña. Estoy perplejo, me siento como un principiante...

—Sí, me imagino que debe de ser algo extraño para usted. Pero piense que también debe de serlo para él.

—Eso me dijo.

—Cuénteme qué le dijo.

—Que no sabía si estaba haciendo lo correcto. Que si alguien de su entorno llegaba a saber que vio a un psicólogo podría ser grave.

—¿Es para tanto?

—Gustavo, estamos hablando de un ámbito muy conservador. Fíjese el impacto que ha tenido en mí, e inclusive en usted. Imagine entonces lo

que pasaría con sus pares, y ni le digo con sus superiores. Sería visto casi como una herejía.

—Mire, Gabriel, la situación es novedosa para usted. Le confieso que también lo sería para mí, no voy a engañarlo. Pero supongo que si él se comunicó con usted y le pidió una consulta habrá sido por algo. Le está pidiendo ayuda.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿por qué se la va a negar?

—Es que estoy convencido de que en algún punto vamos a entrar en conflicto.

—El conflicto, licenciado, es inherente a la psiquis humana. ¿O no lo aprendió todavía?

—Obvio que sí —me sonrío—. Con eso trabajamos.

Se hace un silencio.

—Gabriel, “esto” que tiene por delante es, antes que nada, una persona que está sufriendo y, además, un desafío. Pero no va a ser el primero que enfrente en su vida, ¿o sí?

—No.

—Y, como todo desafío, puede salir bien parado o puede que sea demasiado grande para usted y, en ese caso, deberá enfrentar la frustración de haber fracasado. Decida si quiere o no correr el riesgo.

—No estoy seguro de tener éxito. Y no puedo engañar a este hombre.

—Lo felicito. Acaba de decir dos estupideces en una sola frase. La primera, que no está seguro de

tener éxito. Gabriel, uno nunca puede estar seguro de conseguir el éxito en ningún tratamiento. Y la segunda es que no puede engañar a este hombre. ¿Acaso a alguno sí? Usted, como analista, no debe engañar a ningún paciente, no sólo a éste. Yo sé que usted es un profesional experimentado pero, si no le molesta, ¿me permite que le dé una sugerencia?

—Se lo ruego.

—Propóngale algo. Ofrezcale pactar una cantidad limitada de encuentros... digamos siete, que es un número bastante bíblico y eso le va a caer bien.

—Sonrío. —Yo sé que por lo general las entrevistas preliminares son tres o cuatro, pero esta vez es probable que necesiten más. Si al cabo de ese número de entrevistas ven que el trabajo es productivo, siguen adelante. Y si no, interrumpen. Comprométase y comprométalo sólo a esas entrevistas y veamos qué pasa con él y qué pasa con usted.

—Me parece bien. Yo también necesito ese tiempo de prueba. Ya le dije que no estoy convencido de lo que estoy haciendo. Así que su propuesta me resulta más que válida. Creo que es un tiempo prudencial para que nos conozcamos y determinemos si sirve o no que emprendamos un análisis juntos.

—Entonces vaya, haga lo que tenga que hacer y le deseo mucha suerte —me siento en el diván—, pero eso sí, ¿puedo pedirle algo?

—Por supuesto.

—Tengo unos cuantos años más que usted, en la vida y en la profesión. —Asiento con la cabeza. —Si esto avanza prométame que me va a contar cómo le está yendo —me río—. No, no se ría. Usted es el primer psicólogo que conozco que analizará a un cura.

—Yo tampoco he conocido uno antes.

—Por eso mismo le deseo suerte. —Ya me retiraba cuando deslizó: —Ah, Gabriel. Y que Dios lo ayude.

Me reí y salí decidido del consultorio. Al menos iba a intentarlo.

Le hice a Antonio la propuesta que había trabajado en mi análisis y aceptó gustoso. Así que nos pusimos a trabajar de inmediato para ver hasta dónde podían conducirnos aquellas siete entrevistas.

PRIMERA ENTREVISTA

—Disculpe si me cuesta empezar, todo esto es muy raro para mí.

—Lo comprendo.

—No sé ni cómo se hace... digo, esto de analizarse.

—Hable libremente, de lo que quiera, y recuerde que aquí nadie va a juzgarlo.

Sonríe.

—Ése es ya todo un cambio para mí.

—Lo imagino. Pero, veamos... Podría empezar por contarme algo de usted y, de ser posible, decirme qué es lo que lo movilizó a pedir estas entrevistas conmigo.

—¿No sería mejor empezar por lo que creo que he hecho mal para que usted pueda decirme si es o no es así?

—Antonio, yo no soy quién para decir lo que está bien y lo que está mal.

—Bueno, a ver... Le cuento. Tengo cincuenta y tres años y vengo de una familia acomodada de la provincia de Buenos Aires. Mi padre, Ubaldo, tiene ochenta y cinco años y es ingeniero agrónomo. Siempre tuvimos campo, así que me crié en una estancia, escuchando los pájaros y mirando la inmensidad de la pampa. Es increíble cuánto uno puede conectarse consigo mismo y sentir la presencia de Dios en ese paisaje. Tan grande, tan silencioso. No sé si usted comprende de lo que le hablo.

—Sí.

¿Cómo no voy a comprenderlo? Yo mismo viví algo similar durante mi infancia en un pueblito cercano a Chivilcoy. Aún recuerdo aquellos atardeceres en los que miraba la distancia sentado en la tranquera. Me quedaba horas, hasta ver a mi papá que volvía de trabajar y corría a su encuentro. Claro que sé de qué me está hablando. Sólo recordarlo me emociona. Pero no estamos aquí para pensar

en mis emociones sino en las de mi paciente. De modo que no le digo nada de esto. Él continúa hablando de su padre.

—Ahora está internado en un geriátrico. Lo traje aquí, a la ciudad, para ocuparme personalmente de él. No fue una decisión fácil. Él no estuvo de acuerdo, y a lo mejor tenía razón. Tal vez debería de haber dejado que se quedara en su lugar hasta que Dios dispusiera llevárselo.

—¿Y por qué lo traje?

—Pensé que era lo mejor.

—¿Para él o para usted?

—Tal vez para los dos. Pero el hecho es que no puedo dejar de sentir culpa por esto.

Silencio.

—¿Y su madre?

—Mi madre murió cuando yo tenía diecisiete años.

—¿Tiene recuerdos de ella?

—Sí. La recuerdo hermosa, dulce... un sol. Pero vio usted cómo son los recuerdos.

—¿Cómo son?

—Engañosos. A veces el tiempo y la memoria cambian un poco las cosas.

—Cuénteme cómo era.

—Mi madre era muy religiosa. Su frase de cabecera era: "Nada escapa de la mirada de Dios". Supongo que de allí proviene gran parte de mi fe.

Nuevamente nos quedamos callados. Yo siento

que, si bien es una persona muy agradable, culta e inteligente, estamos un poco nerviosos y nos cuesta lograr un diálogo fluido. Salta a las claras que ninguno de los dos vive esto como algo natural.

—Antonio, necesito hacerle una pregunta.

—Diga.

—¿Por qué está aquí hablando conmigo en un consultorio psicológico y no en un confesionario con algún sacerdote?

Piensa un poco antes de responder.

—No lo sé. Yo también me lo he preguntado. Pero no encuentro respuesta. Tal vez usted me ayude a encontrarla.

—Le prometo que voy a intentarlo.

—De todos modos, debo decir que me provoca mucha culpa estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque es como si renegara de mi fe.

—¿De qué manera?

—Pensando que mi angustia deviene de un problema psicológico y no de un problema espiritual.

—Bueno, a lo mejor no son cosas tan distintas, ¿no?

—Puede ser.

Hablamos un poco más y así transcurrió la primera de las siete entrevistas. La verdad es que al principio me sentí algo tenso, pero poco a poco ambos fuimos relajándonos y hacia el final nos permitimos, inclusive, intercambiar algunas bromas.

SEGUNDA ENTREVISTA

El tema de nuestro segundo encuentro fue la culpa que le generaba su comportamiento agresivo en el último tiempo.

—No sé qué me pasa, pero estoy enojado todo el tiempo. Ya le dije que mi congregación está compuesta por gente muy humilde, de poca cultura y escasas posibilidades.

—¿Es usted lo que se llama un “cura tercermundista”?

—Podríamos decirlo así. La verdad es que siempre me importó estar cerca de los que sufren, ver si puedo hacer algo por ayudar a los que han sido condenados por la sociedad a la marginalidad y la exclusión, y también a los que han perdido la huella, muchachos que se drogan o que delinquen.

—Ya veo. Más que las grandes catedrales le interesan los desheredados y los pecadores.

—Sí.

—Eso me parece muy noble y muy cristiano. No es un trabajo fácil, y requiere de mucha templanza. Lo felicito.

—Es mi deber. Siempre sentí que para eso había sido llamado por Dios. Y toda mi vida he experimentado una gran felicidad al cumplir con mi misión.

—¿Y ahora?

—Ahora no estoy bien. No tengo paciencia para nada. Estoy susceptible, me enojo por cualquier co-

sa. Y un sacerdote que no es capaz de tolerar las debilidades de los fieles no sirve para nada.

—¿Y cómo se siente usted con esto que le está pasando?

—Culpable.

Silencio.

—Antonio, usted experimenta esta sensación de culpa con demasiada asiduidad.

—¿De verdad?

—Sí. Dijo sentirse culpable por haber traído a su padre a la ciudad e internarlo en un geriátrico, culpable por estar consultando a un psicólogo, culpable por tener que ocultar este hecho a sus superiores y culpable porque en este último tiempo cree haber perdido su tolerancia de siempre. Sólo hemos hablado en dos oportunidades y fíjese cuántos motivos de culpa han aparecido ya. ¿No le llama la atención?

—No lo sé. ¿Tiene usted alguna opinión al respecto?

—Al menos una hipótesis.

—Me gustaría oírla.

—Antonio, la experiencia me ha mostrado que cuando alguien se siente culpable por tantas cosas diferentes, es posible que haya una culpa más profunda, más grande y difícil de tolerar y que, al no poder hacerse cargo del motivo de su “gran culpa” —por llamarlo de alguna manera—, se la desplace a hechos que están más a mano y generan culpas

más pequeñas, más tolerables, pero muchas, demasiadas. Entonces uno empieza a sentirse culpable por todo. Y así es muy difícil vivir.

—¿Qué debería hacer para averiguar si algo así ocurre conmigo?

—Podríamos empezar por el tema puntual que trae hoy y ver a dónde nos conduce.

—¿Así nomás?

—Sí, así nomás. —Sonríe.

—Es raro esto de analizarse.

—Comprendo que le resulte extraño, no es su mundo habitual, pero le pido que confíe.

—¿Qué tenga fe en usted, quiere decir?

—No, que confíe en que en su interior están las respuestas al porqué de su angustia. Yo intentaré ayudarlo a llegar hasta ellas.

—Voy a intentarlo.

—Gracias. ¿Entonces?

—Bueno, le decía que hace un tiempo que estoy enojado, intolerante, casi furioso.

—¿Con quién o con quiénes?

—Con los chicos que vienen a la parroquia.

—¿Con todos?

—Bah, en realidad no con todos, pero sí con muchos de ellos.

—Ajá. ¿Con cuáles?

—Con algunos.

—¿Y que hay de común entre ellos?

—Nada.

—¿Seguro?

—Seguro. Hay varones, mujeres. Pertenecen a diferentes familias... no se me ocurre nada que los una.

—Algo debe de haber.

—Veo que los psicólogos son más insistentes de lo que creía.

—¿Entonces? —Se toma unos segundos.

—Bueno, ahora que lo pienso, sí. Algo tienen en común.

—¿Puedo saber qué? —noto su resistencia. Creo que aún no confía del todo en mí. —Antonio, usted debe estar acostumbrado al secreto de confesión ¿verdad?

—Por supuesto.

—¿Usted contaría algo que algún feligrés le hubiera confesado confiando en ese secreto?

—Jamás.

—Bueno. Nosotros, los psicólogos, también tenemos con nuestros pacientes un compromiso similar. Le cambiamos un poco el nombre. Lo llamamos: secreto profesional —lo miro fijo—. Hable sin temores. Lo que diga no va a salir de acá.

Suspira y, luego de una breve espera, me dice lo siguiente:

—Lo que tienen en común es la persona que los coordina.

—¿Quién es esa persona?

—Mary, una chica.

—¿Chica, de qué edad?

—Veinticinco.

—Ah, no es una chica. Es una mujer.

—Sí, es que yo la conozco desde hace mucho, y siempre la vi como a una nena.

—¿Y ahora, Antonio?, ¿la ve de un modo diferente?

Me mira con furia.

—¿Qué está insinuando?

—Nada, sólo pregunto.

—Licenciado, no se haga el estúpido. Yo sé que para ustedes todo tiene que ver con la sexualidad. Pero esta vez está apuntando al lugar equivocado. Nunca me he fijado en ninguna de las mujeres que han venido a mi parroquia. Ni chicas, ni grandes. Jamás. Son mujeres que sufren por falta de alimento, de cariño, que son maltratadas, marginadas. ¿Cómo se le ocurre que yo podría aprovechar mi investidura para sacar provecho de eso? Se ve que no me conoce. No sabe con quién está hablando. —Silencio. —Creo que me equivoqué al venir a verlo.

Se ha generado una gran tensión entre nosotros. Siento necesidad de pedirle disculpas por haberlo ofendido. Sé que estoy hablando con un hombre que cree plenamente en lo que hace y que ha dedicado su vida a ayudar a los necesitados. Con un hombre que podría andar paseando tranquilamente por su estancia y sin embargo anda en una

villa ayudando a la gente. Me siento culpable por lo que acabo de decirle. Debería pedirle perdón.

Pero... un momento. ¿Qué dije?

“Me siento culpable”, “debería pedirle perdón.”

¿Por qué Antonio me ha generado estas emociones? ¿Son realmente mías? ¿Debo hacerme cargo de esto que me pasa, o mi paciente ha proyectado sobre mí una serie de sentimientos que en realidad le pertenecen?

Él cree en su Dios, yo confío en mi técnica. Hasta ahora me ha servido para ayudar a mucha gente. ¿Por qué no habría de servirme ahora? Si en vez de sacerdote fuera abogado o empleado de banco, ¿le pediría disculpas o pondría a trabajar su enojo y trataría de analizar la emoción que me ha producido?

Vienen a mi mente las palabras de mi analista al comentarle mi primera entrevista con Antonio: “Gabriel, no se olvide de que ahora, para usted, ya no es un cura, es un paciente. No le niegue la oportunidad. Analícelo como lo haría con cualquier persona”.

—Antonio, se ha enojado mucho ante mi pregunta.

—Es que usted me acusó de mirar con interés sexual a una mujer de mi congregación.

—Yo no hice eso. Hágase cargo de cómo interpretó mi pregunta. Yo solamente le pregunté si seguía viendo a esa mujer como a una nena. Porque ya no lo es y eso es algo que debe admitir.

—Por supuesto.

—Y en algún momento usted se debe haber dado cuenta de este cambio.

—Seguramente.

—¿Cuándo?

—No lo sé —contesta inmediatamente.

Por lo general, cuando un paciente se saca una pregunta de encima con tanta rapidez conviene desconfiar de la respuesta.

—Creo que sí lo sabe.

—¿Ahora también me acusa de mentiroso?

—No, sólo de no saber que lo sabe. Pero ya son dos las ocasiones en que se ha sentido acusado por mí. Ya se lo dije: no estoy aquí para juzgarlo. Sólo para ayudarlo a pensar. Quiero que dejemos aquí y que reflexione en todo lo que ha ocurrido en nuestra charla de hoy.

Se levantó del sillón, lo acompañé hasta la puerta y, al despedirlo, sentí que era la última vez que venía a mi consultorio.

Por suerte, me equivoqué.

TERCERA ENTREVISTA

—Qué bueno verlo —le dije al hacerlo pasar—. Después de nuestra última charla pensé que no vendría.

—Licenciado, quedamos de acuerdo en tener

siete encuentros. Me comprometí a eso y no suelo faltar a mi palabra.

—Muy bien. ¿Y de qué quiere hablar hoy?

—Estuve pensando mucho en lo que ocurrió el otro día, en nuestra última charla.

—¿Pudo asociar lo que conversamos con algo?

—Sí.

—Cuénteme, por favor.

—Usted preguntó en qué momento me había dado cuenta de que Mary era ya una mujer.

—Lo recuerdo.

—Bien. Como le dije, la conozco desde niña. Y siempre nos peleábamos porque a ella no le gustaba cómo yo la llamaba.

—Creo que no estoy entendiendo.

—Claro. Yo siempre le dije Mary, y ella se enojaba conmigo: “Me llamo Mariana” —me decía enojada—, pero yo seguía llamándola Mary. De hecho soy el único que la llama así. Cada tanto bromeábamos con el tema y ella fingía que seguía enojándose como cuando era una nena.

—¿Y por qué la llamaba usted por un nombre que a ella no le gustaba?

—Porque Mariana no me gustaba a mí. No es que no me agradara el nombre, pero me parecía que no tenía que ver con ella. En cambio Mary me remitía a otras cosas.

—¿A qué?

—A María, por ejemplo.

—Por lo tanto a la pureza.

—Sí, puede ser. Era un nombre que reflejaba mejor su inocencia.

Silencio.

—Continúe, por favor.

—El tema es que hace más o menos dos meses estábamos hablando después de una misa y le dije: “Mary, ¿podrías venir mañana a darme una mano?” Y ella me respondió: “Por supuesto, padre. Pero ¿hasta cuándo me va a llamar así? Sea bueno. Llámeme Mariana”.

Hace un nuevo silencio. Percibo que le cuesta hablar de este tema.

—¿Entonces qué pasó?

—No lo sé, pero me sentí muy enojado. Yo la había rebautizado de esa manera y ella lo estaba rechazando. Además, me miró de un modo raro al decirlo.

—¿Qué tenía de raro su mirada?

—No lo sé. Pero no era la mirada de siempre.

—A lo mejor es la mirada que tiene desde hace mucho, sólo que usted no podía darse cuenta. Y, como usted asocia este episodio a mi pregunta acerca del momento en que percibió por primera vez que ella se había transformado en mujer, me parece que lo que usted sintió en ese momento es que Mariana —la llamo así ex profeso— lo miró como mira una mujer. Y a usted, por algo que desconozco, eso lo enojó.

—Puede ser.

—Aunque en realidad no creo que el enojo sea el afecto primario.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que me parece que el enojo fue el modo en el cual usted pudo exteriorizar, sacarse de encima, otro afecto más fuerte: la angustia. Y me pregunto, ¿por qué esta situación lo habrá angustiado tanto?

Durante el resto de la entrevista seguimos trabajando sobre esto. Me dejó en claro que no se había sentido movilizad sexualmente por la situación y, agregó, que no creía que Mariana lo hubiera mirado provocativamente. Era una gran persona, respetuosa, creyente y colaboradora. De todos modos, convinimos en que algo le había pasado con esta cuestión de la pérdida de la inocencia.

Suele ocurrir que los psicólogos supervisemos con algún colega de confianza aquellos casos en los que nos sentimos un poco perdidos. Por lo que a mí respecta, desde siempre, los pacientes que me resultaron complicados me han generado revoluciones emocionales internas muy fuertes. Por eso, preferí supervisarlos en mi propio análisis, porque si yo no podía avanzar es porque algo de lo que ocurría con el paciente me involucraba de alguna manera personal.

El caso de Antonio fue motivo de conversación

en todas mis sesiones desde que realizamos aquel acuerdo de siete entrevistas. Así fue que le conté a mi analista la última charla con el sacerdote.

—¿Y usted qué cree?

—No lo sé, Gustavo, no le encuentro la vuelta.

—Piense, algo ha de haber.

—Yo creo en lo que Antonio me dice. No me parece que esté ocultando un deseo prohibido por esa chica. Él me dijo que...

—Ahí está el problema —me interrumpió. Yo permanecí expectante. —Usted está escuchando “qué” le dijo su paciente y no “cómo” se lo dijo. Gabriel, está capturado por el sentido del relato. Pero usted es analista. No trabaja con el sentido, con el significado de las palabras, sino y simplemente, con las palabras —otro breve silencio—. Quiero que se vaya y se quede pensando en esto. Mi consejo profesional es que repita en su mente una y otra vez la conversación con Antonio y ponga especial énfasis en las palabras que utilizó para contarle las cosas.

Mi analista tenía razón. Y estaba tan al alcance de la mano, era tan sencillo, que me sorprendí mucho de no haber podido escuchar antes lo que tan claramente me había dicho Antonio. Pero ahora que lo había hecho, tenía una pregunta fundamental que hacerle.

CUARTA ENTREVISTA

—Antonio, ¿cuál era el nombre de su madre?

—Antonia. —Me quedo mudo. No puedo creerlo. Su respuesta ha derribado todas mis hipótesis. —De ella heredé el nombre. Pobre mamá, murió tan joven. Todo lo hizo rápido. Se casó con mi papá a los quince años. En aquella época y por aquellos lares era frecuente que la gente se casara joven. Acaso el paisaje es demasiado inmenso para soportarlo solo. Y el amor, créame, es la mejor medicina para la soledad.

Va a continuar pero se detiene. Es un hombre perceptivo y acostumbrado a leer en el interior de la gente. Sabe que algo me ha ocurrido, aunque no sepa qué. Me mira extrañado.

—Perdón, licenciado, ¿le pasa algo?

—Discúlpeme, estoy un poco decepcionado.

—Bueno —se sonríe—, Antonia no será el nombre más hermoso del mundo pero, ¿tanto como para decepcionarlo?

—No, no es eso. No tiene que ver con que me parezca lindo o feo, pero pensé que su nombre sería otro.

—¿Ah, sí, y cuál había pensado? —me pregunta casi divertido.

—Ana.

Antonio se puso pálido, serio, como si en lugar de pronunciar un nombre lo hubiera abofeteado.

Ahora soy yo el que sabe que él está conmovido. Me siento como un boxeador que ve que su contrincante ha sentido un golpe, y allí voy, a arrinconarlo.

—Antonio, ¿quién es Ana? —le cuesta reaccionar—. Hábleme de ella, por favor.

—¿Pero cómo es que sabe de Ana?

—Porque usted me lo dijo.

—¿Yo? Si ni siquiera me acordaba de ella.

No es momento para explicaciones. No puedo permitir que el recuerdo y la emoción se diluyan en aclaraciones teóricas. Debo insistir.

—¿Quién es Ana? —reitero.

Apoya la cabeza en el respaldo del sillón, mira hacia arriba y respira profundamente antes de hablar.

—Le doy mi palabra de que ya no recordaba esa historia. Pero al nombrarla la ha traído usted a mi mente y a mi alma con una fuerza inesperada. Ana era una compañera del bachillerato. La hija de un comerciante de la ciudad. Si bien allá todos nos conocíamos desde siempre, ella y yo nunca tuvimos una relación de amistad. Es más, pasamos los cinco años sin que hubiera entre nosotros ni siquiera una charla profunda.

—Entonces, ¿qué es lo que la hace tan particular para usted?

—Lo ocurrido el 21 de septiembre de 1967.

Me asombra la precisión del recuerdo. Debe de haber sido algo muy fuerte.

—¿Qué ocurrió ese día?

—Habíamos salido a festejar la llegada de la primavera con los compañeros del colegio. Ya sabe. No muy distinto de lo de ahora. Guitarra, canto, fútbol y mucha seducción entre adolescentes. El tema es que ese día yo me iba a quedar a dormir en lo de Roberto, mi mejor amigo. A eso de las siete de la tarde, más o menos, se terminó el picnic y nos fuimos a su casa Alicia, Ana, él y yo. No crea que en aquel tiempo los jóvenes desconocíamos lo que era el sexo.

—Sé que es así.

—Bueno, estábamos solos porque los padres de Roberto no estaban. Comenzamos a jugar de manera peligrosa —dejo pasar el término sin intervenir—. La cuestión es que Alicia y él se fueron a un cuarto y Ana y yo a otro. —Le cuesta hablar. Esto no es fácil para él. —Empezamos a besarnos, a tocarnos... Por Dios, se me hace muy difícil.

—Lo comprendo, Antonio. No es un tema fácil.

—La cuestión es que... no pude.

—¿Qué no pudo?

—Tener relaciones. Fue una sensación muy fea. Ana estaba desnuda, entregada. De la habitación de al lado nos llegaban los gemidos de Roberto y Alicia que estaban haciendo el amor. Recuerdo que la cama de madera crujía todo el tiempo. Ana esperaba y yo no podía.

Silencio.

—A ningún adolescente le es fácil la iniciación sexual. Esto es algo que suele ocurrir.

—Sí, lo sé. Hablo con jóvenes todo el tiempo. Pero esto es diferente.

—¿Por qué considera que en su caso fue diferente?

Silencio.

—Licenciado, ¿sabe por qué recuerdo con tanta exactitud la fecha de lo ocurrido?

—Supongo que porque era el día de la primavera.

—No.

—¿Por qué, entonces?

—Por dos hechos fundamentales que ocurrieron en mi vida al otro día, el 22 de septiembre de 1967.

—¿Cuáles?

—Ese día, a las seis de la tarde, tomé la decisión de ser sacerdote. —Asimilo la importancia de lo que acaba de decirme.

—¿Y qué más?

Se muerde un poco el labio inferior, aprieta los puños y se le humedecen los ojos.

—Cuatro horas antes había muerto mi madre.

QUINTA ENTREVISTA

—De modo que por eso iba a quedarse aquel día en la casa de Roberto.

—Claro, porque mi madre estaba muy grave y mi papá no quería que yo estuviera presente cuando llegara el desenlace. En aquellos años la gente se moría en su casa.

—¿También por eso estaban solos?

—Sí. Porque los padres de Roberto habían ido a acompañar al mío.

—Antonio, ¿cómo terminó aquel episodio?

—Bueno, Ana se vistió y se fue. Supongo que debe de haberse sentido muy mal. No lo sé, porque jamás hablamos del tema. Yo me vestí y me quedé en la cama.

—¿Y después?

—Alicia se fue sin que yo la viera. Roberto vino al cuarto y nos quedamos charlando.

—¿Le preguntó algo?

—Sí.

—¿Usted qué le dijo?

—Que no había podido. Él no dramatizó la cosa y dijo que otro día se iba a dar. Me quiso contar su parte de la historia pero le dije que no hacía falta, que había escuchado todo. Y nos reímos. Al otro día fui a mi casa. Mi mamá estaba agonizando. Pedí que me dejaran quedar a su lado y así lo hice. El resto de la historia ya se lo conté. No puedo creerlo. Le juro que había borrado todo esto de mi memoria.

—Se llama represión. Es un proceso por el cual...

—Espere, licenciado. Bastante esfuerzo hago al venir aquí. No me pida además que estudie la teoría freudiana —bromeó.

—Tiene razón.

Continuamos conversando sobre aquella época de su vida. Como buen hombre de fe, Antonio no veía nada tremendo en la muerte de su madre. Para él, eran distintos momentos dentro de una misma existencia. Realmente creía en lo que decía. Pero sobre el final de la entrevista lo notaba intranquilo, nervioso, algo angustiado.

—¿Qué es lo que está pensando?

Su respuesta, diría Borges, fue “fatal como la flecha”:

—Siento que fui el culpable de la muerte de mi madre.

Supe entonces que, si bien habíamos sacado a la luz una parte importante de su historia, algo había quedado sin decir. Algo muy importante. Yo lo sentía y él también. Tan sólo nos quedaban dos entrevistas más y debíamos aprovecharlas al máximo.

SEXTA ENTREVISTA

Ese día Antonio estaba inquieto. Hablaba mucho pero decía poco. El reloj nos jugaba en contra. De modo que al cabo de unos veinte minutos lo interrumpí.

—Lo noto intranquilo, ¿le ocurre algo?

—Sí... Esa sensación de la que hablamos el otro día, la de sentirme culpable por la muerte de mi madre, me ha tenido angustiado toda la semana.

—Lo imagino.

—Es que no entiendo por qué ahora me ha invadido esa idea.

—Antonio, esa idea que le genera tanta culpa y tanta angustia no es de ahora. Lo que ha ocurrido es que recién ahora usted la pudo poner en palabras, y con ellas darle un sentido a una emoción que lo viene acompañando desde hace años y a la que no podía identificar. ¿Recuerda que hablamos de la “gran culpa” que se desplaza hacia diferentes situaciones?

—Sí. Usted cree que ésta es mi “gran culpa”.

—No. Creo que hay algo más. —Nos miramos un momento. Continúo: —Dígame ¿qué relación encuentra entre esta idea y lo ocurrido aquel día en casa de Roberto?

—No lo sé. Podría decirle que el hecho de que mi mamá se estuviera muriendo y yo anduviera por ahí tratando de acostarme con Ana puede ser una causa que justifique mi sensación de culpa pero, la verdad, es que me suena muy traído de los pelos.

—¿Por qué?

—Porque lo que hicimos con Roberto esa vez no tuvo nada de grave.

La frase me impactó. En el momento no supe

por qué, pero el consejo de mi analista vino a mi mente: “No escuche lo que le dice. Escuche cómo se lo dice”.

En un segundo repasé la frase tratando de develar algo de este misterio.

—Antonio, espere un segundo. Usted ha dicho que lo que hicieron con Roberto “esa” vez no tuvo nada de grave ¿no?

—Sí.

—Dígame, ¿“qué otra vez” hicieron algo que sí considera usted que fue muy grave?

Me mira sorprendido. Con estupor. Después bajó la mirada y su rostro empezó a mostrar señales de que algo le estaba ocurriendo. Meneó la cabeza, se movió inquieto en el sillón. Fueron casi cinco minutos en los que ninguno de los dos abrió la boca.

—¿Sabe? —dijo luego de ese prolongado silencio—. Acabo de recordar algo, aunque en realidad no sé si es un recuerdo o una sensación. —A veces, en estos casos, se hace difícil para el paciente discriminar la veracidad de lo que viene a su mente. —Me viene la imagen de una tarde, allá en el campo. Estábamos jugando con Roberto. Tendríamos... no sé, cinco o seis años. Andábamos con las gomas, cazando pájaros, haciendo puntería en alguna lata que colocábamos sobre una tranquera. En fin, haciendo lo de siempre. En un momento nos pusimos a correr y nos metimos entre los maizales. No sé cómo, pero empezamos a mostrarnos

el pito —él usa esa palabra—, compararlos y cada uno se lo tocó al otro. Yo me asusté porque sentí que aquello no estaba bien. Le dije que alguien podría descubrirnos. Pero él dijo que no, que allí nadie podía vernos. Me sentía raro, no encuentro el término.

—¿Excitado?

—¿A esa edad?

—Sí, Antonio, a esa edad.

—Le digo que era apenas un nene, ¿es eso posible?

—Sí. Y si quiere después lo hablamos, pero ahora continúe, por favor. —No puedo permitir que esta vivencia se diluya.

—El tema es que en un momento decidimos penetrarnos. Yo lo hice primero. No recuerdo haber sentido nada. Después yo me puse boca abajo. Todavía puedo sentir el gusto de la tierra en mi boca, y él me penetró a mí.

Se queda callado.

—¿Qué pasa, Antonio?

—Pasa que ahí sí recuerdo un placer enorme. Yo no quería que él dejara de hacerlo. Tenía que pararlo para que no pensara que yo era un maricón, pero no quería. Me encantaba.

Otro breve silencio.

—¿Qué pasó entonces?

—En un momento di vuelta la cabeza hacia un costado y vi que un rayo de sol se filtraba entre los

maizales. Y me angustié, no sé por qué, pero me angustié. Me lo saqué de encima, me subí los pantalones y salí corriendo. Lo esperé fuera del maizal y seguimos jugando. A él no parecía haberle pasado nada. Pero yo me sentía desgarrado, condenado.

Le doy un minuto para reponerse.

—Dígame, ¿cómo se siente?

—No lo sé. Es muy fuerte recordar esto. No puedo creer cómo un recuerdo tan fuerte, tan patente se me había olvidado.

—La represión, ¿recuerda? Pero no se asuste, que no se la voy a explicar. —sonríe—. Creo que por hoy es suficiente. Sigamos en la próxima entrevista.

—La última.

—Puede ser.

SÉPTIMA ENTREVISTA

Se sienta frente a mí y me mira. Se lo nota tranquilo, calmado. Ya no es el hombre angustiado e inquieto de otras veces.

—Gabriel, quiero decirle que he decidido que no voy a continuar con nuestro tratamiento. —No digo nada. —Pero en esta última entrevista me gustaría que me acompañara a reflexionar sobre todo esto que hemos estado trabajando. Y después, al final, me gustaría pedirle algo, ¿está de acuerdo?

—Por supuesto.

—Entonces, primero explíqueme cómo dedujo la existencia de Ana.

—Yo no lo deduje, usted me lo dijo.

—¿En qué momento?

—Antonio, usted no podía llamar a esta colaboradora suya, la catequista, por su nombre. Entonces, ¿qué hizo? Descompuso el nombre Mariana en dos: Mari-ana. Mary quedó asociado a la ternura, a la pureza y “Ana” se quedó adherido a algo angustiante y peligroso. Usted, como ve, me estaba diciendo que había que buscar por el lado de “Ana”, que allí había algo que asociaba con lo impuro y pecaminoso. Por eso le pregunté quién había sido ella en su vida.

—Entonces yo tenía razón. No se trataba de que hubiera deseo carnal entre Mariana y yo.

—Tenía razón, pero esta situación lo remitía inconscientemente a donde sí hubo un deseo carnal. Aunque tampoco la verdadera protagonista era Ana. Ella sólo fue un dedo que señalaba el camino.

—¿A qué se refiere?

—A que la culpa no estaba relacionada con su intento fallido de acostarse con ella. Dígame, después de todo lo que hablamos, ¿no se preguntó por qué no pudo tener sexo con Ana aquella tarde?

—Sí.

—¿Y?

—No hallé respuesta.

—Le pido que volvamos a esa escena. Usted es-

tá en una pieza, desnudo con una mujer por primera vez. Tiene diecisiete años. Seguramente la situación le genera mucho miedo pero a la vez lo excita. Todos los estímulos son nuevos para usted. Pienso en el contacto de su piel con la de Ana, la visión de su cuerpo desnudo, su olor, el sabor de sus besos. ¿Sabe qué me llamó la atención?

—No.

—Que usted no hizo ningún comentario de lo que percibía, en un momento inaugural tan importante, con ninguno de sus sentidos. Excepto con uno.

—¿Con cuál?

—Con el oído. ¿Recuerda lo que me dijo que escuchó en aquel momento?

—No.

—Los gemidos de Roberto y Alicia. Y yo me pregunté qué de aquello que había escuchado había sido tan fuerte como para inhibir todo lo demás.

—¿Y?

—Y la respuesta también me la dio usted.

—¿Cómo?

—Cuando me dijo que “esa vez” Roberto y usted no habían hecho nada de malo, me confirmó que lo que aquella tarde lo angustió tanto como para volverlo impotente fue escuchar los gemidos de Roberto. Los de Alicia poco importaban, pero los de él sí, porque remitían a otra cosa, más antigua, más profunda y traumática. A algo que tenía que

ver con un deseo homosexual y que lo hizo sentir tan impuro y pecador como para ser castigado con la muerte de su madre. Esa tarde, al escuchar “los gemidos de Roberto” seguramente volvió a usted, aunque lo reprimiera, el recuerdo infantil y con él, un deseo homosexual. Algo para usted inaceptable, terrible y que merecía un castigo. Al otro día de que usted “pecara” con ese deseo, su madre muere. He ahí el castigo que creía merecer. Y de allí su sensación de haber sido el causante de esa muerte.

—Todo por aquel juego infantil.

—Sí. Pero aquello, para usted, no fue un simple juego infantil. Fue una “vivencia sexual infantil y traumática vivida con placer”. Y ese tipo de vivencias dejan como saldo una profunda sensación de culpa. Una culpa tan enorme que nos acompaña toda la vida y tiñe todos nuestros actos. Antonio, aunque no queramos reconocerlo, la sexualidad está con nosotros desde que nacemos. Más aún, a esa edad supuestamente inocente, es cuando más se nos impone y cuando más nos angustia. Porque no estamos psíquicamente preparados para poder responder a tanta excitación. Eso llegará con la adultez. Pero ya desde muy chicos todos comienzan a desarrollar su sexualidad con juegos como los que usted tuvo con Roberto.

—Y entonces, si todos pasan por eso, ¿por qué en mí produjo semejante efecto?

—Yo también me lo he preguntado. Y al hacer-

lo me detuve en algo que usted me contó y que, nuevamente, se le impuso desde los sentidos. Esta vez desde la vista.

—¿Qué?

—Aquel rayo de sol que se filtró entre los mazaes.

—No entiendo.

—Piense, Antonio. ¿Qué decía siempre su madre?

Silencio profundo.

—“Nada escapa de la mirada de Dios.”

—Exacto. Y creo que ese rayo de sol representó para usted la mirada de Dios que todo lo ve.

Silencio.

—¿Sabe qué pienso ahora?

—¿Qué?

—Que yo dije que no quería que Mariana creciera para que no perdiera su inocencia. Pero que en realidad, lo que me angustiaba era “mi” inocencia perdida.

—Puede ser. Pero eso ya nos abre otros caminos. Y no quiero abrirlos si no voy a acompañarlo a recorrerlos. De modo que espero que esto le haya servido de algo. Para mí, se lo juro, ha sido un placer trabajar con usted.

—Créame que sí me ha servido. —Nos miramos un instante. —Gabriel, usted me preguntó cuando yo llegué a verlo por qué no hablaba con mi confesor en lugar de venir a su consultorio, ¿se acuerda?

—Sí.

—Bueno, creo que no lo hice porque al haber borrado de mi memoria todos estos hechos no sabía qué cosa era la que tenía que confesar. Ahora lo sé. Y es por eso que decido no continuar. Sigo creyendo en mi fe y voy a utilizar las herramientas que mi religión me da para resolver esto que llevo en mi alma.

Empiezo a incorporarme pero me detiene.

—Antes de despedirme me gustaría hacerle dos preguntas.

—Lo escucho.

—¿Usted cree que mi decisión de ser sacerdote ha sido una forma de escapar de la sexualidad?

—Puede ser, no lo sé. Pero todas nuestras decisiones han sido condicionadas por algo. Y lo que sí sé es que usted ama lo que hace. De modo que me parece que debe disfrutar de su ministerio sin ninguna culpa.

—Y la última y más difícil. —breve silencio—. ¿Soy homosexual?

Me quedo callado unos segundos. Viene a mi memoria una frase que Antonio dijo en la segunda entrevista: “Nunca me he fijado en ninguna de las mujeres que han venido a mi parroquia. Ni chicas, ni grandes. Jamás”. Pero la verdad es que desconozco la respuesta. Y no es el momento de ponerse a indagar. Él ha decidido llegar hasta aquí y debo respetar su deseo.

—No necesariamente —le respondo—, pero ésa es una verdad que no hemos llegado a descubrir. Sigue siendo, de todos modos, su verdad y si le interesa la respuesta, recuerde que es usted quien la posee, no yo. Lo único que puedo decirle es que usted es un hombre con todas las letras. Alguien noble que se sacrifica por los demás y que se acerca al dolor de los que sufren. Es usted una gran persona y un sacerdote ejemplar, padre Antonio.

Sonríe y nos ponemos de pie. Nos miramos a los ojos y estrechamos nuestras manos.

—Gabriel, le agradezco mucho todo lo que ha hecho por mí. Pero déjeme decirle algo. Yo también soy un hombre que entiende de la angustia del alma humana —me mira con mucha comprensión—, y creo percibir que hay en usted un dolor muy profundo y una gran soledad. Y siento que no es verdad que usted no crea en Dios. Creo que está enojado con Él, que hay cosas que no le perdona. Y sepa que lo comprendo. A veces no es sencillo para nosotros entender el porqué de sus decisiones. Y aquí viene mi pedido.

—Dígame.

—Usted me ha enseñado que a veces, por mucho que uno crea en algo, es necesario estar abierto a recibir ayuda de otros lados. Por eso, si alguna vez el análisis no le basta y siente la necesidad de probar algo diferente, prométame que va a ve-

nir a verme. —Sonrío y asiento con mi cabeza.
—Sería un placer enorme poder ayudarlo.

No digo nada, pero confirmo mi sospecha: el padre Antonio es un gran sacerdote, y vaya si conoce del alma humana.

Agradecimientos

A Fernando Rabih, Susana Espíndola, Natalia Cabello, María Eugenia Massa y Roberto Sosa, por haber leído con tanta generosidad estos escritos y haber aportado opiniones que me resultaron de gran ayuda.

Al Dr. Darío Mindlin, por su estímulo permanente para que encarara la escritura del presente trabajo.

A Mariano y Nacho, de Editorial Planeta, por el cariño y el respeto con el que me han tratado a mí y a mi libro.

Y muy especialmente, a Teresa, que compartió cada segundo de esta escritura y fue fundamental con sus opiniones y sus ideas, y al poeta y académico Horacio Castillo, quien leyó todo el material, deteniéndose en cada párrafo para ayudarme a que éste sea un texto claro y comprensible.

Agradezco además a los pacientes o familiares que, como en el caso de Majo, permitieron genero-

samente que tomara sus historiales como arcilla para escribir cada uno de los casos.

Dejo una dedicatoria especial para mis hijos, Lucas y Malena, y también para Tere, porque este libro ha sido escrito en un tiempo que les pertenecía.

Licenciado Gabriel Rolón

Índice

<i>Prólogo</i>	7
El fantasma del abandono <i>(La historia de Laura)</i>	15
Entre el amor y el deseo, la indecisión <i>(La historia de Mariano)</i>	43
La dama de los duelos <i>(La historia de Amalia)</i>	73
Los pactos de silencio <i>(La historia de Cecilia)</i>	99
El dolor del analista <i>(La historia de Majo)</i>	127
Los celos y sus máscaras <i>(La historia de Darío)</i>	159
Pagar con el cuerpo <i>(La historia de Natalia)</i>	191
La mirada de Dios <i>(La historia de Antonio)</i>	213
<i>Agradecimientos</i>	251

**España**

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel. (34) 93 492 80 36
Fax (34) 93 496 70 58
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

P.º Recoletos, 4, 3.ª planta
28001 Madrid (España)
Tel. (34) 91 423 03 00
Fax (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1668
C1100 ABQ Buenos Aires
(Argentina)
Tel. (5411) 4382 40 43/45
Fax (5411) 4383 37 93
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil

Av. Francisco Matarazzo,
1500, 3.º andar, Conj. 32
Edifício New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel. (5511) 3087 88 88
Fax (5511) 3898 20 39
Mail: psoto@editoraplaneta.com.br

Chile

Av. 11 de Septiembre, 2353, piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)
Tel. Gerencia (562) 431 05 20
Fax (562) 431 05 14
Mail: info@planeta.cl
www.editorialplaneta.cl

Colombia

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel. (571) 607 99 97
Fax (571) 607 99 76
Mail: info@planeta.com.co
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador

Whymper, N27-166, y A. Orellana,
Quito (Ecuador)
Tel. (5932) 290 89 99
Fax (5932) 250 72 34
Mail: planeta@access.net.ec
www.editorialplaneta.com.ec

Estados Unidos y Centroamérica

2057 NW 87th Avenue
33172 Miami, Florida (USA)
Tel. (1305) 470 0016
Fax (1305) 470 62 67
Mail: infosales@planetapublishing.com
www.planeta.es

México

Av. Insurgentes Sur, 1898, piso 11
Torre Siglum, Colonia Florida, CP-01030
Delegación Álvaro Obregón
México, D.F. (México)
Tel. (52) 55 53 22 36 10
Fax (52) 55 53 22 36 36
Mail: info@planeta.com.mx
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú

Av. Santa Cruz, 244
San Isidro, Lima (Perú)
Tel. (511) 440 98 98
Fax (511) 422 46 50
Mail: rosales@eplaneta.com.pe

Portugal

Publicações Dom Quixote
Rua Ivone Silva, 6, 2.º
1050-124 Lisboa (Portugal)
Tel. (351) 21 120 90 00
Fax (351) 21 120 90 39
Mail: editorial@dquixote.pt
www.dquixote.pt

Uruguay

Cuareim, 1647
11100 Montevideo (Uruguay)
Tel. (5982) 901 40 26
Fax (5982) 902 25 50
Mail: info@planeta.com.uy
www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela

Calle Madrid, entre New York y Trinidad
Quinta Toscanella
Las Mercedes, Caracas (Venezuela)
Tel. (58212) 991 33 38
Fax (58212) 991 37 92
Mail: info@planeta.com.ve
www.editorialplaneta.com.ve